



FUEGO EN LA CIUDAD

San Antonio María Zaccaría
(1502-1539)

Los hombres modernos parecen hechos adrede
para alejar al hombre de Dios
(*Antonio María Zaccaría*)

Prólogo

He acogido con sumo interés y agrado que, con ocasión del 500º aniversario del nacimiento de S. Antonio María Zaccaría (1502-1539), fundador de los PP. Barnabitas, de las HH. Angélicas y de los Laicos de san Pablo, la Santa Sede haya proclamado el 2002 como “año jubilar” para aquellos que veneran la memoria de este santo.

He de decir, también, que su figura me es muy querida por ser una de las grandes personalidades de la reforma católica del siglo XVI, comprometido en la renovación de la vida cristiana en una época de profunda crisis de fe y costumbres.

Su vida coincide con un período turbulento en el que Lutero intentó reformar la Iglesia a su modo, tentativa que, como sabemos, acabó en la tragedia de la división de la cristiandad.

Lutero había descubierto, en los problemas de su tiempo y de su vida personal la figura de S. Pablo y con la intención de seguir el mensaje del apóstol comenzó su camino. Por desgracia enfrentó a S. Pablo y a la Iglesia jerárquica, la ley contra el Evangelio y así, aunque redescubriéndolo, lo separó completamente de la vida de la Iglesia y del mensaje de la Sagrada Escritura.

También Antonio María descubrió a S. Pablo, quiso seguir su dinamismo evangélico, viéndole en la totalidad del mensaje divino y en la comunidad de la Santa Iglesia. Pienso que S. Antonio María Zaccaría es un hombre y un santo de gran actualidad, una figura manifiestamente ecuménica y misionera que nos invita a anunciar y a vivir el mensaje paulino en la Iglesia. Manifiesta a nuestros hermanos separados que S. Pablo tiene su propio y verdadero espacio en la Iglesia católica y no es necesario contrastar su mensaje con la Iglesia

jerárquica, sino que en la Iglesia católica hay sitio para la libertad evangélica, para el dinamismo misionero y para la alegría del Evangelio.

La Iglesia católica no es sólo la Iglesia de la ley, sino que debe mostrarse concretamente como Iglesia del Evangelio y de su alegría para abrir los caminos a la unidad.

A S. Antonio María Zaccaría que nació hace exactamente cinco siglos, debemos redescubrirlo en su grandeza moral, por su llamada a volver a los valores fundamentales del cristianismo y por su lección perenne de radicalismo evangélico. Su corta pero intensa vida, primero como joven laico, médico y catequista, después como sacerdote y religioso, está impregnada de lo que la liturgia del 5 de julio llama “sublime conocimiento de Cristo”, animada por “la locura de la cruz”, aprendida en la escuela del “docto Pablo”, su maestro y modelo.

Brilla con esta luz su extraordinaria devoción a los dos misterios de nuestra fe, el Crucifijo y la Eucaristía, llamada por él, con genial intuición, “el Crucifijo vivo”.

No es fácil acercarse a la figura y a la vida de un santo, sólo Dios posee las llaves para entrar en el secreto de un alma dedicada a Él. Es más difícil todavía, cuando ha vivido en una época lejana, entre las más complejas y atormentadas de la historia de la Iglesia. El escritor Ángel Montonati ha conseguido una síntesis rigurosa y brillante de la vida y de las enseñanzas ascético-místicas de este auténtico hombre de Dios y de la Iglesia, de celo ardiente, forjador exigente de conciencias, verdadero líder capaz de convertir y de impulsar hacia el bien.

El autor ha descrito con eficacia su acción, de *bonus miles Christi*, (buen soldado de Cristo) también a través de persecuciones que no le impidieron recorrer los tiempos y preparar el gran evento del Concilio de Trento. En estas páginas se ve a Antonio María en continua lucha contra el vicio de la “tibieza” espiritual y de la mediocridad, que tanto “reinaban” entre sus contemporáneos. En sus *Cartas* y

Sermones, al igual que en las *Constituciones*, vibra una llamada incesante a la santidad. Gracias a esta nueva biografía, sentimos a Antonio María Zaccarà más cercano y familiar.

Roma, 11 octubre 2001

José, cardenal Ratzinger

Introducción

En estas páginas se habla de un hombre que, bajo la acción de la gracia, está decidido a combatir aquello que considera el peor enemigo de la práctica cristiana: la tibieza, la falta de decisión (“irresolución”). Y lo hace llevando, a todas partes, un fuego que conquista y se propaga rápidamente, “incendiando” literalmente las ciudades en las que trabaja y transformándolas en centros que irradian santidad.

Antonio María Zaccarìa -y con él otras grandes almas, como el dominico fray Bautista Carioni, la condesa Ludovica Torelli y la angélica Paula Antonia Negri- representan por ciertas características peculiares un fenómeno inédito en la historia de la Iglesia, cuya valía profética no ha sido nunca suficientemente reconocida (tal vez no lo sea todavía plenamente). Sin embargo, su historia nos parece actualísima. Después del Concilio Vaticano II la comunidad cristiana encuentra en ella más de un estímulo y un programa de auténtica conversión.

Es preciso retroceder hasta Catalina de Siena y Teresa de Avila para encontrar algo semejante; pero aquí el proyecto que se lleva a cabo, bajo la acción del espíritu, implica a *todo el pueblo de Dios sin discriminación jerárquica*. Los Tres Colegios nacidos por el esfuerzo de sus animadores (Clérigos Regulares, es decir religiosos-sacerdotes, monjas dedicadas al apostolado y laicos colaborando con los dos primeros institutos: Barnabitas, Angélicas y “Laicos de Pablo Santo”), representan un *unicum*, concebidos como miembros de un solo cuerpo que camina hacia el mismo ideal: la perfección de la vida cristiana, la santidad. La originalidad de esta fórmula no será entendida; es más, será obstaculizada y al final prohibida como algo al límite de la herejía. Solamente hoy volvemos a descubrir su fuerza “incendiaria”.

La historia de nuestro protagonista es el paradigma de una misión providencial en una época de gran confusión social con

reflejos negativos en la propia Iglesia, cuya misión evangelizadora había perdido fuerza. Muchas situaciones de entonces encuentran su parecido en la sociedad de hoy, donde, por otra parte, faltan líderes capaces, como Antonio María Zaccaría, para volver a encender el fuego de la fe y de la caridad. Por esto la historia de este santo que vivió hace cinco siglos, es a nuestro parecer, no sólo de gran interés cultural sino también de gran estímulo para los cristianos de nuestros días.

Debo confesar mi sorpresa al encontrarme con un personaje tan extraordinario, en parte se debe, al poco conocimiento que tenía de él. Pero me he preguntado si los Barnabitas y las Angélicas han hecho todo lo posible para dar a conocer su memoria. Decía S. Francisco de Sales que el Evangelio es como el conjunto las notas musicales; utilizándolas, cada santo compone su música, distinta de otras. Pero la de Antonio -a pesar de su original partitura- no es, por desgracia, de las más conocidas. Precisamente esto me ha estimulado a investigar a fondo el personaje y a narrárselo a los lectores.

He dicho que estamos ante una figura de gran actualidad, por los muchos parecidos que su vida presenta con la situación actual. Antonio María, por ejemplo, pertenece a una categoría de profesionales -los médicos- normalmente escépticos en materia de fe; de hecho, más de uno sostiene irónicamente, que operando con el bisturí nunca ha encontrado el alma; y cuando se discute de curaciones que se creen milagrosas o al menos científicamente inexplicables, se esfuerzan en buscar una explicación natural, juzgando *a priori* imposible una intervención divina. A pesar de ello, el doctor Zaccaría cuando se plantea el problema de cómo vivir cristianamente, no tiene dudas: renuncia a las perspectivas brillantes de una profesión, que le habría garantizado prestigio y riqueza para seguir a Cristo. Lo mismo vale para sus seguidores y colaboradores.

Me ha impresionado el colorido de su lenguaje: la expresión “correr como locos hacia Dios y hacia el prójimo”

nos habla de la radicalidad de su decisión. Poco después le seguirán otros personajes de la nobleza y de la burguesía, para confirmar que su revolución nace en un restringido grupo de élite y contagiar después al pueblo. Los primeros son algunos miembros de la clase alta. Y todavía me pregunto: ¿está preparada nuestra sociedad para hacer surgir nuevas personalidades de este calibre?

La historia del santo parece más actual, si comparamos el clima en que él maduró con el de hoy.

La “tibieza”, considerada por él como principal enemigo a combatir, es de hecho, la misma indiferencia que hoy existe en tantos bautizados, puros cristianos anagráficos, sin más lazos vitales con la Iglesia: tibios, es decir indiferentes, que buscan a Dios sólo en el momento de la muerte (y no todos) o con ocasión de ritos tradicionales como el bautismo (porque dicen que trae suerte), la confirmación, el matrimonio y los funerales. Se siente más que nunca la necesidad de alguien que lleve “fuego” a las conciencias, que obligue a ver de nuevo la propia vida de manera decidida, radical.

Muchas veces pasamos delante de las iglesias encontrándolas desiertas, pero la lámpara que arde junto al altar nos recuerda que Él está realmente presente. Alguien que espera. Igual sucedía en tiempos de Antonio María; entonces él descubre y promueve las Cuarenta Horas públicas y coloca la Eucaristía en el lugar que le corresponde, situándola en el corazón de la piedad cristiana, junto al Crucifijo. Al contemplarlo encuentra la respuesta a los dramas y angustias de la humanidad. Dedicó especial atención a la Palabra de Dios, de modo particular a las Cartas de S. Pablo, lo que nos hace ver su ardiente celo apostólico.

Además del carisma laical y conyugal, para terminar, es preciso subrayar su valiente y profética valoración del puesto de la mujer en la Iglesia. Por desgracia no fue comprendida e inmediatamente fue olvidada por una mentalidad clerical, que aún no ha desaparecido, a pesar de las muchas declaraciones de principios. Pienso que en la onda del Gran Jubileo 2000 es

deseable una revalorización de figuras como la condesa Ludovica Torelli y Paula Antonia Negri, sin cuya aportación la extraordinaria experiencia de los tres Colegios probablemente no se hubiera realizado.

Espero haber conseguido con estas páginas familiarizar a los lectores con un santo que, siendo “de ayer”, es sobre todo un santo “de hoy”, y sigue llevando, por medio de sus hijos espirituales -los Barnabitas, las Angélicas y los Laicos asociados-, fuego a las conciencias, “influyendo”, como él sabía, en el hombre para acercarlo a Dios¹.

¹

De San Antonio M. Zaccaría se conservan once Cartas (1530 a 1539); un cuaderno de Sermones (cinco sobre los primeros mandamientos del Decálogo y uno sobre las causas de la tibieza), además de un discurso hecho a sus seguidores, 4 de octubre de 1534, transmitido por los historiadores y el texto de las *Constituciones*.

En estas páginas, la referencia a los Escritos (Roma 1975) está acompañada de una numeración progresiva en tres cifras separadas por un punto. La primera cifra hace referencia a las *Cartas* indicadas con el número 1, a los *Sermones* con el número 2 y a las *Constituciones* con el número 3; la segunda cifra se refiere a las once *Cartas* (del 1 al 11), a los siete *Sermones* (1-7) y a los diecinueve capítulos de las *Constituciones* (1-19); la tercera indica la sucesión interna de los párrafos. Esta numeración permite la inmediata identificación de la cita.

Capítulo I

El contexto histórico

Todo santo es hijo de su tiempo, pero con una diferencia fundamental con respecto a la gente común: con su testimonio y la riqueza de sus carismas consigue influir en el curso de la historia, modificando tendencias, despertando las energías latentes, dejando trás de sí una huella duradera. Antonio María es uno de ellos, llevó a la cristiandad de su tiempo una ráfaga de aire nuevo y una serie de intuiciones proféticas que, apenas aceptadas entonces, serán fermento para siglos venideros.

Para comprender en profundidad su vida y la misión que el Señor de la historia le encomendó, es necesario observar el dramático contexto de la época:

La Iglesia en la primera mitad del siglo XVI sufría una grave crisis que implica a toda la cristiandad, es decir, a las instituciones, a la vida religiosa y a la misma teología. Por fortuna, las crisis son como las enfermedades, un cuerpo sano produce eficaces anticuerpos.

Por una parte los máximos responsables de la Iglesia estaban en fuerte decadencia. Los teólogos, habiendo interrumpido el contacto vital con las fuentes (la Biblia y los Santos Padres) se perdían en reñidas discusiones que ponían a una congregación religiosa contra otra. El monje agustino Martín Lutero afirmaba, por desgracia con razón, que aquella teología había traicionado a la Iglesia, ocultando a Cristo; y sus reflexiones le llevarían de la protesta a la herejía y al cisma.

El papado, por su parte, estaba cada vez más metido en el juego político, prevaleciendo los intereses mundanos por encima de los religiosos. En particular algunos pontífices (Alejandro VI, Julio II, León X y Clemente VII) para reforzar su autoridad buscaban y encontraban ayuda en los reyes, los cuales pedían a cambio algunos privilegios relacionados con los nombramientos episcopales y beneficios económicos.

Surge así la emblemática figura de los obispos-príncipes, que en lugar del báculo empuñan la espada, acuñan moneda y guían ejércitos armados. Las diócesis, especialmente en Alemania, quedan por decenios a expensas de los miembros de una misma familia que traspasa los obispados como si fuesen de su propiedad personal. Pero sobre todo se consolida una gravísima contradicción de fondo: el obispo goza de beneficios económicos de la diócesis, sin vivir ni ejercer su trabajo pastoral en ella.

Un ejemplo clarificador es San Carlos Borromeo (1538-1584), que con sólo 7 años había sido incorporado al clero milanés con la tonsura y usando el hábito talar; a los 22 fue llamado a Roma por su tío, el papa Pío IV (el milanés Juan Angel Medici), que lo nombró inmediatamente Secretario de Estado, Cardenal y Administrador de Milán y, cuatro años después, Arzobispo de la metrópolis ambrosiana. El joven cumplió su misión lo mejor que pudo, a costa incluso de hacerse enemigos (los Humillados llegaron a contratar un sicario que le disparó con un arcabuz sin herirlo). Fue un verdadero pastor, cercano a la gente, amigo de los pobres y gran reformador, sencillamente un santo.

Los “anticuerpos”, como reacción a la crisis eclesial, se forman espontáneamente por todas partes.

En las órdenes religiosas, por ejemplo, se desarrolla el movimiento de la “Observancia”: comunidad de frailes decididos a vivir su regla de un modo radical, sin compromisos con el mundo.

También entre los laicos nacen grupos espontáneos apoyados con su esfuerzo personal hacia el camino de la santidad, como los “Hermanos y Hermanas de la Vida común”, en los Países Bajos y en Alemania. Los Oratorios y las Compañías del Divino Amor en Italia, además del grupo de Brescia (donde Santa Ángela Merici funda la Compañía de Santa Úrsula), el Círculo de Viterbo, el de Nápoles y el oratorio de la Eterna Sabiduría de Milán (al que perteneció nuestro protagonista). Así, junto a las nuevas congregaciones

de clérigos regulares -Teatinos (1524), Somascos (1528), Barnabitas (1530) y Jesuitas (1534)- surgen cofradías laicales, ricas con fermentos innovadores.

Algo especial aún a estas nuevas realidades que emergen en la Iglesia: el esfuerzo por una “autorreforma” radical.

Mientras Lutero mira particularmente reformar la Iglesia-institución, en los grandes fundadores de este período madura la idea de que primero es necesario convertirse uno mismo para cambiar después las instituciones.

Estos personajes, dotados de grandes carismas, logran poner en práctica aquello que, a decir verdad, ya en el siglo XV algunos iluminados colaboradores de los papas habían sugerido, encontrando siempre la sorda y durísima oposición de la curia romana, ávida y celosa de sus privilegios. Fue entonces cuando un concilio -el Laterano V- elaboró un programa de reforma, pero limitada; tanto es así que su conclusión (en 1517) coincide con la petición de Lutero de discutir sus famosas 95 tesis. El concilio de Trento se abrirá en 1545, demasiado tarde para detener la expansión de la herejía en el Norte de Europa.

Capítulo II

Hijo único de una joven viuda

En 1502 Cremona era la bella ciudad que todavía hoy podemos admirar en el centro histórico: con su “Torrazzo”, construido en 1250; el baptisterio octogonal y la espléndida catedral de estilo lombardo-gótico, cuya fachada se termina en aquellos años (1508); además del palacio del Ayuntamiento y la Loggia de los Milicianos. Desde 1499 Cremona estaba bajo el dominio de Venecia; diez años más tarde caería bajo el de los Sforza y, sucesivamente, en 1525, bajo el de los españoles hasta 1702.

En la primera quincena de diciembre de 1502 (no sabemos el día exacto) nacía el protagonista de nuestra historia.

Los padres, Lázaro Zaccaría y Antonia (Antonietta como la llamaban familiarmente) Pescaroli, se habían casado el 2 de febrero de 1501, fiesta de la Candelaria, y se instalaron en la casa paterna de Lázaro, situada, según algunos estudios, en el último edificio de la derecha de la actual calle Beltrami (antes calle Ripa d`Adda), según otros, en una parte del palacio Mina-Bolzesi.

Los Zaccaría eran una familia de antigua nobleza, sin atrevernos, como creen algunos, a vincularla a los príncipes albaneses que viajaron a Chipre y después a Génova; se sabe que en el 1090 en Cremona este apellido era importante. Desde 1133 al 1792, este linaje había dado a la ciudad treinta y nueve decuriones, es decir, importantes miembros en la administración de la ciudad. Además de tener tierras (unas 1.700 pértigas milanesas), administraban un rentable comercio de lanas, con almacén y tienda propios -“Le Drapperie”- situado junto a la plaza Mayor frente al palacio del Ayuntamiento.

Su casa debía ser grande, porque allí vivía también la madre de Lázaro –Isabel Pasquali viuda desde hacía seis años-, dos hermanas y el hermano mayor Pascual, con su mujer y cuatro

hijas, además de la hermanastra, Venturina, hija de Lázaro, nacida antes del matrimonio.

Se podría pensar en algunas dificultades de convivencia, por la presencia de una suegra y de dos jóvenes nueras, pero todo hace creer que mamá Isabel, mujer de gran fe, consiguiese tener unida a toda la familia sin perturbar la armonía doméstica. Por lo que atañe a Venturina era tratada igual que los otros hijos legítimos. De hecho, cuando se casó, - por dos veces, habiéndose quedado viuda muy joven- Antonio María le dará la dote, sin mencionar nunca su condición de hermanastra.

El pequeño seguramente fue bautizado en seguida, como se hacía entonces, y además porque había nacido de siete meses y, en aquel tiempo, podía haber peligro de muerte. No conocemos la fecha exacta porque los registros de la parroquia de S. Donato sólo existen a partir de 1561. Le pusieron, un poco contracorriente, dos nombres inexistentes en la concurrida parentela: Antonio María, es decir, como la madre y tal vez como homenaje a la Virgen, a la cual la familia tenía una gran devoción. Un primo del santo se llamaba Bernardo María.

Prematuramente huérfano de padre

Todo hacía presagiar una infancia feliz, sin embargo, cuando el niño tenía pocos meses, en febrero de 1503, muere repentinamente el padre. No sabemos cual fue la enfermedad, pero aquellos inviernos provocaban muchas víctimas sobre todo entre los más débiles; por otro lado, existían muchas enfermedades epidémicas. Al año siguiente moriría también el tío Pascual. Las sepulturas de los dos hermanos se encuentran, una al lado de la otra, en la iglesia de los Santos Cosme y Damián, en Cremona.

Habiéndose quedado solas, las dos nueras en seguida demostraron de qué pasta estaban hechas; las dos, jóvenes y

ricas, (Antonia tenía sólo 18 años) fácilmente habrían podido rehacer sus vidas. Sin embargo renunciaron, prefiriendo dedicarse totalmente a la educación de sus hijos y encontrando en la fe el consuelo y la fuerza para seguir adelante. En casa crecían de modo especial dos devociones que influirían en la espiritualidad de Antonio María: el Crucifijo y la Virgen Dolorosa.

Pocas noticias nos han llegado sobre los primeros años de vida del pequeño. Los biógrafos nos describen a una madre preocupada por preparar a su hijo en una espiritualidad no sólo como fachada, sino sólida, basada en la oración y vivida con gestos de caridad hacia los pobres.

Puede resultar extraño que Antonio María recitase con frecuencia el Credo, pero no demasiado, si tenemos en cuenta que estamos en vísperas de un período histórico que se caracterizará por el conflicto con la herejía luterana; y nada mejor que una clara profesión de fe para ayudar a mantener la propia identidad católica.

Por supuesto, la madre llevaba al hijo a la iglesia a misa y a otras celebraciones litúrgicas; a él le gustaban particularmente las homilías, se ve que el párroco sabía hablar al pueblo, tanto que, de vuelta a casa, repetía lo que había escuchado. Y lo hacía tan bien que Antonia quería que la servidumbre asistiese a los insólitos sermones realizados con absoluta seriedad por un pequeño de sólo diez años.

Lecciones de caridad

No sabemos cuando recibió la primera comunión. Los testimonios concuerdan en describirlo preparándose al máximo para el acontecimiento. Rezaba solo en casa y, en la mesa, se mortificaba renunciando a una parte de los alimentos, los mejores. Lógico que detrás de todo esto estuviese la auténtica piedad de su madre, ella era su modelo. Y lo que mejor imitaba era su caridad. De aquel tiempo nos ha llegado una anécdota significativa: un día de invierno, nada más salir

del colegio, se encontró en la calle a un pobre semidesnudo, que tiritaba de frío, y sin pensarlo dos veces se quitó la capa y la chaqueta de seda para calentarle. Volvió a casa en mangas de camisa, se esperaba una regañina de su madre, por el contrario, ésta sabiendo el motivo de aquella extraña vestimenta, le abrazó conmovida.

La puerta de la casa Zaccaría se abría generosamente a los pobres que llamaban, tanto es así que un buen día Antonio María le propuso a su madre que dejara de vestirle con sedas, usando telas ordinarias, así, ahorrando, se podría ayudar a algún pobre más.

Este estilo de solidaridad con los pobres le empujó a imponerse continuas mortificaciones corporales, como había sucedido en preparación a la primera comunión, pero ahora periódicamente. La madre, que tal vez hacía lo mismo pero en secreto, detuvo estas penitencias por miedo a que se resintiese la salud de su hijo.

Había llegado el momento de comenzar los estudios, como se acostumbraba en las familias nobles, para los chicos se abrían especialmente dos caminos: la carrera militar o la eclesiástica, o bien ejercer una profesión.

En el colegio se esfuerza en el estudio de las Letras, incluido latín y griego, y de las Ciencias; inclinándose sobre todo en éstas y en el Arte.

Le gustaba ir a las iglesias no sólo para rezar, sino también para admirar sus obras maestras; baste pensar en las preciosas historias que había pintado Boccaccino, llamado el Rafael de Cremona, sobre la Vida de María en la nave central de la catedral, en el retablo de Perugino en S. Agustín, en la antigua y sugestiva basílica románica de S. Miguel y en otras iglesias que habían sido adornadas más tarde con los frescos de los hermanos Campi, por no hablar de otros monumentos.

De Pavía a Padua

A los dieciseis años, viaja a Pavía, probablemente acompañado de su madre, que aquí tenía familia, para comenzar los cursos de filosofía; un bienio en el que madura su primera gran decisión, dedicarse a la medicina; profesión de prestigio que mantendría alto el honor de su linaje. Varios Zaccaría habían destacado como médicos.

En aquella época, la mejor universidad para esta carrera era la de Padua, centro cultural de los más famosos de Europa. A los dieciocho años Antonio María era un joven con grandes perspectivas, pero se despreocupa porque tiene algo dentro – un secreto que no descubrirá a nadie por el momento- que le empuja por caminos insólitos.

Poco antes de ir a Padua, se desvela el secreto. El 5 de octubre de 1520, hace testamento, según la costumbre de la época, y el 16 del mismo mes el joven decide donar su parte de la herencia a su primo Bernardo, pero dejando usufructuaria a su madre mientras viviera. Él se queda -como exigía la ley para que la donación fuese válida- con 100 liras imperiales. “Un gesto que parece increíble”, afirma padre José Bassotti, “para un joven universitario, necesitado de medios para mantener sus estudios (...), sobre todo por la cláusula que había añadido: la donación no podía ser revocada por ningún motivo, ni por desagravio a su madre, ni por tener descendientes que mantener”². Aquí se ve claramente la altura interior de Antonio María; es casi un voto de pobreza, que iba parejo con la castidad de su conducta.

¿Por qué la facultad de medicina? Desconocemos las razones de su elección. Junto al deseo de continuar una tradición familiar, seguramente influyó la dimensión caritativa de la profesión médica. Como estaba acostumbrado a compartir y mitigar los sufrimientos de los pobres, habrá pensado que un laico podría ofrecer un servicio tanto o más

² G. Bassotti, *S. Antonio María Zaccaría e Cremona*, Cremona 1989, p. 18. Datos esenciales sobre la vida del Santo, en “Barnabiti studi”, 14/1997, fascículo monográfico editado con motivo de la canonización. Sobre los lugares de Cremona donados a Zaccaría, cfr. A. Trabucchi, *Le tracce cremonesi di Antonio María Zaccaría*, en “La vita cattolica”, 31 de Agosto 2001, pp. 32-33.

precioso cuanto más cercano estuviera a sus limitadas posibilidades económicas; un servicio prestado únicamente por amor a Dios que ve en el rostro del enfermo el rostro de Cristo. Además, curando los cuerpos, podría decirles piadosas palabras que alegrasen el alma.

¿Una licenciatura inútil?

La universidad de Padua, la segunda fundada en Italia después de la de Bolonia, alardeaba ya en aquel tiempo de una larga historia. Creada en 1.222 había logrado rápidamente una gran fama, consolidándola en el siglo XV. Al principio estaba dividida en “universidad de los juristas”: leyes y notarías, y “universidad de los artistas”: medicina, filosofía y letras, y anexa una escuela de teología. Aquí, antes que Antonio María, había estudiado medicina Nicolás Copérnico (del 1501 al 1505) y después de él pasarían otros importantes personajes: en 1588 llegaría de Ginebra el joven Francisco de Sales, y cuatro años más tarde Galileo, como profesor de matemáticas.

Según la tradición, los cursos académicos comenzaban el 18 de octubre, día que la iglesia dedica a la memoria litúrgica del evangelista médico-pintor San Lucas, cuyos restos mortales se conservan en Sta. Justina. Todos los estudiantes asistían a una misa solemne en la catedral.

No sabemos dónde se alojaba Antonio María, probablemente en uno de los veintisiete colegios que la ciudad tenía para jóvenes forasteros, sobre todo llegados del extranjero. En aquella época asistían estudiantes de veintidós países europeos.

No se conservan las cartas que regularmente escribiría a su madre informándola de cómo iban los estudios.

Ciertamente, el ambiente universitario no estaba hecho para el recogimiento ni la práctica religiosa, teniendo en cuenta la mezcla de nacionalidades y de culturas presentes en Padua, y los primeros coletazos de la reforma luterana que seguramente también se hacían sentir.

En 1517 Martín Lutero había desafiado a la Iglesia con sus teorías y el 15 de junio de 1520 la bula pontificia “*Exurge Domine*” le condenaba. Podemos imaginar que a un ateneo tan prestigioso como el paduano no le era extraño el encendido debate que se llevaba a cabo en el Norte de Europa, sobre todo a partir de la excomunión del papa León X al reformador alemán en 1521.

Dios le basta

Podemos imaginar a nuestro protagonista en oración ante la urna de Antonio, el taumaturgo que en Padua es “el santo” por excelencia, cuya basílica se estaba adornando con extraordinarias obras maestras. No hay duda de que el esfuerzo por una vida cristiana, nacida en Cremona, guiada por su madre, se refuerza con el ejercicio ascético.

A sus compañeros les debía parecer un poco raro aquel joven, reservado y esquivo, que prefería la penumbra de las iglesias a las alegres reuniones; que frecuentaba los sacramentos y pensaba sobre todo en el estudio. La medicina le ponía en contacto directo con los enfermos y con los difuntos; esto alimentaba sus reflexiones sobre la fugacidad de la vida y sobre la vanidad de las riquezas por las que tantos se afanaban.

No tenemos noticias de sus relaciones afectivas con chicas. Dios le basta. Sin embargo, conocemos el nombre de un amigo suyo, Serafín Aceti (1496-1540), de Fermo, en las Marcas; entre los dos nació una unión espiritual muy intensa.

Aceti abrazará la vida religiosa con los Canónigos Lateranenses, dejando algunos valiosos escritos ascéticos; más tarde fundará las monjas del Buen Jesús en Rávena. Después de varias peregrinaciones como predicador por Italia a inicios de los años treinta, volvió a reunirse con Antonio María en Milán familiarizándose con los grupos de éste y sus iniciativas. También él estará entre los amigos que corrieron a la cabecera de Antonio María agonizante.

La sed de espiritualidad y la firme decisión por la opción evangélica se fortalecen durante los cuatro años del joven Antonio en Padua. Se puede decir que había profesado los votos antes de ser religioso.

En lo relativo a la castidad sabemos que siendo estudiante en Padua, el joven Antonio María, recogió en un cuaderno algunas notas filosóficas, tomadas de diversos autores, por ejemplo: “La castidad es de gran ayuda para conseguir la ciencia. Buscar en la letra E, la palabra Ejercicio”. Leyendo la letra indicada por Antonio María encontramos una frase de Averroes: “El ejercicio ofrece a la naturaleza del hombre una preparación que no tenía; igualmente hace lo mismo la virtud moral y sobre todo la castidad”³.

El progreso en los estudios fue rápido y duradero; influyeron también en esto algunos profesores, cuyos nombres se conservan en las Placas del 1520 y 1524. De aquel período nos queda sólo el mencionado cuaderno en el que recopiló algunas sentencias de filosofía que después le servirían para escribir el texto de sus *Sermones*, un ciclo de predicaciones del que hablaremos más adelante.

En cuatro años de intenso estudio, Antonio María superó los exámenes y consiguió la licenciatura en medicina “cum laude”⁴. Por desgracia, no existe el documento que lo demuestre porque el registro de las matrículas de la universidad de Padua se conserva en la biblioteca del ateneo a partir de 1583, mientras que las actas públicas de los doctorados datan de 1617. Esto explica porqué en el Catálogo de los doctores en medicina no figura el nombre de Antonio. Pero lo encontramos en el Catálogo de los “Doctores Físicos” de Cremona, del año 1524. En aquel mismo año, Cayetano de Thiene, otro licenciado salido de la universidad de Padua, fundaba la primera orden de Clérigos Regulares: los Teatinos.

De vuelta a Cremona, suponemos que recibido con una fiesta por sus parientes y amigos, el neodocor comenzó a

³ A. Gentili, *Era tutto spirito*, en “Quaderni di vita barnabítica”, 8, p. 179. Para tener una primera idea del pensamiento del Santo, cfr. A. Gentili-G. Scalese, *Prontuario per lo spirito. Insegnamenti ascetico-mistico di Sant'Antonio María Zaccaría*, Milano 1994.

⁴ G. Gigli, *S. Antonio M. Zaccaría medico*, en “Contributi allo studio della spiritualità di S. Antonio M. Zaccaría”, Florencia 1972, pp. 22 ss.

ejercer la profesión, guiado por médicos veteranos y experimentados.

Ya en Abril de 1526 aparece en la lista de los llamados “Scolari”, es decir, los jóvenes doctores que hacían prácticas antes de ejercer por su cuenta.

Había gran necesidad de médicos porque Cremona se encontraba en una situación que hoy llamaríamos emergencia sanitaria, provocada por la peste que había comenzado en el verano de ese mismo año.

Los biógrafos hablan del palacio Zaccaría convertido en lazareto, pero no existen documentos de archivo que lo confirmen. Ciertamente, el motivo de su trabajo no era el dinero, sino servir al hombre que sufre, en el que veía el rostro de Cristo. Sus pacientes eran los más pobres, aquellos en los que nadie pensaba y no podían permitirse el lujo de pagar un médico. Los curaba en los hospitales y hasta en sus domicilios con una atención con la que pronto se ganó la estima y la admiración de la gente, junto con alguna crítica por parte de la “Cremona-pudiente”, que no veía correcto que uno de ellos se mezclara con los mendigos. Él no hacía caso, igual que había hecho en Padua cuando sus compañeros le tachaban de santurrón.

Pasados los meses se dio cuenta de que muchos de sus enfermos necesitaban fortalecer su alma más que su cuerpo. Para uno como él, que se alimentaba del contacto con el Señor en los sacramentos y meditando la Palabra de Dios, era normal buscar la vuelta a la fe de quien se había alejado, y los resultados eran para preguntarse: ¿No habría sido mejor dedicarse únicamente a curar los males del alma? Cuanto más pasaban los días más necesitaba una respuesta.

El rostro y el alma

En este momento el lector tendrá curiosidad por saber: ¿cómo era este personaje, que rostro tenía, qué presencia? Nos lo podemos imaginar como nos lo presentan algunos cuadros

póstumos. Muriendo a los 36 años, su fisionomía no habría cambiado mucho desde su juventud.

El historiador Juan Antonio Gabuzio nos da una rápida idea, en latín, que traducida diría: “Antonio María tenía la justa estatura, sano y fuerte, pero no demasiado robusto; de aspecto serio, respiraba santidad; la cara más alargada que redonda, ojos grandes algo salientes, cejas y pelo negro, abundante y larga barba, piel color aceituna”⁵. En realidad un tipo distinto, que podría provocar turbación en sus pacientes, pero les conquistaba con su dulzura. Esto en lo que respecta a su aspecto exterior.

Más interesante es saber cómo era su carácter. Aquí el único dato científico disponible es su caligrafía. Lo ha intentado, como con otros grandes personajes, un fraile franciscano conventual, padre Jerónimo Moretti, autor de un libro con diversas ediciones titulado “*I Santi dalla loro scrittura.*”

Esto dice sobre Antonio María Zaccaría: “Inteligencia cuantitativamente superior, justa al juzgar los resultados de la inteligencia objetiva de otros. Tiene gran tendencia y habilidad para varios tipos de exégesis: histórica, bíblica y literaria. Muy original, prestando especial atención a la sustancia de las cosas (...). Tiene habilidad y tendencia a la organización de los conceptos (...). Se inclina sobre todo hacia las cosas científicas (...). Tendencia y habilidad para la psicología teórica y práctica. Carácter fundado sobre la firmeza de sus propósitos con alguna pequeña inclinación a la debilidad... por la decisión no excesiva, por la austeridad y sobre todo por la reflexión... Sus tendencias entran a menudo en conflicto, pero el sujeto no pierde nunca el control de sí mismo... Debido a su fuerza intelectual y a la rectitud de su carácter, podría elevarse a tanta altura moral que no podría ser medida por la psicología ordinaria”⁶.

⁵ G. A.GABUZIO; *Historia Congregationis Clericorum Regularium S. Paulii*, Roma 1852, p. 74. Cfr. D. FRIGERIO, *Il “ritratto” del S. Fondatore*, en “Quaderni di vita barnabítica”, 8, pp. 41 ss.

⁶ G. MORETTI, *I Santi dalla loro scrittura*, Milán, 1997, pp. 63-65.

El diagnóstico podemos decir que es sustancialmente fiel al hecho histórico. El barnabita José Cagni, en su trabajo titulado “*L'uomo Zaccaría*”, integra lo dicho con algunas observaciones, poniendo en evidencia una cualidad peculiar del santo: la visión objetiva de la realidad, confirmando lo dicho por el P. Moretti, además de su gran confianza en el hombre y en las cosas. Todo lo creado es bueno y bello, hecho por Dios para nosotros.

Antonio María es fundamentalmente un optimista, convencido de que el hombre puede ser alguien si pone en práctica su inteligencia y voluntad. Comenta P. Cagni: “También las pasiones son buenas, Dios nos las ha dado como un gran don, porque son un empujón para actuar. Pocas pasiones, poca capacidad de acción; muchas pasiones, mucha capacidad.

Las grandes pasiones engendran a los grandes santos. Es una visión del hombre diametralmente opuesta al pesimismo protestante. Pero todas las criaturas tienden a convertirse en ídolos, debido al desequilibrio original⁷; en esto es donde se revela la consistencia de cada uno, porque todo “está sometido al imperio de la voluntad”⁸ y se hace daño sólo aquel que quiere hacerse daño: *Nemo laeditur nisi a seipso*; nadie se hace daño sino por sí mismo⁹: ¡Antonio conoce y cita esta importante frase de Crisóstomo!”

Es tanta la excelencia del libre albedrío (...) que el hombre puede llegar a ser diablo y dios, según quiera”¹⁰. Y explica: “El hombre es dios en cuanto se asemeja, por similitud e imitación de sus acciones, a Dios, tanto como le es posible”¹¹. Por lo tanto confianza plena en el hombre, en las cosas y en su armonía constructiva”¹².

Lo que parece que él no soporta es la mediocridad, el no decir rápidamente “sí” a las llamadas del ideal, en otras palabras: la tibieza, “la pestífera y mayor enemiga de Cristo Crucificado” como él la define. Enfrentándole una propuesta

⁷ Cfr. A. M. ZACCARÍA, *Gli Scritti*, Roma 1975, pp. 110-114 (2.01.20-27); 117- 121 (2.01.30-37).

⁸ Ibid., p. 129 (2.02.14).

⁹ Ibid., p. 196 (2.06.13).

¹⁰ Ibid., p. 183 (2.05.15).

¹¹ Ibid., p. 117 (2.01.31).

¹² G. CAGNI, *L'uomo Zaccaría*, en “Quaderni di vita barnabítica”, 8, Roma 1989, pp. 55-56.

de radicalismo evangélico que terminará sacudiendo un mundo religiosamente lánguido como el del siglo XVI.

Capítulo III

El cambio de rumbo

Las historias de los santos están llenas de circunstancias que determinan imprevistos cambios de vida. Sin volver la vista al clamoroso caso de S. Pablo, donde el Señor interviene en primera persona para hacerle cambiar de idea. Hay otros muchos ejemplos significativos: Agustín de Hipona (354-430), de joven libertino que era, después de su encuentro con S. Ambrosio (339-397), se hizo bautizar y se convirtió en uno de los personajes más grandes de la Iglesia; Margarita de Cortona (1247-1297), la conversión le llegó después de descubrir el cadáver de su amante, asesinado por desconocidos; Ignacio de Loyola (1491-1556), que soñaba con una brillante carrera militar, estando convaleciente, debido a una herida en la pierna, descubrió el Evangelio y fundó la Compañía de Jesús; Juan de Dios (1495-1550) era un hombre inquieto, en continua búsqueda, pero le bastó escuchar un sermón de san Juan de Avila (1499-1569) para volver a Dios; el doctor de la Iglesia Alfonso de Ligorio (1696-1787) era un brillante abogado de Nápoles, habiendo perdido una causa durante un proceso clamoroso, colgó la toga y se hizo sacerdote, dando vida a la familia religiosa de los Redentoristas.

En el caso de Antonio María no se puede hablar de conversión. Como él se interrogaba cada día sobre el sentido de la vida y el futuro, decidió pedir consejo a un dominico, conocido en la historia con el nombre de Marcelo, un religioso muy conocido en Cremona por su carisma de discernimiento. Contactó con él, hablaron largo y tendido y el religioso comprendió que se encontraba frente a un joven excepcional. En aquel momento le aconsejó que reflexionara bien sobre la decisión que estaba por tomar, asegurándole que rezaría para ver clara la situación.

Después de algún tiempo, fray Marcelo le contestó: “Es mejor que dejes la profesión y te hagas sacerdote. Ese es tu verdadero camino”. Era la confirmación que Antonio María

esperaba; viendo en las palabras del dominico una llamada divina, abandonó la práctica médica para “entregarse a la vida espiritual”. Sería más tarde el mismo fraile quien le iniciara en el estudio de la Teología, disciplina fundamental para el sagrado ministerio.

Podemos imaginar la reacción que la decisión del doctor Zaccaría provocó, no tanto en su madre, ella conocía bien a su hijo y probablemente estaba al corriente de su inquietud, sino entre sus parientes y amigos. Alguno habrá dudado de una decisión tan extraña tomada por parte de un brillante profesional, que renunciaba a las seducciones de un futuro prometedor para hacerse cura. Tampoco en esta ocasión dudó: con decisión tomó el nuevo “camino”, como en él era habitual, sin pensar en el decir de la gente.

Fray Marcelo debía ser un maestro iluminado; no olvidemos que la teología, en aquellos tiempos, atravesaba una grave crisis, ya que estaba separada del contacto vital y fecundo con la Biblia y la doctrina de los Padres. Por los biógrafos sabemos que Antonio María, bajo su dirección, no se limitó a profundizar la parte dogmática, sino que bebió intensamente de la Escritura y de los grandes doctores de la Iglesia, de modo especial de Santo Tomás de Aquino.

Más tarde, en las *Constituciones* de la orden que estaba preparando, afirmará en el capítulo titulado “Sobre el estudio”: “Estudien los Hermanos, la Sagrada Escritura, y con avidez se deleiten para comprenderla y entenderla, de modo que tengan bien abiertos los sentidos, sobre todo aquellos que son para la edificación de las costumbres. Después de la Sagrada Escritura, podrán leer cada uno de los doctores aprobados por la Iglesia, y los libros de los Santos Padres, siempre que sus escritos no sean contrarios a la Sagrada Escritura o a otros santos doctores”¹³. Más adelante, demuestra que conoce bien, teniendo en cuenta que aconseja su lectura, algunos clásicos espirituales como las “*Colaciones*” o conferencias espirituales de Juan Casiano, las “*Historias de los Santos padres*”, sobre

¹³ Scritti, p. 239 (3.08.03).

todo aquellas escritas por San Jerónimo, la “*Escalera del Paraiso*” de Juan Clímaco, además de las obras de San Buenaventura, las “*Cartas*” y “*El Diálogo*” de Santa Catalina de Siena y los escritos de fray Bautista Carioni de Crema, el dominico que tanto tendrá que ver en la vida del santo.

Antonio María se presenta como un hombre abierto a los tiempos. A pesar de basar sus conocimientos (y no podía ser de otra forma) en la exégesis escriturística medieval más clásica, se da cuenta de la nueva sensibilidad que se iba desarrollando gracias a las corrientes del Evangelismo, del Humanismo cristiano (Erasmus de Rotterdam marcaba la pauta) y de la *Devotio Moderna*, además de los estímulos suscitados por la Reforma luterana. También la vuelta a los Padres de la Iglesia, leídos como la Biblia, en la lengua original, le predispone a un acercamiento nuevo con la gente, usando un lenguaje distinto. Es probable que ya hubiese hecho suyas, por medio de fray Marcelo, las lecciones de Erasmo que, en la introducción a la edición del Nuevo Testamento, en griego, había escrito: “Quisiera que el ama de casa, mientras hace las cosas de casa, o el agricultor, mientras ara el campo, recitasen de memoria pasos de las cartas de San Pablo o de los evangelios”¹⁴. Por otra parte, el mencionar las cartas de San Pablo se adapta perfectamente a las preferencias del futuro fundador que, de hecho, se familiarizó en seguida con los textos paulinos que serán fundamentales para toda su espiritualidad.

La urgencia de una sólida formación doctrinal, se hacía cada vez más patente, debido a los acontecimientos que agitaban el mundo eclesial en Cremona, donde el convento dominico estaba revolucionado, haciendo como de caja de resonancia, debido al gran debate que había en la Iglesia sobre la necesidad de una seria reforma “in capite et in membris”. En 1528, el año en que Antonio María terminaba los estudios teológicos con vistas a la ordenación sacerdotal, el prior del convento de aquella ciudad, fray Bartolomé Mauri, abandona

¹⁴ Cit. De M. MARCOCCI, *Fermenti di riforma nella Chiesa della prima metà del Cinquecento*, en “Quaderni di vita bamabítica”, n. 8, p.20.

todo y huye a Suiza para unirse a los reformadores del otro lado de los Alpes. Fray Marcelo se lo comunica a su alumno con una interpretación equilibrada de los hechos. Después se verá cómo el influjo dominico resultará fundamental para el desarrollo de la actividad de Antonio.

Un catequista laico

Se calcula que dedicó a los estudios teológicos unos dos años y medio en Cremona y tal vez en Bolonia, como dice el P. Bautista Soresina, en un antiguo testimonio que citaremos más adelante. Pero pocos meses después de elegir su nueva vida, fray Marcelo había decidido: “hacerle trabajar por el bien espiritual del pueblo”¹⁵, empujándole a confrontarse con el variopinto público de fieles a través de la catequesis. Comenzó con los niños de la nobleza, el ambiente que mejor conocía, reuniéndolos en la iglesia de San Vitale, llamada también de San. Girolodo porque en ella están las cenizas de este santo natural de Colonia, asesinado en Cremona en 1241 y venerado como mártir.

Tenía un método propio que en seguida se demostró eficaz: leía partes de la Escritura, vidas de santos o cualquier pensamiento espiritual, sacado de uno de los tantos manuales de devoción en uso, después lo explicaba con un lenguaje sencillo, preguntando a éste o a aquél. Nacía un diálogo que mantenía la atención de todos.

La iniciativa tuvo tanto éxito que comenzaron a ir a San. Vitale los jóvenes. También sus coetáneos más pobres, que normalmente pasaban el día en las plazas y en las calles de los alrededores, al ver este extraño movimiento entraban en la iglesia, primero por curiosidad, después atraídos por aquel laico que hablaba tan bien de Dios. Estos lo contaron en la familia y después de algún mes el recinto se llenó de adultos, padres, hermanos y hermanas de aquellos niños, sin distinción de edad o clase social: ante Dios todos se sentían iguales. A

¹⁵

F. T. MOLTEDO, *Vita di S. Antonio M. Zaccaría*, Roma 1897, p. 82.

tantas madres que pasaban el día trabajando, les parecía mentira poder sacar a sus hijos, al menos por unas horas, de las calles y ponerlos en contacto con las verdades de la fe, que tal vez ellas habían olvidado.

La noticia de esta novedad corrió en seguida por toda la ciudad y San Vitale se llenó de gente. Mientras tanto, sin darse cuenta, Antonio María se estaba entrenando para el ministerio del que sería protagonista más tarde.

Hoy nadie se extraña de ver a un laico que explique la doctrina cristiana a los fieles, es más, se puede decir que la mayoría de los catequistas son laicos, hombres y mujeres, como muchos profesores de religión en los colegios. Sin embargo, entonces esto era una novedad. Justamente se ha reconocido que la catequesis a los niños es un orgullo para la Iglesia de Cremona. Normalmente este servicio pastoral se cree que comenzó en Milán en 1536 por obra del sacerdote Castellino de Castello, hasta que el Concilio de Trento extendiera esta práctica a toda la Iglesia. La escuela de catecismo de San Vitale comienza varios años antes y la continuará después, muerto el santo, un grupo de laicos llamado “Siervos de los niños y niñas de S. Girolodo”, organizados por el barnabita padre Nicolás de Aviano en 1553 y unidos por éste a la Compañía de S. Jerónimo en 1539. La iglesia de San Vitale conserva interesantes frescos del siglo XIV, por desgracia deteriorados en parte, representando a San Jerónimo a los pies de la Virgen, San Antonio abad y Santa Catalina de Alejandría. Hoy podemos darnos cuenta, por cómo se conserva, de la gente que podía entrar cuando hablaba Antonio María. No mucha, dadas sus modestas dimensiones, tanto que a veces los fieles se veían obligados a empujarse y a escuchar desde la puerta; se trataba de una sola sala sin techo, con el armazón descubierto, desnuda de ornamentos, el suelo más bajo que el nivel de la calle. En 1562, la iglesia pasó a los padres Somascos, que llevaron allí a sus huérfanos y la transformaron en tres naves.

Cuidadosas restauraciones la han transformado en un auditorio para la ciudad. El 14 de Mayo de 1994 las autoridades provinciales, en colaboración con las congregaciones de los Barnabitas y de las Angélicas, y con el patrocinio de la Delegación del Patrimonio artístico e histórico de Mantova, han inaugurado una lápida con la siguiente inscripción: “En este antiguo templo de San Vitale / S. Antonio María Zaccaría (1502-1539) inició la enseñanza del catecismo / y las escuelas de la Doctrina Cristiana / instituyó el grupo espiritual de la Amistad / y celebró su primera misa en 1528./ La Provincia de Cremona / con motivo de la restauración / 1992”.

Mientras Antonio María se preparaba para recibir las sagradas órdenes, tenía mayor conciencia, según pasaba el tiempo, de cual sería su misión. Los encuentros en San Vitale sufrieron una brusca e involuntaria interrupción debido a cuestiones políticas que no presagiaban nada bueno para Lombardía. Los ejércitos de Francisco I y de Carlos V, que luchaban por el dominio del ducado de Milán, tenían sus campamentos base no lejos de Cremona.

En 1525 Francisco I, derrotado en Pavía y hecho prisionero, había sido obligado a firmar en Madrid una paz de la que pronto renegaría para reforzar la Liga con el papa Clemente VII y otros príncipes italianos. Con tal de no dejar paso a su rival Carlos V incluso había favorecido en Alemania a los protestantes, que en Francia eran perseguidos. Por su parte el emperador, por despecho al Pontífice que se había puesto en su contra, en 1526 permitía a los luteranos la libertad de su confesión religiosa. Un año después sus lanceros asolarían Roma (con el famoso saqueo) obligando a Clemente a encerrarse en la fortaleza del Castillo del Santo Ángel.

Habría otras guerras, por el dominio de Milán, que provocaban entre la población sufrimientos y desórdenes, sobre todo porque las tropas de Carlos estaban formadas mayoritariamente por luteranos fanáticos, a los cuales no les parecía verdad dar una lección a los católicos, profanando sus

iglesias, violando la clausura de los monasterios, asesinando sin piedad. Complican la situación las pestes y las continuas carestías, mientras en los confines del imperio luchaban las tropas islámicas, conducidas por Saladino, que habían llegado a Budapest, incendiando, devastando y dejando más de cien mil víctimas. Pero es precisamente en aquel período cuando la Iglesia produce eficaces “anticuerpos” llamados: Jerónimo Emiliani (1481-1537), Cayetano de Thiene (1480-1547), Ignacio de Loyola (1491-1556) y Felipe Neri (1515-1595), además obviamente de nuestro protagonista.

En 1527 parece que lo peor para Cremona había pasado y Antonio María vuelve a sus encuentros con la gente en San Vitale. Su variado auditorio le daba la posibilidad, entre otras cosas, de formarse una idea precisa del nivel de cultura religiosa de sus conciudadanos y, sobre todo, de la “calidad” de la práctica cristiana; lo había evaluado siendo médico en su contacto con los enfermos, preocupado como estaba no sólo de curar los cuerpos, sino las almas. Y había, incluso, diagnosticado la enfermedad: “la tibieza”.

Teniendo en cuenta su lucha por la vida espiritual, la tibieza era considerada el peor obstáculo para el fervor, que para él es la característica de los “verdaderos amantes de Cristo”. En una serie de *Sermones* (había previsto tres, pero escribió sólo uno) prometía analizar las causas de la tibieza y los modos para eliminarla, insistiendo sobre todo en la generosidad del esfuerzo, no limitándose, farisaicamente, a lo estrictamente mandado, sino extendiéndolo a lo que está aconsejado. Únicamente así se avanza, diversamente, afirma, “el no ir hacia delante en la vida de Dios o detenerse, es volver atrás”¹⁶.

Él había elegido su vida, decidiendo darse enteramente al Señor, a pesar de que el sacerdocio le daba miedo, se sentía indigno. En 1527, o a inicios de 1528 (faltan datos precisos), moría el buen fray Marcelo y Antonio María pondrá su dirección espiritual en manos de otro dominico, destinado a

¹⁶ Scritti, p. 203 (2.06.23). El análisis de los caracteres intrínsecos de los Sermones nos hace fijar la fecha en que fueron escritos después de la ordenación sacerdotal (1529-1530).

jugar un papel decisivo en toda nuestra historia, fray Bautista Carioni de Crema (1460 ap.-1534).

Antes de la ordenación sacerdotal, hace un gesto extremadamente revelador: a finales de 1524 o a inicios de 1525 había muerto su tía paterna, Juana Zaccaría, dejando como herederos a Antonio María y a su primo Bernardo. Los biógrafos nos dicen que el Santo aprovechó para duplicar las limosnas a tantos pobres que llamaban a su puerta. Era una prueba más de su decisión de despojarse de todo bien material para dedicarse a las misiones entre el pueblo.

Capítulo IV

La primera misa

Después de haber recibido la tonsura y las cuatro órdenes menores de hostiario, lectorado, exorcistado y acolitado (con el Vaticano II se ha abolido la primera, mientras que la facultad de exorcizar la concede el obispo diocesano a los sacerdotes en determinadas ocasiones), en tres fiestas sucesivas, como era costumbre, Antonio María recibe las órdenes mayores, es decir el subdiaconado, diaconado y presbiterado. De estos hechos hoy conocemos las fechas: la ordenación subdiaconal el 19 de septiembre de 1528, sábado de las llamadas Témperas de otoño, la ordenación diaconal (casi con seguridad) el 19 de diciembre (Témpera de invierno) y la sacerdotal, la más importante, el 20 de febrero de 1529 (Témpera de primavera).

Ha sido el barnabita padre Francisco Ghilardotti quien descubrió las fechas, justamente antes de las celebraciones del quinto centenario del nacimiento de Antonio María. Se trata de un importante descubrimiento porque, como explica el padre Ghilardotti, uno de los motivos que pararon la causa de beatificación fue el hecho de que se desconocía la fecha y el lugar de su ordenación sacerdotal, e incluso el nombre del obispo ordenante. “Las primeras investigaciones han sido decepcionantes, sea en el Archivo de Estado de Cremona sea en el obispado, donde se declaró que todos los documentos relacionados con las ordenaciones del siglo XVI se habían quemado o perdido. Pero no me rendí. Durante más de 18 días, en tres momentos, he revisado miles de documentos y las notas (cuando existían) de al menos cuatro notarios entre el 1520 y el 1533. Entre aquellas numerosas cartas, de los más variados argumentos, había notas con las indicaciones de algunas ordenaciones clericales, junto con algunos folios en blanco aquí y allá, signo de que el trabajo del notario debería haber sido completado. Con constancia y mucho entusiasmo

he continuado la búsqueda que parecía no tener éxito”. Cuando parecía obligado renunciar llegó el descubrimiento: el santo fue ordenado sacerdote el 20 de febrero de 1529, sábado de las Témperas de primavera, en la capilla de S. José (situada en la parte trasera septentrional de la catedral) por monseñor Lucas de Seriate obispo titular de Duvno en Erzegovina y auxiliar de Cremona.

Nos faltan todavía las fechas de las etapas de su curriculum clerical, tonsura y órdenes menores.

Los antiguos biógrafos añaden que Antonio María se preparó a la ordenación sacerdotal con una austeridad mayor de lo habitual: vigiliias prolongadas de oración, ayunos y una confesión general. Sin embargo no sabemos cuándo celebró la primera misa, es fácil que no haya sido inmediatamente porque, en la época, para el clero y para los fieles, la Eucaristía era considerada un sacramento que precisaba una larga preparación, mientras que la comunión frecuente era prácticamente desconocida. Es suficiente pensar que S. Ignacio de Loyola, el fundador de la Compañía de Jesús, fue ordenado sacerdote el 24 de junio y celebró por primera vez en la Navidad del mismo año.

Varios biógrafos cuentan que el día que nuestro protagonista subió por primera vez al altar, ocurrió un prodigio: al elevar la hostia fue visto, por los fieles que llenaban la iglesia, un grupo de ángeles rodeando al celebrante. El episodio fue confirmado por testigos oculares al padre Juan Antonio Gabuzio; más tarde han sido transmitidos por los primeros historiadores de la orden, tanto Barnabitas como angélicas, de modo que entró rápidamente en la iconografía del fundador.

Ahora Antonio María Zaccaría era sacerdote a todos los efectos. Había renunciado a sus bienes para dedicarse totalmente a los demás en su ministerio y encontraba tiempo para ayudar a cualquiera que tuviera problemas. Se recurría a él porque había estudiado en la universidad, y también por controversias patrimoniales; por ejemplo, en 1527, había

muerto un tal Juan Stroppa, dejando como ejecutor testamentario a un sacerdote y a otras tres personas, entre ellas nuestro santo. El papeleo para atribuir la herencia era tan complicado que los otros tres se retiraron, dejando solo a Antonio. Él siguió igualmente adelante, empleando cerca de dos años en solucionar el problema (terminó cuando ya era sacerdote), entre inventarios, ventas, recursos, comparecencias ante el Tribunal de Cuentas, el Vicario y el Juez de maleficios. Al final, todo se solucionó según la justicia. Para sí, ni un duro. La caridad no tiene parcelas.

Las dos caras de la ciudad

La iglesia de San Vitale, que estaba no lejos del palacio de los marqueses Zaccaría, fue para el nuevo sacerdote el instrumento que le permitió tomar el pulso a la ciudad desde el punto de vista de la fe y de la práctica religiosa. Su diagnóstico, como ya hemos dicho, no era alentador; Cremona, como el resto de las ciudades de Lombardía, Milán a la cabeza, se encontraba en una situación desastrosa. Por desgracia, los primeros que daban mal ejemplo eran algunos miembros del clero; la diócesis no tenía un obispo residencial desde 1476, el titular estaba ocupado en otro género de actividades no pastorales, y en muchos sacerdotes “el espíritu era totalmente mundano”; para decirlo con el padre Francisco Moltedo, a quien se debe la biografía oficial escrita con motivo de la canonización de Antonio María (1897)¹⁷. ¡Qué lejos quedaba el recuerdo de los Santos que habían pasado por Cremona dejando una huella duradera: Bernardo de Claraval, Domingo de Guzmán, Francisco de Asís, Pedro Mártir!

Las guerras y las correrías de los diversos ejércitos agravaban la situación del pueblo, ya desorientado por los vientos heréticos que venían del Norte de Europa. Se necesitaba una gran revolución que despertase en la gente la sed de Dios.

¹⁷

T. MOLTEDO, Op. Cit., p. 110.

Todo a todos

La casa de los Zaccaría estaba abierta a toda clase de necesitados: padres en paro con hijos que alimentar, jóvenes expuestas a los riesgos de la calle o en manos de explotadores sin escrúpulos, enfermos que, tal vez, habían experimentado la habilidad terapéutica del “doctor”. Llegaban también, a escondidas, nobles caídos en desgracia, que se avergonzaban de pedir limosna.

Antonio María, ayudado por su madre, daba sin reservas, viviendo pobre con los pobres. Cuando el patrimonio de la familia estaba por terminarse, llegó la herencia de una tía para ayudar a su generosidad. Pero no se limitaba a dar a quien llamaba a su puerta; él sabía que muchos necesitados no tenían ni siquiera la posibilidad de llegar a él, entonces iba a buscarlos, entrando en los tugurios malolientes y oscuros en los que tal vez había enfermos, en los hospitales (no con bata blanca, sino como sacerdote para confortar y administrar los sacramentos) o en las cárceles, ¡y sabemos como eran entonces las prisiones! Así empleaba su poco tiempo libre.

A menudo un enfermo terminal rehusaba las palabras de fe, alterado y desesperado por los atroces dolores; Antonio se sentaba a su lado y le velaba con la ternura de un padre, rezando y esperando el momento oportuno para hablarle de la misericordia de Dios, de la pasión redentora del Señor y del paraíso que esperaba a los que vivían cristianamente. Su mayor argumento era el crucifijo, lo tenía en la mano y lo besaba repetidamente, comentando los atroces sufrimientos.

Otro tipo de necesitados, aunque esporádicamente, eran los peregrinos, a menudo pordioseros sin un techo donde protegerse de la intemperie y del frío. Un ala del palacio se abrió para ellos, con el permiso de la madre, que con el tiempo adquiere una relevancia decisiva para entender la santidad del hijo.

Nadie se maravillaba de todo esto porque, ya siendo laico cuando ejercía como médico, Antonio María había hecho de la caridad una costumbre en su vida. Pero ahora era sacerdote y se dedicaba al ministerio con el fervor de un neófito. Dicen los biógrafos que bastaba verle o escucharle hablar para conectar con él y sentirse empujado a cambiar de vida y a confesarse con él, pues acogía a todos con respeto y paciencia, corrigiendo sin ofender, convenciendo con la fuerza de la persuasión.

En seguida se comenzó a hablar de un especial carisma, que atraía a su confesionario personas que habían abandonado del todo o casi la práctica del sacramento y salían profundamente cambiados interiormente. Es una historia que se repite también hoy: fray Leopoldo de Castelnuovo o padre Pío de Pietrelcina, por citar algunos ejemplos famosos del siglo XX, conseguían milagrosas conversiones a través de la confesión.

El mismo discurso vale para nuestro predicador, que se convirtió en seguida en una novedad. Normalmente, desde el púlpito la gente escuchaba doctas disertaciones sobre los dogmas de la fe, que se despreocupaban de la práctica concreta de los mandamientos, y sobre todo usaban un lenguaje incomprensible para la mayoría. Dice también Francisco Moltedo que: “a pesar de ser muy clásicos en la forma, pero sin gancho, correctísimos en el lenguaje y dignísimos, los oradores sagrados cambiaban las verdades sagradas con reminiscencias profanas y complicadas formas académicas, donde aparecían más las figuras de Platón y Aristóteles que la de Jesucristo, la propia vanidad que la sublime majestad de la Cruz. Verdadero renacimiento del paganismo, por el cual eran removidas no sólo las ideas del pudor, sino también aquellas de los misterios de las verdades fundamentales de la religión”¹⁸. El cuadro está sólo exagerado en los tonos, pero seguramente no se aleja mucho de la realidad.

¹⁸ Ibid., p. 125.

Con el corazón de Pablo

Para la predicación, el autor preferido del que bebía Antonio María era San Pablo, con el cual siempre se había sentido en particular sintonía, se identificaba con él debido también a que el contexto de neopaganismo que se había creado le recordaba la antigua lucha de los primeros evangelizadores con un mundo que estaba en las antípodas del Evangelio. Así, hablaba como Pablo a los romanos, concentrándose en el gran tema del hombre frente a Dios y subrayando el fracaso de la existencia de aquel que está inmerso en el pecado y la exaltante certeza del creyente de ser acogido por el amor de Dios, más fuerte que cualquier dificultad y cualquier dolor; citaba las cartas a los Colosenses y a los Gálatas, sobre todo para reafirmar la centralidad de Cristo y para desechar toda deformación doctrinal (la polémica con los protestantes era abierta y frecuente); así con las escritas a los Corintios y a los Efesios afrontaba problemas de la moral sexual, combatiendo el difundido libertinaje y defendiendo la realidad profundamente unitaria de la Iglesia (también aquí encontramos la referencia directa al cisma luterano).

Cuentan los biógrafos que cuando citaba los textos del apóstol se encendían su voz y su cara, de tal modo que transmitía a la gente su propia conmoción. Hablaba con el corazón e iba derecho al corazón del auditorio.

En S.Vitale la conmoción no era pasajera, las palabras de Antonio María provocaban conversiones imprevistas y duraderas. Gente que no pisaba una iglesia desde hacía años volvía a frecuentar los sacramentos, a santificar las fiestas; algunos dejaban todo para entrar en un convento. Las crónicas de estas sorprendentes vueltas a Dios nos cuentan, por ejemplo, el caso de Valeria Alieri, pariente lejana de Antonio María, que, habiéndose quedado viuda muy joven y no teniendo hijos, sus parientes le insistían para que se volviera a casar. Como desde hacía tiempo seguía la predicación del

santo, le pidió consejo. En poco tiempo abandonó la idea del matrimonio y abrió su casa a un grupo de chicas; ella misma las educaría como hacía Santa Ángela Merici en Brescia. Antonio María era el guía espiritual del grupo, que más tarde se transformó en una ferviente comunidad de laicas. Después de su muerte, estas jóvenes fundarían un monasterio (con el nombre de Sta. Marta), bajo la regla de las Angélicas y la dirección de los Barnabitas; en él ingresará la misma Valeria, que moriría santamente en 1556.

Como hombre decidido que era, nuestro protagonista llevaba a cabo en la ciudad lo que hoy llamaríamos la “nueva evangelización”. En dos años Cremona había cambiado de cara, tanto que se llamaba al santo “padre de la patria”. Pero justamente cuando la actividad pastoral de Antonio María había llegado al máximo de su eficacia, en los primeros meses de 1530, tuvo que salir de su ciudad.

En este tiempo entran en escena dos nuevos personajes, que serán de una importancia crucial en el futuro de Antonio María: el ya citado fray Bautista Carioni de Crema, el dominico que sustituyó a fray Marcelo como su director espiritual, y la condesa Ludovica Torelli (1499-1569), que tenía su corte en Guastalla. Como había muerto su capellán, don Pedro Orsi, la noble señora, de acuerdo con fray Bautista, le pidió a Antonio María que fuera su sustituto.

¿Por qué él? Seguramente porque ya se habían conocido en Cremona. En 1518, la condesa se había casado con el conde Ludovico Stanga y durante seis años había pasado largas temporadas en el palacio cremonés de sus suegros. Como desde 1528 la condesa se confesaba con fray Bautista, artífice de su conversión, seguramente habría oído hablar de ese sacerdote que atraía a increíbles multitudes en San Vitale con sus predicaciones y su modo de confesar.

En aquel momento, la propuesta encontró a un santo dispuesto a decir que no. Pero el dominico insistió y como al director espiritual se le debía obediencia, aunque a regañadientes aceptó. La noticia cayó como una bomba en

Cremona, y para suavizarla es fácil que a Antonio María se le propusiera el encargo como provisional. De todas formas, antes de dejar la ciudad, arregló los asuntos de familia para sentirse totalmente libre en su misión. La escritura privada con la que había acordado con su primo Bernardo la división de los bienes fue autorizada por un notario el 23 de julio de 1530; al año siguiente, en su último testamento hará heredera universal de sus bienes a su madre, Antonia Pescaroli, y más tarde nombrará, como procurador general, al sacerdote cremonés don Juan María Gaffuri. Desde ese momento no volverá a preocuparse de la administración de sus bienes, fiándose ciegamente de Gaffuri, al cual, por otra parte, le unía una profunda amistad.

Capítulo V

“Corramos como locos hacia Dios y hacia el prójimo”

Más allá de las noticias de su tiempo -y no es que haya muchas- para comprender lo que significó la iniciativa apostólica de Antonio María en Cremona, es preciso leer los *Sermones*, es decir los discursos que dirigía al Cenáculo de los Amigos reunidos en San Vitale.

Su madre, después de la muerte de Antonio, descubrió entre sus cartas el manuscrito que había entregado a dos angélicas del monasterio cremonés de Sta. Marta, el cual permaneció allí hasta que el padre Gabuzio lo llevó al archivo de los Barnabitas de Milán (de donde más tarde pasó a Roma).

Los *Sermones* iban dirigidos a laicos, hombres casados, en gran parte nobles y acaudalados, aspirantes a la perfección, por tanto probablemente miembros de alguna hermandad u oratorio de la reforma, seguramente el de la Amistad que se había constituido en Cremona.

La intensa catequesis desarrollada en S.Vitale le había demostrado la existencia de un pequeño y compacto grupo compuesto por personas que reconocían el malestar espiritual del tiempo, e intentaban salir del mismo uniéndose alrededor de algunos líderes carismáticos.

En este grupo se encontraban los oyentes habituales de sus *Sermones*, inmersos en una intensa experiencia religiosa y caminando hacia un ideal común de perfección cristiana. Se trataba de un movimiento de élite formado por personas de familias acomodadas que disponían de tiempo libre y de una cultura adecuada para hacer este camino. La gente del pueblo se veía obligada a pensar ante todo cómo ganar el pan y cómo combatir el hambre y las enfermedades.

En efecto, de un análisis atento de los *Sermones* y del tipo de público que los escuchaba, se tiene la impresión de que Antonio María se dirigía de modo particular a un grupo

organizado, a personas deseosas de vivir como auténticos cristianos. Era la otra cara de la ciudad. No olvidemos que pocos años antes, en Brescia, un tal Bartolomé Stella había fundado un hospital para enfermos terminales y, en 1525, un oratorio llamado de la Amistad, sus miembros se llamaban Amigos. Análogamente, el grupo de Cremona se reunía alrededor de Antonio María; éste sobresalía entre todos por su eficacia y la radicalidad de su ejemplo, exactamente aquello que buscaban los Amigos.

La Santidad es para todos

Una novedad evidente es el modo de entender la vida espiritual de los laicos. Ésta, afirma Antonio María, no es menos comprometida que la de los sacerdotes y religiosos. Un concepto que se traducirá más adelante en la igualdad entre los Tres Colegios que nacerán en Milán bajo su guía: “Tú, que has nacido cristiano, en este país fiel, en este tiempo y en este lugar -lugar de felicidad y tiempo de promesa de la reforma de hombres y mujeres- y llamado después, de manera especial al conocimiento de ti mismo, al desprecio del mundo, a vencerte, a congregarte en este lugar, y enriquecido con otros dones de Dios, ¿cómo podrás negar que no estás hecho sólo para ir hacia Dios?”¹⁹

El santo hace hincapié sobre algunos defectos propios de los laicos, como por ejemplo: la práctica de la superstición, la falta de respeto a los padres y a los ancianos, la crítica al clero (me pregunto si en muchos casos no era más que justificada), dar mal ejemplo, y algunos más. A pesar de la denuncia, el tono es siempre altamente constructivo.

A los esposos les recomienda la delicadeza con sus esposas y la santidad conyugal. Concreto como siempre, parte de lo cotidiano con sus muchos problemas y dificultades. Para el hombre casado, por ejemplo, la vitalidad de la familia se realiza en la relación afectiva con la mujer y su misión

¹⁹ *Scritti*, p. 193 (2.06.08).

educativa en relación con los hijos. Es probable que los Amigos hablasen con Antonio María no sólo de las luces, sino también de las sombras, inevitables en la vida de pareja.

Su sensibilidad madurada con el contacto de los enfermos le había preparado para comprender y aconsejar en un campo del cual no tenía experiencia directa.

En su enseñanza se ve claramente el eco de la doctrina de Pablo cuando enseña: “que el matrimonio es un gran sacramento, no debes perderte en él, como hacen los vulgares. Y recuerda que la conducta correcta corresponde a la voluntad de Dios: “Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación” (1Tes 4,3)”. El Vaticano II en la constitución pastoral *Gaudium et spes* (n. 51) termina afirmando que “todo esto no será posible, si no se cultiva con profundo espíritu la virtud de la castidad conyugal”.

Para una correcta educación de los hijos, insiste sobre el deber de gratitud hacia los padres, incluso si han fallecido, aplicando por ellos sufragios. Y otra vez citando a Pablo - “Padres, no exasperéis a vuestros hijos” (Ef 6, 4)- añade: “¡De cuántos males de vuestros hijos sois, vosotros padres, responsables! Porque ellos os deben respetar y no temer como esclavos; no demasiado indulgentes ni demasiado severos. Dios os pedirá cuentas severamente del rigor que uséis con vuestros hijos. Ellos os deben obedecer, pero vosotros no les debéis mandar nada que vaya contra Dios. No les debéis dar mal ejemplo, ni con palabras, ni con obras; y sobre todo esforzaos en que no os vean caer en las pasiones, sobre todo en la ira, y en cualquier otra. Pero, atento, querido, esto no sólo debes hacerlo con tus hijos, sino con todos tus sirvientes y personas que estén en tu casa. Los hijos no os deben entristecer, al contrario, os deben ayudar cuando puedan; y vosotros no los debéis tener demasiado sujetos, sobre todo cuando les veáis hacer el bien (...). Por eso, haz querido, como hizo Tobías, que enseñaba a su hijo, con hechos y palabras, a

dar limosna (Tb 1, 20; 4,7). (...) En especial no trates a tus hijos de asnos, ni con palabras ni con obras”²⁰.

Estas ideas las podemos compartir hoy más que nunca, en esta época que la relación padres-hijos está en una evidente crisis.

Interesante es también el comportamiento que sugiere en la relación con los ancianos; entonces era costumbre (parece que hoy también) llamar al padre y a la madre “el viejo” o “la vieja”; el santo llama severamente la atención sobre este irrespetuoso trato. Es probable que la dulce figura de la madre, con quien se siente siempre en total sintonía, le estimule a este comportamiento.

Del análisis del texto emerge con mayor precisión la fisionomía de sus oyentes; una élite, como hemos dicho, de gente bien vestida, a la que no faltaba nada en la mesa, y servida por criados, con numerosos trabajadores y artesanos y, sin duda, capaz de influir sobre las instituciones públicas. Con una peculiaridad sorprendente, por insólita, en aquella clase social; muchas de estas personas deciden cambiar de vida “reformándose” a sí mismas con un programa espiritual riguroso y comprometido, basado en la comunión frecuente, penitencias corporales, examen de conciencia, oración mental, rezo de los salmos y profundo conocimiento de la Escritura.

Un camino comprometido

En los *Sermones* está claramente marcado lo que podemos llamar el camino del hombre hacia Dios. El santo lo traza en tres momentos:

- “Dejar lo exterior”, es decir, superar la parte de la experiencia humana unida a la sensibilidad y a la materialidad;
- “entrar en el propio interior”, es decir, recogerse en sí mismo, no según la carne ni la sangre;

²⁰

Ibid., pp. 168-169 (2.04.26).

- “caminar hacia el conocimiento de Dios”²¹, para vivir “en familiaridad” con Él²².

Las tres etapas necesitan un compromiso continuo, alimentado por la oración vocal y mental, sin distracciones, para poder percibir el lenguaje silencioso de la conciencia y del Espíritu.

Nótese la distinción entre “hombre interior” y “hombre exterior”, típicamente paulina; después de haber diagnosticado el estado de salud de la ciudad desde el punto de vista religioso, la mencionada distinción encuadra perfectamente con la problemática que Antonio María debe enfrentar al inicio de su apostolado. Se dió cuenta de que se encontraba con cristianos faltos de interioridad, “cañas vacías” como les llamaba fray Bautista de Crema; gente tibia, en cuyo corazón era necesario encender el fuego del amor por Dios. Lo suyo era una invitación a una ascética fuerte y combativa.

El puente entre el hombre interior y el exterior son los sentidos. Por lo tanto es necesario:

- Controlarlos para poder escuchar la voz de Dios;
- esforzarse para evitar el encantamiento de la exterioridad;
- luchar, entrenarse, como hacen los atletas para las competiciones deportivas (*askesis* significa ejercicio, entrenamiento), para no ser carnales, sino “cristianos y espirituales”.

“Si el hombre debe ir a Dios”, así dice en un *Sermón*, “y conseguir su amor, es necesario que se purifique (...) de todas las pasiones, la mayoría de las cuales se fundan en el cuerpo y por eso necesitan remedios, ayudas y estímulos corporales”²³.

Esta lucha no es un fin en sí misma. Nuestro protagonista no es un filósofo estoico; para él ésta lucha es sólo el principio en el itinerario espiritual; representa la llave para abrirnos al amor a Dios. En un cierto momento estamos obligados a elegir entre el amor a Dios y el amor a las criaturas; “nosotros, se pregunta, seducidos por las cosas visibles, continuamente

²¹ Ibid., p. 130 (2.02.15).

²² Ibid., p. 257 (3.12.17).

²³ Ibid., p. 164 (2.04.22).

presentes y para nosotros necesarias, ¿podremos dejarlas de amar, si un amor mayor no nos empuja a hacerlo? No lo creo, es más: el desprecio hacia una cosa nace del amor a otra; el desinterés por las cosas temporales nace del amor a las cosas espirituales”²⁴.

Como Antonio María hablaba a una clase social económicamente fuerte, tiene particular importancia la postura que deben tener hacia los bienes materiales: “Tienes tu corazón en las cosas”, afirma. “Piensa que cualquier modo ilícito de poseer cosas es motivo de perdición eterna, sea comprando indebidamente, sea reteniendo, o de otras formas. Pero no sólo esto, no; también es causa de infinitos males, piensa tu mismo cuáles”. Por otro lado, no te olvides de que Dios compara los bienes materiales “a las espinas, que cuando han nacido ahogan el trigo”²⁵.

Un programa extremadamente comprometido el que propone el santo: amar a Dios conlleva sacrificios, porque no se llega a Dios si no es llevando la cruz; pero, a pesar de todo, vale la pena, porque la vida espiritual tiene sus profundas alegrías, sus inexplicables satisfacciones que superan a las de la vida material, afirma: “Son poco los que habiendo conocido a Dios se han separado de El”²⁶.

En este esfuerzo constante en el camino hacia Dios, el hombre interior necesita de un alimento espiritual, como el cuerpo necesita del material.

La Escritura es ese alimento: “Te convertirás a Dios leyéndola, recitando o cantando los Salmos; ofreciéndole el sacrificio; el sacrificio, digo, de tu cuerpo, flagelándolo por amor a Dios. El sacrificio del alma, uniéndola a Dios y el sacrificio principal que es el sacrificio de los sacrificios, la Santísima Eucaristía”²⁷. “Lee en la Escritura las virtudes y excelencias de tantos Patriarcas, Profetas y hombres santos, cuantos hubo desde el principio del mundo hasta Cristo, para

²⁴ Ibid., p. 159 (2.04.14).

²⁵ Ibid., pp. 113-114 (2.01.27).

²⁶ Ibid., p. 125 (2.02.05).

²⁷ Ibid., pp. 148-148 (2.03.35).

que los imites, y las maldades de los perversos y sus castigos, para que los rehuyas”²⁸.

Si por un lado, vivir espiritualmente comporta “tener siempre a Dios en el corazón”²⁹, por otro, empuja a poner la propia vida al servicio del prójimo por amor. La fe sin obras está muerta. Entonces: “¿Quieres amar a Dios y ser su hijo bueno y querido? ¡Ama al prójimo, acércate a él, pon tu esfuerzo en ayudarlo y en no ofenderle!”³⁰.

Encontramos aquí las raíces del apostolado, al cual Antonio María le da una definición dinámica recurriendo a una efficacísima imagen, como más tarde escribirá a Jaime Antonio Morigia y a Bartolomé Ferrari, con los que comenzará la fundación de su orden religiosa: “Arriba, arriba, hermanos, corramos como locos no sólo hacia Dios, sino también hacia el prójimo, el cual es el medio que recibe lo que no podemos dar a Dios”³¹.

Leía en los corazones.

La iglesia de San Vitale a menudo no podía recibir a las masas que acudían a escuchar al *ángel de Dios* (así le llamaban). Se nos ocurre preguntarnos cuál era el secreto de Antonio María, de dónde le venía aquella extraordinaria capacidad de atracción que es típica de los santos. Él la atribuía a las horas de oración que pasaba en soledad en la iglesia, incluso durante la noche, meditando ante el Crucifijo; pero no hay duda que su palabra, ya fuera desde el púlpito o en el confesionario, conseguía hacer mella en los corazones más endurecidos.

Pero era sobre todo su ejemplo el que atraía incluso a los escépticos; bastaba verle pasear por la calle, vestido modestamente, ensimismado en Dios, o bien cuando celebraba la misa. En esta ocasión su cara adquiría una expresión particular que no escapaba a la mirada de los fieles; alguna vez

²⁸ Ibid., p. 192 (2.06.05).

²⁹ Ibid., p. 135 (2.02.26).

³⁰ Ibid., pp. 166-167 (2.04.24).

³¹ Ibid., pp. 35-36 (1.02.16).

la conmoción era tal que le hacía llorar, era evidente que creía de verdad en lo que hacía. Además, impresionaba su modo de tratar con todos, sin distinción de clase social; quien se acercaba a él siempre lo encontraba sonriente, disponible, acogedor.

Si pensamos en la distancia que, en aquel tiempo, separaba al clero del pueblo, este comportamiento facilitaba el entendimiento con los que esperaban de él, además de la absolución de las propias culpas, un iluminado consejo. Antonio María tenía ese particular don que se llama discernimiento de los espíritus, parecía que leyese en las almas y en el corazón de los penitentes.

Dos compañeros: fray Bautista...

El gran movimiento de espiritualidad que se estaba organizando a su alrededor necesitaba nuevos apoyos, pero Antonio María estaba prácticamente solo, no había otros sacerdotes dispuestos a seguirle en esta aventura evangelizadora de Cremona; tampoco la ciudad ofrecía espacios suficientes para su proyecto de autorreforma. Las circunstancias le llevarán a Milán donde encontrará a los colaboradores ideales.

Es en este momento cuando resulta imprescindible la presencia de dos válidos colaboradores: el dominico fray Bautista Carioni de Crema y Ludovica Torelli, condesa de Guastalla. El primero era natural de Crema, su maestro había sido el beato Sebastián Maggi (1414-1496), un famoso predicador, amigo y confesor de Jerónimo Savonarola, muerto en concepto de santidad y beatificado en 1760 (su cuerpo incorrupto reposa en Sta. María del Castillo de Génova). Maggi había sido también prior del convento dominico de Cremona y probablemente allí se habían conocido.

En 1519, fray Bautista había conocido a Cayetano de Thiene y le había llevado hasta la fundación de los primeros clérigos regulares (los Teatinos). Con una gran cultura

teológica y bíblica, patristica y ascética, el dominico imaginaba la vida espiritual como una experiencia en continuo movimiento, como una tensión hacia la total victoria sobre sí mismo y hacia la unión mística con Dios, confirmada con hechos de caridad apostólica hacia los hermanos.

Para él -como después para Antonio María- era necesario atacar y vencer la pusilanimidad, entendida como el miedo a no conseguir algo; la tibieza, es decir, resignarse a la mediocridad; y lo que él llamaba “costumbre”, la práctica cristiana habitual y exterior, típica de tantos que frecuentaban la iglesia sin vivir cristianamente.

Para él, como para su santo discípulo, el único maestro del que se aprende a vivir espiritualmente es Cristo crucificado. De hecho, nuestro protagonista consideraba a fray Bautista “mi santo ante Dios, el que me saca de mis imperfecciones, pusilanimidad y soberbia”; mientras los Barnabitas y las Angélicas le definieron como “primer padre y fundador”, aunque los acontecimientos posteriores aconsejarán extender sobre él y sus libros un velo de silencio a causa de la investigación y del proceso que intentó la Inquisición.

...y la condesa Torelli.

Una de las más significativas conquistas apostólicas de fray Bautista, como hemos mencionado, fue Ludovica Torelli, noble dama, que a pesar de su juventud tenía una dramática historia. Única hija de Aquiles Torelli, señor de Guastalla, y de Verónica Pallavicini, se había casado a los dieciocho años con el conde Ludovico Stanga de Cremona. En esta ciudad entró en contacto con la familia Zaccarìa y de modo especial con Antonia Pescaroli. No podemos decir que su matrimonio fuera feliz; primero muere su madre, después su bebé, tres años después muere también su marido.

No fue ésta una gran pérdida. Ludovico era un jugador empedernido que había derrochado buena parte de su fortuna,

creándose numerosos enemigos en la corte. Su muerte fue casi una liberación.

Otras desgracias le llegaron a Ludovica. Volvió a Guastalla, asediada por la avidez de los parientes, que deseaban su herencia. Casi por despecho se volvió a casar, sin pensarlo mucho; su nuevo marido, Antonio Martinenghi de Brescia, era un tipo de fuerte carácter, prepotente e irascible, con un pasado criminal.

Tuvieron un niño que murió pocos meses después de nacer, culpándola a ella y amenazándola varias veces de muerte. Por suerte para ella, en una riña con el hermano de su primera mujer (que había sido por él asesinada a traición), murió en la pelea. A pesar de esto, Ludovica se ocupó de la hijastra de Martinenghi, educándola en la fe.

Es necesario decir que, aunque le gustaba la gran vida, la condesa había sido siempre particularmente generosa con los pobres, a los que ayudaba de varias formas. Pero, el ambiente de la corte seguía atrayéndola y más de uno demostró no ser insensible a la fascinación de la joven viuda, para quien el proyecto de un tercer matrimonio se presentaba lleno de incógnitas y riesgos.

Fue fray Bautista, que se encontraba en Guastalla en aquel tiempo, quien la llamó enérgicamente a la realidad. Sin pelos en la lengua, el dominico le recordó que, aunque rica y noble, las cuentas con Dios las tendría que hacer en algún momento, y por eso debía dejar de dar escándalo. Además, le dio a entender, también razonando humanamente, qué vida era la de una mujer obligada a caminar con una escolta de cincuenta hombres armados para garantizar su seguridad fuera del castillo. Para ella sólo había un modo de encontrar la serenidad y dar un sentido a su viudedad; despojarse de sus riquezas para socorrer a los pobres y elegir a Dios para el resto de su vida.

Ludovica casi entrevió en la cadena de desgracias, que la habían amargado aquellos años, un signo de la misteriosa pedagogía de Dios. Descartada la idea del convento, que

habría desencadenado el asalto de los parientes a sus bienes, se despidió del lujo de la corte, comenzando un nuevo estilo de vida. Tomó como modelos a Santa María Magdalena, de la cual Jesús había expulsado siete demonios; Santa Isabel de Hungría, esposa del rey Luis IV que, habiéndose quedado viuda, se dedicó enteramente a las obras de caridad, llevando una vida pobrísima; y al apóstol Pablo (del que tomó también el nombre), el gran convertido, que había encontrado a Cristo resucitado en el camino de Damasco, y del que fray Bautista era particularmente devoto.

De las palabras la condesa pasó, inmediatamente, a los hechos. En 1530 la encontramos en Milán donde había abierto, junto a la basílica de S. Ambrosio, una especie de “casa de acogida” para mujeres decididas a cambiar de vida. Bautista Carioni era el director espiritual. De camino a Guastalla se detuvo en Cremona, donde había vivido sus primeros tres años de casada.

Casi no reconoció la ciudad, tanto la había cambiado Antonio María; y cuando supo quién era el autor de este “milagro”, fue a S. Vitale a escucharle. Habiéndole conocido en persona, quedó profundamente impresionada. Las dos almas se entendieron en seguida y Ludovica invitó a Antonio María a Guastalla para repetir el experimento cremonés.

Sería ésta la etapa intermedia en el camino hacia Milán, donde el santo encontraría el terreno apropiado para llevar a cabo su programa de renovación cristiana.

Entre las intenciones apostólicas de fray Bautista estaba la capital lombarda, que, habiendo empujado anteriormente a Cayetano de Thiene a Roma, esperaba dar vida también en Milán a un nuevo núcleo de reformadores.

Capítulo VI

El hombre justo en el momento justo

Milán, 1529. Después de la derrota de los franceses, la ciudad queda en manos del ejército imperial de Carlos V. Al morir Francisco II Sforza, en 1535, pasará junto al ducado bajo la dominación española.

Es fácil imaginar lo que significaron, en términos de sufrimiento humano, las guerras de aquel período, al alternarse los ejércitos mercenarios que sembraban el terror y la destrucción por donde pasaban.

Durante el siglo XV, Milán había conocido momentos de esplendor. Los Sforza habían construido un castillo, al que el gran Leonardo da Vinci había dado una nota de prestigio con los famosos frescos de la Sala de los Assi, además de haber firmado la incomparable pintura del Cenáculo en el comedor dominico de Sta. María de las Gracias, el convento en el que residió fray Bautista.

En 1457 Filarete comenzó la construcción del Hospital Mayor, el primero en el mundo de origen laico, mientras se comenzaba a construir la iglesia dedicada al Nacimiento de María.

Tal esplendor chocaba con una decadencia causada no sólo por el empobrecimiento de la producción agrícola e industrial, sino sobre todo, por el paro de las actividades comerciales, debido al peso excesivo de las tasas, a la carestía de vida y a las epidemias (después de la peste de 1524, llegaría la de 1530).

Desde el punto de vista religioso la situación no era menos grave. El cardenal Ascanio Sforza, hermano de Ludovico el Moro, señor de Milán y obispo comendatario de Cremona desde 1486 hasta su muerte en 1505, estaba entre los que habían luchado para que fuese elegido papa el español Rodrigo Borgia (Alejandro VI). Su cuñado Hipólito de Este (1497-

1519), con sólo 18 años, había sido nombrado arzobispo de la diócesis ambrosiana. Justamente Ángel Maio afirma que con él y con su sucesor, Hipólito II (1519-1550), “la Iglesia Ambrosiana vivió uno de los momentos más oscuros de su historia. (...) Obispos, solamente de nombre, en realidad fueron señores del Renacimiento con sus gustos, su sensibilidad y las preocupaciones humanas, no ciertamente pastorales”³². De hecho, mandaba el duque (Ludovico el Moro primero y Francisco II Sforza después), que disponían a su libre albedrío de los beneficios eclesiásticos y monacales. Hipólito I nunca recibió las órdenes sagradas y en 1519, cuando renunció a la sede arzobispal, la cedió a su sobrino, también llamado Hipólito, ¡con sólo diez años!

No era mejor la situación entre los religiosos y las monjas. La relajación y la corrupción habían entrado también en los monasterios. Podemos imaginar la confusión que existía entre los fieles; como la jerarquía estaba ocupada en otras cuestiones, éstos decidieron actuar por sí mismos, cultivando las devociones populares, sobre todo al Crucifijo, a la Virgen y a los Santos, además del culto eucarístico fuera de la misa. Por ejemplo, nace en este tiempo, por obra de Antonio Bellotti, agustino de Rávena, comendatario de Grenoble, la práctica de las Cuarenta Horas, inicialmente reservada a pequeños grupos, que más tarde será recuperada y continuada, de forma solemne por Antonio María, abriéndola a todos los fieles.

No obstante la rebeldía del clero, el pueblo de Dios buscaba nuevos caminos para mantener viva la esencia de la doctrina y dar vida a extraordinarias formas de apostolado, de culto y de caridad.

Entre tantas sombras, existía en Milán una luz: el pequeño oratorio de la reforma, llamado de la Eterna Sabiduría.

Según el barnabita Horacio Premoli, lo habría fundado el propio Antonio Bellotti que había sido enviado a Milán por la hermana del rey de Francia, Carlos VIII, Santa Juana de Valois, para poner paz entre los soldados y los ciudadanos.

³²

A. MAIO, *Storia della Chiesa ambrosiana*, vol. II, Milán 1983, p. 146.

En el monasterio de las agustinas de Sta. Marta -del que toma nombre la calle que comenzando en calle Cappuccio llega a la plaza Massaia, plaza Mentana y calle S. Maurilio- se reunió un primer grupo de personas deseosas de ponerse en camino de una reforma personal. Junto a Antonio Bellotti había una mujer de gran valía, madre Arcangela Panigarola (1468-1525), priora del monasterio. Juntos animaban este cenáculo que pronto abriría sus puertas a ciudadanos de toda condición: eclesiásticos, religiosos, religiosas, laicos de ambos sexos, incluso casados, suscitando una explosión de carismas que pronto daría sus frutos. Entre sus miembros más ilustres en el campo eclesial encontramos de hecho algunos papas, como León X, Pío IV y San Pío V; el dominico Miguel Ghislieri, entonces inquisidor de Milán, que una vez elevado a la cátedra de Pedro, llamó a los Barnabitas a su Cremona, después a Monza y a Vercelli, abriéndoles también la perspectiva hacia Portugal. Junto a éstos, otro inquisidor, Melchor Crivelli, obispo de Tagaste y sufragáneo de Hipólito II de Este, que en 1547 consagrará la iglesia madre de la orden, S. Bernabé en Milán. Y además Serafín de Fermo, célebre predicador, condiscípulo y después íntimo amigo de Antonio María.

El nombre de Eterna Sabiduría (que recordaba la obra maestra de la mística medieval, *El libro de la Eterna Sabiduría*, escrito por el beato dominico alemán Enrique Suso) se debe al mismo Panigarola; una figura carismática dotada de dones sobrenaturales, entre ellos el espíritu de profecía, como lo confirma el mismo Bellotti al contar una visión tenida por la religiosa: “El primero de agosto”, escribe el agustino sin especificar el año, “que está dedicado a la Eterna Sabiduría, estando esta sierva del Señor en su oratorio rezando con gran fervor por los discípulos de la Sabiduría (...) fue elevada en espíritu y vio al Señor, en forma humana, sentarse en una silla alta y muy bella (...); mientras esta alma se encontraba así, el ángel que la guiaba le dijo: “Presta atención, que ahora verás venir a todos los discípulos de la Eterna Sabiduría”.

Inmediatamente vio venir una multitud de hombres y mujeres, que ella conocía en esta vida mortal, vestidos según su propio hábito, quien de fraile, quien de monja, quien de religioso y quien de laico”³³.

Particularmente interesante este grupo de “discípulos” de condición heterogénea, unidos en el único intento de seguir a Cristo en total fidelidad a la fe católica, en un momento en que la herejía se difundía por el norte de Europa. Hay, además, un hecho en relación con Arcangela Panigarola: en 1518, mientras estaba absorta en la oración, le fue revelado que de la Eterna Sabiduría habrían surgido “ministros nuevos que con su esfuerzo apostólico y con la ejemplaridad de su vida habrían revitalizado la disciplina de los eclesiásticos y de las costumbres del pueblo”³⁴. Sobre esta profecía Antonio María llamará la atención de sus primeros seguidores, escribiéndoles: “Si supiérais, cuántas promesas han sido hechas a varios santos y santas sobre esta bendita renovación, y todas tienen que llevarse a cabo en los hijos e hijas de nuestro divino padre, a menos que Cristo no les haya querido engañar, lo que no podría hacer, por ser fiel cumplidor de sus promesas”³⁵.

Panigarola murió en 1525 y dos años después la siguió Antonio Bellotti; su desaparición puso en crisis al grupo que había sido diezmado por la peste de 1524. Fue precisamente en este momento cuando llegaron a Milán Ludovica Torelli, su nuevo capellán y fray Bautista.

Estamos en 1530: en la ciudad, los tres entraron en seguida en contacto con el oratorio de la Eterna Sabiduría donde Antonio María conoce a dos nobles del lugar, Jaime Antonio Morigia (1497-1546) y Bartolomé Ferrari (1499-1544), columnas de la futura orden barnabita que les reconoce como cofundadores. Sus vidas -inicialmente diversas- en un cierto momento confluyen con la de nuestro protagonista en un providencial diseño de reforma.

³³ O. PREMOLI, *Storia del Barnabiti nel cinquecento*, Roma 1913, p. 410, nota 2.

³⁴ Sobre la figura de Panigarola ha hecho importantes investigaciones E. BONORA, *I conflitti della Contrariforma. Santità e obbedienza dell'esperienza religiosa dei primi barnabiti*, Florencia 1998.

³⁵ *Scritti*, p. 65 (1.07.11).

El “guapo Morigia” se convierte

Le llamaban así, el “guapo Morigia”, por su elegancia, a este noble de gestos señoriales y de espíritu abierto, culturalmente formado según los cánones humanísticos de la época, había estudiado retórica, matemáticas, música, canto, danza y frecuentaba la alta sociedad, estimulado por su madre que se había quedado viuda muy joven y se inclinaba por la vida mundana. No es que fuese un libertino, simplemente Dios en su vida ocupaba un lugar secundario; de vez en cuando el joven iba al monasterio de Sta. Margarita en Milán, donde algunas monjas eran parientes suyas; éstas le exhortaban a una práctica más acorde con la vida cristiana.

Un día, llamado por ellas, les prometió que habría ido a confesarse con el confesor del monasterio, padre Juan Bono de Cremona. Fue y después del primer encuentro, que Francisco Moltedo define “de pura conveniencia”, volvió otras veces a ver al sacerdote. Y llegó una repentina conversión: “Lloró lágrimas amargas”, según su biógrafo, “por sus extravíos (...) y como había prometido a Dios, se dedicó a una austerísima vida”³⁶.

Como era lógico, toda la ciudad comentó lo sucedido de las maneras más dispares; muchos juzgaban a Jaime Antonio Morigia simplemente víctima de una crisis pasajera de fanatismo, entre éstos también su madre, para la cual el cambio de conducta de su hijo parecía un duro reproche. Pero, según pasaba el tiempo, Jaime Antonio parecía más afianzado en su elección.

Así fue como llegó al oratorio de la Eterna Sabiduría; esto significaba para él renunciar a su rico vestuario para usar vestidos modestos y, más tarde, una túnica talar; someterse a severas mortificaciones, ayudar a los necesitados, visitar a los enfermos y rezar mucho. Pasaba horas ante el Crucifijo,

³⁶ T. MOLTEDO, Op. Cit., p. 168. Cfr. D. FRIGERIO, *Ferrari y Morigia: i primi compagni dal Santo Fondatore*, en “Barbabit Studi”, 11/1997, pp.311 ss.

meditando sobre la Palabra del Señor. Como patrona había elegido a Santa María Magdalena.

No le impresionaban los comentarios divertidos e irónicos de sus amigos de un tiempo, más bien le estimulaban a continuar por su camino, intensificando las penitencias y la asistencia a los pobres y apenados. Poco a poco, los milaneses se dieron cuenta de que estaban ante uno que había tomado en serio el Evangelio y comenzaron a apreciarlo. Alguién intentó ponerlo a prueba y un día le ofrecieron la rica abadía de “S. Víctor al Corso”, que había sido confiada en uso de beneficio al cardenal Hipólito de Este, nombrado arzobispo de Milán; una oferta que por un lado le habría permitido ayudar más a los pobres, pero que le habría devuelto inexorablemente a aquel grupo de sociedad que había abandonado. De nada sirvieron las insistencias y fuertes presiones de sus parientes, animados por la perspectiva de aumentar el patrimonio familiar con las rentas de la abadía; su negativa fue tajante y definitiva.

En 1530 vuelve la epidemia de peste a la ciudad; Jaime Antonio se dedica sin descanso a ir a la cabecera de los enfermos para confortarlos en el cuerpo y en el espíritu, no deja de llamar a la gente a la penitencia y a la práctica religiosa; con esta intención le vieron con el Crucifijo en la mano por las calles. Un gesto que valía más que un sermón.

El abogado de los pobres

Al contrario que Jaime Antonio Morigia, Bartolomé Ferrari, a pesar de haber quedado huérfano jovencísimo, tenía dos años, había sido educado en los principios cristianos por un pariente suyo; tanto es así que ya desde joven le ponían de ejemplo por su espontánea religiosidad y, sobre todo, por la solidaridad instintiva hacia los pobres.

Hacia los dieciocho años, habiendo concluido el ciclo de los estudios humanísticos, había ido a Pavía para doctorarse en leyes.

Nos encontramos con una historia que nos hace ver lo querido que era en la ciudad. Uno de sus hermanos, Basilio, que era canónigo de Milán, había decidido irse a Roma. Antes de separarse, los dos hicieron separación de bienes. Como Bartolomé era menor de edad (en aquella época la mayoría se alcanzaba a los veinticinco años) según las normas vigentes hacía falta un procurador que administrase su parte de la herencia; pero el senado de Milán, considerando al joven suficientemente maduro y de fiar, derogó la ley eximiéndole de esta obligación. Un signo evidente de confianza.

En Pavía el joven estuvo varios años, comportándose de manera ejemplar, por lo que sabemos; pero el ambiente goliardesco no era para él y volvió a Milán, también porque ya sentía estar hecho más para el sacerdocio que para los tribunales o los estudios notariales. Su competencia jurídica y notarial la pondría al servicio de los pobres, cuando lo necesitasen.

Vestido el hábito clerical, se esforzó en un apostolado activo entre los pobres, los enfermos y las jóvenes en peligro.

Comenzó a enseñar el catecismo a los niños, reuniéndoles los días festivos con una fórmula que anticipaba la de los “oratorios”, influyendo para que otros párrocos hicieran lo mismo. Pero fue con motivo de la peste de 1524 cuando Bartolomé demostró su heroica dedicación; en una finca de su propiedad, fuera de la ciudad, cerca de Puerta Vercellina, preparó un lazareto donde él iba diariamente para visitar a los enfermos uno a uno, con especial atención a los más necesitados. Y, si era necesario, los visitaba en casa.

Terminada la emergencia sanitaria, despidió al personal, quedándose con el mínimo esencial en cuanto a vestidos y alimentos, para poder ayudar a cuantos, entre los supervivientes de la epidemia, habían perdido familiares y no tenían quién se ocupase de ellos.

Desde Roma su hermano Basilio, evidentemente informado por los parientes enfadados por lo que estaba sucediendo en casa, le escribió varias veces, casi

reprochándole e invitándole a no ser excesivamente generoso; pero él respondía que habría sufrido menos dando la vida por aquellos pobres que viéndoles morir de hambre.

Fue con motivo de la epidemia del 1524 cuando Jaime Antonio Morigia y Bartolomé Ferrari se encontraron e inmediatamente estuvieron de acuerdo sobre la vida elegida. Desde ese momento, el oratorio de la Eterna Sabiduría se convirtió en su segunda casa.

Mientras tanto en Guastalla

Si bien en Cremona la partida de Antonio María había dejado una cierta tristeza, en Guastalla su llegada entre 1529 y 1530 fue de gran alegría.

Fray Bautista por algún tiempo había vivido en la corte de Ludovica Torelli, suscitando en las posesiones de la condesa un vivo despertar de la práctica religiosa. Ahora la expectativa era la de alimentar adecuadamente ese despertar, repetir lo que Antonio había hecho en Cremona.

El santo no perdió tiempo y comenzó con el catecismo a los niños, como había hecho en S.Vitale. Los reunía por la tarde, atrayendo su atención con un lenguaje original y eficaz como se desprende de sus escritos. Así, poco a poco, a aquellos jóvenes se unieron también los adultos. En seguida, ante su confesionario se formaron colas de penitentes decididos a cambiar de vida.

Seguramente, al menos al principio, se acordaba mucho de Cremona y mantenía contactos con sus Amigos conciudadanos escribiéndoles cartas ardientes, parecido a lo que hacía San Pablo con las comunidades cristianas que evangelizó, o bien iba a verlos, de tanto en tanto, para animarlos a mantener el fervor de los primeros tiempos.

Una de esas cartas –fecha el 28 de julio de 1531- tiene como destinatario un abogado cremonés, Carlos Magni, que le había escrito pidiéndole algún consejo sobre el modo de comportarse como cristiano en su profesión; más

precisamente, sobre cómo conseguir mantenerse en contacto con Dios durante su trabajo que empeña y está abierto a diversas relaciones humanas. La respuesta de Antonio María es una pequeña obra de arte de la espiritualidad, escrita: “estando delante de Él (el Crucifijo, ndr.) por usted, continuamente (...) pensando que es necesario que yo aprenda aquello que después le enseñaré”. Tres las sugerencias principales para estar unidos a Dios. Primero: “que por la mañana y por la noche, a todas las horas, habitualmente, de modo imprevisto o por casualidad. Igualmente en todo tiempo, de día o de noche. En cualquier postura, acostado, levantado, de rodillas, sentado, o de otra forma; y sobre todo antes de su trabajo, de ordinario sin prescripción, por poco o mucho tiempo que Dios os conceda”. Es decir, siempre. Ciertamente que esta práctica no es fácil, porque, explica el santo, al hombre le es difícil recogerse y “más aún la unión con Dios, ya que habitualmente es distraído y por eso no se centra en las cosas. (...) Pero aquello que parece imposible, con la ayuda de Dios es facilísimo, si no le negamos nuestra colaboración, con la diligencia y atención natural que Dios ya nos ha dado.”

Es preciso comportarse con él como se hace con un amigo, ésta es la segunda sugerencia. Si tenemos alguna cosa urgente que hacer, se pide al amigo que espere un poco, hasta que hayamos terminado el trabajo: “igualmente, querido, añade Antonio María, se comportará y no le perjudicará nada o casi nada, de vuestros estudios y ocupaciones. Al iniciar el trabajo, diríjase a Cristo con las palabras que quiera; después, mientras lo realiza, eleve con frecuencia la mente a Dios y le será de gran provecho y de ningún daño”. (...)

Esta es la tercera sugerencia: (...) “se esforzará en conocer sus principales defectos y, sobre todo, aquel defecto y vicio que es como el Capitán General que domina a todos los demás. El principal objetivo es hacerlo desaparecer”. Concluye el santo: “Si observáis estas cosas que os he dicho, os acercaréis con facilidad al Crucificado y a la Cruz”³⁷.

Cuando escribía estas líneas, Antonio María estaba ya en Milán con la condesa Torelli. Ésta, guiada por fray Bautista y animada por la presencia de Antonio María que abría perspectivas nuevas en su vida, habiendo cambiado significativamente el nombre de Ludovica por el de Paula, había decidido vender su feudo para dedicarse más intensamente a las cosas del espíritu; con la ganancia, la noble señora pensaba construir un monasterio en Milán. Parecía que la cuestión se podía resolver en poco tiempo, sin embargo surgieron miles de dificultades, sea por sus envidiosos parientes, decididamente contrarios a la venta que juzgaban “despilfarrar una antigua gloria”, pero en realidad les privaba del dinero esperado, sea sobre todo por los celos y los rencores de los príncipes que limitaban con el feudo.

Para deshacer la madeja, Antonio María pensó pedir a Jaime Antonio y a Bartolomé que le echaran una mano (este último, entre otras cosas, era un experto en asuntos legales) y al mismo tiempo le ayudaran a poner las bases de los nacientes institutos. Y lo hizo con una estupenda carta escrita el 4 de enero de 1531, la segunda de las once que nos quedan; en ella encontramos la famosa frase “correr como locos no sólo hacia Dios, sino también hacia el prójimo”. Vale la pena citar algunos pasos, comenzando por el inicio: “Dios, que es inmutable y siempre dispuesto a todo bien, os salve y os conceda aquel equilibrio y firmeza en todas vuestras acciones y deseos, según anhela mi corazón”.

El sentido del cominezo de la carta haría pensar que Jaime Antonio y Bartolomé, incluso condividiendo el ideal y apreciando el entusiasmo de Antonio María, se resistan a unirse a su proyecto, tal vez por no creerse a la altura “Pobres de nosotros”, añade Antonio María, “porque la inestabilidad e indecisión que deberíamos tener y ejercitar para huir del mal, la dedicamos para el bien. Tanto es así, que muchas veces tengo la oportunidad de maravillarme por tanta incertidumbre que me domina y que desde hace muchos años ha reinado en mi alma. (...) Esta indecisión, ante todo, impide al hombre

progresar; ya que, colocado entre dos polos, no es atraído por ninguno de los dos; o sea, no hace el bien presente mirando el futuro, ni hace tampoco el bien venidero deteniéndose en el presente y dudando del futuro. ¿Sabéis a quién se parece? A uno que quiere amar dos cosas contrarias, y, como dice el proverbio, “quien persigue a dos liebres, una huye y la otra escapa”. Mientras el hombre se encuentra indeciso y dudoso no hará nada bueno; lo demuestra la experiencia, sin necesidad de aportar otras pruebas. Más aún, la incertidumbre hace al hombre voluble como la luna. Además, el hombre indeciso está siempre inquieto y nunca se contenta, ni siquiera en las grandes alegrías. Es presa fácil de la tristeza y se enfada buscando fácilmente que le consuelen”.

Al reafirmar que “esta indecisión es efecto y causa de la tibieza”, añade: “Si alguien quisiera enumerar las causas y los malos efectos de la indecisión no acabaría en todo un año. Verdad es que, aunque no hubiese otro mal más que el de la indecisión, (...) ya sería demasiado, porque mientras el hombre duda, no actúa”.

Del diagnóstico pasa a la terapia: “Para huir de este vicio se encuentran en la vida espiritual dos caminos o medios:

- El primero nos ayuda cuando, inesperadamente, nos vemos forzados a

hacer o no hacer algo. Consiste en la elevación de la mente a Dios mediante el Don de Consejo; es decir, cuando surge una situación imprevista e imprevisible que requiere una decisión inmediata, entonces elevaremos nuestra mente a Dios, rogándole nos inspire lo que debemos hacer, y siguiendo la inspiración divina, no nos equivocaremos.

- El segundo medio consiste en que, teniendo tiempo y oportunidad de

pedir consejo, vayamos al Padre Espiritual y según su parecer, haremos o dejaremos de hacer nuestras actividades u otras cosas que puedan ocurrir”.

Pero “ya que en el camino de Dios lo primero que se busca es la rapidez y el celo (...). Ánimo, hermanos, levantaos y

venid conmigo. Quiero que arranquemos estas malas hierbas (si las hay en vosotros) y si no las hay, venid, ayudadme, porque las tengo en mi corazón”.

Y he aquí la invitación final: “¡Ay! queridísimos, ¿a quién escribo yo?, a los que obran y no hablan, como yo. (...) Ánimo, hermanos, si hasta ahora ha habido en vosotros indecisión, arraquémosla junto con la pereza, y corramos como locos no sólo hacia Dios, sino también hacia el prójimo que es el que recibe aquello que no podemos dar a Dios, no teniendo Él necesidad de nuestros bienes”.

El efecto de la carta fue inmediato sobre Jaime Antonio y Bartolomé, galvanizados por la sacudida que tal vez esperaban, para comenzar aquella estructura en la que se habría encarnado la reforma por todos deseada. Los dos fueron a Guastalla para reunirse con los otros tres protagonistas - Antonio María, Paula Torelli y fray Bautista-; se alojaron en el castillo de la ciudad, residencia de la condesa, edificio que comenzó a construir en 1520 Domingo Giunta y hoy destruido. Por lo que se sabe estuvieron allí algunos meses intentando regularizar los negocios de la condesa; pero, como la venta del feudo se había demostrado más complicada de lo previsto, decidieron ir a Milán para solucionar el problema. Sólo después de algunos años los Gonzaga se hicieron dueños de la propiedad de la condesa Torelli.

Una cosa aparece en seguida clara a nuestros cinco amigos: en esta acción renovadora, todos los miembros del Cenáculo de la Eterna Sabiduría estarían implicados. Y como eran de distintos estados de vida, cada uno pondría su propio carisma al servicio de la acción común.

Antonio María fue en seguida reconocido como el líder capaz de armonizar las distintas aportaciones y organizarlas establemente. Teniendo claro el proyecto, aceptó el encargo de guiar al grupo, sabiéndose bien respaldado por fray Bautista y por la condesa Torelli que garantizaba los medios económicos necesarios para el proyecto y pudiendo contar con dos

colaboradores entusiastas como Jaime Antonio Morigia y Bartolomé Ferrari.

Antes de empezar a trabajar, estima oportuno hacer una última visita a Cremona. Tal vez intuyendo, como los santos, que no volvería nunca más. Sólo le interesaba una cosa: que los frutos de la renovación durasen más de una estación.

Capítulo VII

Revolucionario de Dios

Además de Jaime Antonio y Bartolomé, Antonio María encontró en Milán a fray Bueno Lizzari, un eremita natural de Cremona al que, a pesar de no ser sacerdote, la gente llamaba “padre” en señal de respeto. Después de haber ido en peregrinación a Santiago de Compostela, a Roma y a Jerusalén, las tres grandes metas de devoción de entonces, en 1529 había abierto en su ciudad un centro de acogida para huérfanos y apoyaba las iniciativas de Antonio María. Después de haberle seguido a Milán, en cierto momento expresó su deseo de retirarse a un éremo para vivir en soledad. Antonio María le exhortó, convenciéndole, para que se uniera al grupo que se estaba formando a su alrededor. Entre otras cosas, hacía que le acompañara para favorecer la difusión de las dos prácticas de piedad que en Cremona se habían notablemente incrementado: la de hacer sonar las campanas a las tres de la tarde de cada viernes, recordando la Pasión de Cristo, y la adoración solemne del Santísimo Sacramento expuesto públicamente en el altar, las Cuarenta Horas.

Nada más llegar a Milán, Antonio María y fray Bautista se alojaron cerca de Ludovica Torelli, en una casa que la condesa tenía no lejos de la basílica de S. Ambrosio; allí el grupo se reunía todos los días para ayudarse mutuamente en la empresa que estaba naciendo bajo el impulso de la condesa y con el apoyo concreto de Antonio María.

Ludovica había reunido algunas mujeres, nobles y casadas, decididas a seguirla en su camino de oración y caridad; no hizo falta mucho para que la predicación encendida y completamente nueva de nuestro protagonista atrajese a los fieles, cada vez más numerosos.

En poco tiempo tomó cuerpo el proyecto definitivo, caracterizado por una fuerte inspiración paulina que empapa el

triple programa de la consagración a Dios, de la reforma de sí mismo y de la salvación del prójimo.

Las crónicas más antiguas presentan a Antonio María como, fidelísimo seguidor, un auténtico apasionado del apóstol Pablo; este es elegido como patrón, guía y modelo de las nacientes congregaciones, las primeras en la historia de la Iglesia inspiradas en el Apóstol de las Gentes.

Nos podemos preguntar el porqué de esta elección; encontramos la respuesta en los escritos de Antonio María el cual en la predicación y en la dirección espiritual hace hincapié en la conversión “violenta” de las almas, como aquella repentina de Saulo en el camino de Damasco. Voluntad decidida y “fuego” de espíritu son la base de todo su pensamiento y su actividad; se trata de destruir al hombre viejo y crear al hombre nuevo.

La referencia al magisterio de Pablo es continua; en los *Sermones*, las ideas fuertes más remachadas proceden de las cartas paulinas, que se citan un centenar de veces en los pocos escritos que nos quedan del santo.

Pablo es visto como campeón en la lucha implacable contra la mediocridad, “la tibieza”. Antonio María, buen conocedor de la escritura, encuentra en Pablo el pensamiento más acorde al propio ideal apostólico; su combatividad radica en la “locura de la Cruz” que se contrapone a la mentalidad terrena, pero la contemplación de Cristo crucificado no es fin en sí misma, ni simple diálogo con el Señor, sino dinamismo pastoral que le empuja inevitablemente a conquistar almas.

La paulinidad de Antonio María viene subrayada unánimemente por todos sus biógrafos, desde Juan Antonio Gabuzio. Padre Bautista Soresina, en sus preciosas *Atestaciones*, nos informa como el santo “continuamente tenía entre las manos las cartas de Pablo; y leyéndolas sentía mucho gusto, por esto las leía como si cantase”³⁸.

Evidentemente, Antonio María había elegido a Pablo como modelo porque se veía reflejado en algunos aspectos de

³⁸

B. SORESINA, *Attestazioni fatte circa la vita e morte del rev. Padre don Antonio María Zaccaría*, en “Bamabiti studi”, 11/1994, p. 66.

su carácter. Del apóstol le gustaba sobre todo la capacidad resolutive, el rechazo de toda componenda y de toda mediocridad, el gastarse sin reservas, aquel equilibrio de intransigente dureza y de ternura con lo suyos y el haber seguido a Cristo de una vez para siempre. El tipo ideal para un hombre “decidido” como él.

Cuando habla del modelo, usa un abanico de apelativos que nos dicen toda su admiración por el apóstol; en sus *Sermones* lo califica como “verdadero amigo de Dios, incomparable jefe y patrono nuestro, nuestro apóstol, sapientísimo doctor de las gentes, padre y guía, padre glorioso”. En las *Cartas*, le ve como santo, modelo de toda virtud, maestro no sólo de verdad sino también de vida. Le llama “docto Pablo, casto Pablo, Pablo Santo, beato padre, divino padre, dulce padre, padre Santo”. Se entiende entonces por qué firma sus cartas con un apelativo particular: “Antonio María sacerdote, sacerdote de Pablo apóstol”.

Típicamente paulina, es también, la referencia al Crucifijo y al “oprobio de Cristo”, que está en la base del organizado programa zaccariano y que motiva la consagración a Jesús que nos ha amado y se ha dado por nosotros, la renuncia personal como único modo para vivir tal consagración, el gastarse en favor de los demás y el don apostólico de sí a los hermanos; ninguno de los cuales debe sufrir porque todos han sido adquiridos con la Sangre de Cristo.

Nace la orden

Después de Jaime Antonio Morigia y Bartolomé Ferrari, a Antonio María se les habían unido otros dos compañeros, también de la Eterna Sabiduría, el sacerdote Francisco de Lecco y un laico, Jacobo de Casei.

El campo de trabajo era el de siempre: además de la catequesis, la predicación y las confesiones, rápidamente encauzadas por Antonio María; había enfermos que visitar en los hospitales o en sus casas, pobres que socorrer, mujeres que

sacar de los peligros de la calle. Aquí los laicos se demostraron preparados a dar su preciosa colaboración.

Mientras, fray Bueno abría un centro de acogida para mujeres en dificultad o decididas a cambiar de vida, que fueron alojadas en una casa comprada cerca de Sta. Valeria, no lejos de S. Ambrosio; más tarde se convertirá en el monasterio de las Conversas.

La iniciativa tuvo éxito hasta tal punto que las dependencias quedaron pequeñas y Antonio María se vio obligado a alojar un numeroso grupo de mujeres en otro sitio, cerca de Puerta Ludovica. De estas mujeres se encargaba el joven Francisco de Lecco que ya había entrado en la óptica “revolucionaria” del líder, cuya fama se extendía por todo Milán por medio de sus conferencias espirituales que contagiaban generosamente a otras almas generosas.

Mientras tanto Antonio María esperaba mucho de Bartolomé Ferrari, empujándole a hacerse sacerdote, pero éste era reticente no creyéndose a la altura de tal compromiso. Fue fray Bautista quien le convenció y el día de Pascua de 1532 fue ordenado. Según la costumbre de la época celebraría su primera misa el 8 de septiembre de 1534, fiesta de la Natividad de María. En 1535 también Jaime Antonio Morigia abrazará el sacerdocio, mientras Jacobo de Casei lo rechazará siempre, a pesar de la insistencia de Antonio María.

Ahora se trataba de dar una cierta estabilidad jurídica al grupo, de formar una verdadera y propia familia religiosa. Antonio María estaba convencido, y fray Bautista todavía más, pero para esto era necesaria la aprobación formal del Papa.

En Roma, Basilio Ferrari, el hermano de Bartolomé, había hecho carrera: después de dejar de ser canónigo de la iglesia de Sta. Fulcorina, había entrado al servicio de la Santa Sede, ganándose en seguida el aprecio de Clemente VII que le nombró su secretario. Basilio era por tanto la ayuda ideal para obtener la esperada aprobación. De hecho, fue él mismo quien presentó la súplica al pontífice Clemente VII en nombre de su hermano y de sus compañeros.

En Milán en aquellos días se rezó mucho y se intensificaron las penitencias. El Papa se dejó convencer por los sólidos argumentos de Antonio María y el 18 de febrero de 1533 en Bolonia, donde se encontraba para hablar con el Emperador Carlos V, al que había coronado en S. Petronio tres años antes y que le pedía convocar un concilio para enfrentarse a la Reforma protestante, firmó el *breve* de aprobación de los que en 1535 serían llamados Clérigos Regulares de San Pablo (aunque entre ellos, durante algún tiempo, se siguieron llamando Hijos de Pablo).

Los historiadores no hablan demasiado bien sobre este pontífice, de la familia de los Medici, al cual echan en cara no haber comprendido la necesidad espiritual de los tiempos frente al avance del protestantismo y la urgencia de una reforma solicitada desde la base de la Iglesia. De todas formas los Barnabitas le están agradecidos por haber intuido en seguida que aquel grupo de sacerdotes milaneses, todavía faltos de una sede idonea y de una regla adecuada, trabajaba en serio y estaba verdaderamente inspirado por Dios para el bien de la Iglesia.

Que después también Basilio Ferrari hubiese dicho una buena palabra lo confirma el hecho de que el *breve* pontificio estaba dirigido “a los queridos hijos Bartolomé Ferrari y Antonio María”. En los documentos sucesivos, sin embargo, figurará siempre en primer lugar el nombre de Antonio María. La rapidez con que fue resuelta la cuestión burocrática de la aprobación también se debe ciertamente a las buenas informaciones que desde Milán, por medio de Francisco Sfroza, habían llegado a la corte papal. El *breve* contiene de hecho expresiones de profundo aprecio al apostolado desarrollado por el grupo, mientras indica claramente el ideal que anima a los peticionarios: despertar el espíritu religioso del clero secular y del pueblo de Dios.

Además el documento define algunas características típicas de los nuevos Clérigos Regulares, es decir, la profesión de los tres solemnes votos de pobreza, castidad y obediencia,

la dependencia del obispo de Milán, la facultad de vivir la vida comunitaria y la posibilidad de darse reglas, “cambiándolas según la exigencia de los tiempos”.

En la diócesis ambrosiana, la noticia de la aprobación fue recibida como una muestra de aprecio hacia aquellos sacerdotes que se proponían una auténtica reforma interior y, en seguida, tuvo un efecto multiplicador, congregando en torno a Antonio María nuevos reclutas, y esto a pesar de no existir todavía una comunidad formada (se estaba poniendo a punto el proyecto colegialmente entre Antonio María Zaccaría, Bartolomé Ferrari y Jaime Antonio Morigia). Pero en seguida, como veremos, no faltarán las pruebas y las persecuciones.

Ahora se imponía la búsqueda de una sede adaptada a las exigencias de la naciente orden, y como en la zona donde vivía la condesa Torelli las viviendas tenían precios prohibitivos, alquilaron un local cerca de Puerta Ticinese, en el territorio de la parroquia de “S. Vicente in Prato”; era la vivienda del capellán de la antigua iglesia de “Sta. Catalina dei Fabbri.”

Allí se trasladaron Antonio María y Bartolomé el 29 de septiembre de 1533. Poco después se dieron cuenta de que la nueva sede era pequeña y, gracias a una generosa donación de la condesa Torelli, seiscientos escudos de oro, una fortuna para aquellos tiempos, se compró aquella vivienda y las tres adyacentes.

A los primeros compañeros se habían unido Camilo de Negri, hermano de la angélica Paula Antonia, Dionisio de Sesto, también hermano de una angélica, Bautista, Francisco Crippa y Melchor, llamado después Bautista Soresina. El grupo comenzó oficial y establemente a hacer vida común (solamente Jaime Antonio Morigia, al principio, dormía en la casa paterna).

El día del ingreso nuestro santo quiso que se llevara lo estrictamente necesario para la vida de una pequeña comunidad. Lo que sobre todo le importaba, era la concordia de los corazones y la obediencia absoluta al superior, fuese quien fuese.

Pero faltaba todavía una regla y el fundador trabajó en ella, probablemente sobre un esbozo preparado por fray Bautista; de todas formas es difícil saber hasta qué punto hizo suyo el pensamiento del dominico, reelaborándolo de forma original, también porque las normas nacían poco a poco, a medida que el grupo experimentaba la vida común. Antonio María a finales de 1538 había terminado sus *Constituciones*, pero no se publicaron en espera de tener el texto definitivo. Las primeras verdaderas *Constituciones* jurídicas serían publicadas en 1552, trece años después de la muerte de Antonio, al cual, le importaba, como veremos, más el espíritu que la letra de aquellas normas³⁹.

Hasta aquel momento no se sentía la exigencia de verdaderas y propias constituciones que, por otra parte, viviendo el fundador nunca se promulgaron. En la comunidad, afirma padre Antonio Gentili, “regía un régimen que podríamos llamar capitular. Todos los problemas de la casa, desde los más importantes a los más banales, se afrontaban y se resolvían en reuniones periódicas, los miércoles y los viernes. De estos encuentros surgían las órdenes y ordenanzas, teniendo validez como leyes obligatorias, pero susceptibles de eventuales revocaciones y revisiones. (...) La primera generación barnabita se movía entre el deseo de darse una precisa fisionomía jurídica, también para evitar los inconvenientes de la improvisación, de la indeterminación y de la discontinuidad, y la constatación práctica de no necesitar con urgencia, por utilidad o necesidad, un código de leyes.

Sólo circunstancias externas, como la visita apostólica de Monseñor Leonardo Marini en 1552 y la intervención directa del cardenal Carlos Borromeo entre 1578-1579, llevarán a los Barnabitas a darse unas *Constituciones*”⁴⁰.

³⁹ Ver Cap. XI en la nota 9.

⁴⁰ A. M. GENTILI, S. Antonio M. Zaccarà. *Appunti per una lettura spirituale degli scritti, parte II*, en “Quaderni di vita barnabita”, 6, Roma 1983, p. 80.

Dice un cronista

Un testimonio significativo de la actividad del grupo de paulinos en Milán nos la cuenta un cronista algo particular, era un buhonero, Juan Marcos Burigozzo, el cual con un lenguaje entre italiano y dialecto milanés, habla en su *Crónica* de 1534 de “ciertos hombres que tenían un elevado grado de santidad, y también mujeres, que han tenido la gracia de hacer sonar largamente el Ave María los viernes, a la hora en que Cristo expiró. Se reúnen en la catedral a esa hora, todos cabizbajos y los brazos extendidos (...). Se ven por Milán ciertos curas con un mísero hábito, con un birrete redondo en la cabeza, y todos sin sombrero, vestidos iguales van con la cabeza baja y viven todos juntos cerca de S. Ambrosio y dicen que hacen sus rezos y viven en comunidad, y son todos jóvenes”⁴¹.

El ejemplo de coraje de estas personas no podía pasar desapercibido, sobre todo porque todos “eran jóvenes”.

Antonio María pensaba que el medio más eficaz para despertar las conciencias caídas en el sopor eran las penitencias públicas.

Evidentemente, no todos reaccionaban positivamente a la provocación evangélica. Bautista Soresina añade que “vistiendo mortificadamente, de color intermedio entre el castaño y el rojo (...), cuando andaban de esta manera por Milán, todos echaban pestes contra ellos como si estuvieran locos, los artesanos golpeaban sus instrumentos de trabajo contra los bancos, los niños y otros gritaban: “Mirad, mirad los veletas, mirad los negros” y otras cosas parecidas: “Hipócritas, santurrones, etc”⁴².

Francisco Moltedo nos describe con rápidos flash el régimen de rígida pobreza que se practicaba en el convento, si podemos llamarlo así, de esta comunidad: “Pobreza en el vestir, en la comida, en el mobiliario. El hábito era como el de los sacerdotes de la época, pero de tela más basta sin

⁴¹ O. PREMOLI, Op. cit., pp. 17-22.

⁴² B. SORESINA, Op. cit., p. 69.

presunción, sin nada superfluo; prohibido el uso de la seda (...).

Pobreza en la comida: su alimento ordinario eran hortalizas y legumbres, pescado del más barato, queso o leche y alguna fruta, nunca delicada. Sólo en alguna solemnidad de la Iglesia se permitía la carne, pero de ínfima calidad, y a menudo eran trozos que, hasta los menos afortunados, tiraban a la calle. En ciertos días era un manjar una hogaza con sangre frita. Vino no había nunca, alguna vez se permitía más que vino con agua, agua teñida con vino.

Pobrísimas las celdas: un camastro duro, cualquier sillón y una mesa vieja para estudiar; en las paredes un Crucifijo y otra imagen para la devoción. Las habitaciones desnudas de cualquier lujo, en ellas se reunían a ciertas horas para conferencias espirituales o conversaciones edificantes.

En cuanto al alimento diario puede decirse que vivían de limosna; lo demás se lo suministraba la caridad de la condesa Torelli.

Lo poco que cada uno había llevado consigo lo habían puesto en común, nadie podía disponer a su antojo. La mayor parte de las cosas servían para el culto divino, para dar limosna a los pobres o para alguna necesidad extraordinaria por enfermedad. Verdadera vida común, no existía lo mío y lo tuyo, como se lee de los primeros cristianos bajo la guía de los apóstoles”⁴³. Todo según las *Constituciones* que de hecho prescribían: “No le sea lícito a ningún sano comer carne, excepto en las siguientes solemnidades: el día de Navidad con los dos días próximos, una y otra Pascua con los dos días siguientes, la Asunción y la Natividad de la Virgen, la Natividad de San Juan Bautista, la Conversión y el Martirio de San Pablo y el día de Todos los Santos.

Las casas debían ser sencillas (...), sin esculturas ni colores, sólo el blanco. (...) El dinero lo tendrá uno, el cual no llenará la casa por mucho tiempo de víveres, deberá liquidar el capital en un mes, bajo pena de expulsión.

⁴³ T. MOLTEDO, Op. cit., pp. 292-293.

Los muebles de la casa deberán ser pocos y sencillos; las ropas baratas y de modo que uno pueda llevar la sotana del otro; las camas sencillas y sin adornos, las sábanas de lana basta”⁴⁴.

Pobres, pero no sucios porque, continua el biógrafo, “por mucho que amasen la pobreza, la penuria para ellos, mantenían aquella limpieza, que sin ser selecta, quita a la pobreza propia de los enclaustrados todo aspecto de suciedad, más apta para desagradar que para atraer a la conversión.

El lujo era en aquel tiempo la forma exterior de la sociedad milanese, y una vida sórdida de los reformadores de las costumbres habría entorpecido mucho la obra que comenzaban”⁴⁵.

La jornada de la comunidad estaba dividida por horarios bien precisos. Se levantaban de buena mañana para hacer juntos la hora de meditación ante el Santísimo Sacramento. Los sacerdotes celebraban la misa y recitaban el breviario; después cada uno salía para cumplir con sus propias obligaciones: quien al ministerio de la confesión, quien a los hospitales o a las casas de los pobres, quien a Sta. Catalina o donde hiciese falta. Los sacerdotes debían buscar un tiempo para el estudio de la teología o la lectura de libros sagrados, especialmente las cartas de san Pablo.

“Durante las comidas -todavía se acostumbra en algunas comunidades religiosas- se leía un libro espiritual, al terminar había un espacio para conversar, como se hace en las familias.

Por la tarde nuevamente la hora de meditación, cena y después un breve recreo; hecho el examen de conciencia y recibida la bendición del fundador, en riguroso silencio cada uno iba a su celda para descansar.

⁴⁴ A. M. GENTILI, *I Barnabiti*, Roma 1967, p. 107.

⁴⁵ T. MOLTEDO, Op. cit., p. 293.

Los “coadjutores de la reforma”

La fama que se había creado alrededor de Antonio María se debía sobre todo a los discursos inflamados que dirigía a sacerdotes y laicos. Reunía a todos los que podía y si alguno se acercaba a escucharlo, sólo por curiosidad, en un cierto momento venía conquistado por su entusiasmo, también porque los más fervorosos atraían a los tibios.

Antonio María invitaba a todos a hablar libremente, sin obligar a nadie; él comenzaba el diálogo con gran respeto hacia sus interlocutores, y si en algo no estaba de acuerdo con ellos, encontraba el modo de intervenir para corregir, pero sin ofender, siempre con mucho tacto.

El proyecto de reforma comenzado debía implicar a toda la Iglesia, desde el clero al pueblo, desde la cúpula a la base: religiosos, religiosas y laicos que Antonio María llega a considerar “los coadjutores de la reforma”.

No importa el número, inicialmente son pocos, pero animados por un auténtico fervor, por una voluntad “inmensa”, por una sana doctrina y una conducta irreprochable. De hecho, ellos debían representar la otra cara de los cristianos en una época en la que en Milán eran pocos los sacerdotes dedicados a su misión, tanto es así que existía un proverbio: “Si quieres ir al infierno, hazte sacerdote”.

Por esto, entre los verdaderos reformadores Antonio María pone también a las Angélicas, mujeres consagradas al apostolado. Una revolución para aquellos tiempos, en los que la vida religiosa femenina se concebía únicamente dentro de los muros de un monasterio.

Animado por la aprobación papal de la rama masculina, comenzó a trabajar para potenciar y extender la acción apostólica de las mujeres que la condesa Torelli había reunido en la casa junto a San. Ambrosio.

El núcleo inicial de las Hijas de S. Pablo era doce, puestas bajo la regla de San Agustín. Más tarde la condesa -que estaba terminando la venta de su feudo a Ferrán Gonzaga- comprará

un terreno junto a Sta. Eufemia, en la zona de Puerta Ludovica, y hará construir el monasterio de S. Pablo Converso. Una decisión, como veremos, que inicialmente encontrará serios obstáculos.

La ardiente ansia misionera empuja finalmente a Antonio María a dar vida al llamado Tercer Colegio, el de los Casados de S. Pablo, formado por laicos casados, hombres y mujeres. Entonces, hasta los inicios del siglo pasado el laicado había estado al margen de la comunidad eclesial, en situación inferior a la jerarquía. Antonio María implica a todos en la obra de reforma y santificación de la familia, que se convierte en sujeto de la evangelización.

Justamente monseñor Andrés Erba, al subrayar que esta extraordinaria intuición profética no tuvo futuro, afirma: “No dejamos de lamentar la pérdida de esta histórica ocasión. Si pensamos que alguno, a principios del siglo XX, comparaba a los laicos cristianos con las ovejas de la Candelaria, buenas sólo para ser esquiladas, y describía las tres posiciones de los laicos en la Iglesia: ¡de rodillas para rezar, sentados para escuchar los sermones, con la mano en la cartera para dar la ofrenda!...”⁴⁶.

⁴⁶ A. ERBA, *I nuovi istituti religiosi e la nascita dei “Tre Collegi”*, en “Quaderni di vita barnabita”, 8, Roma, p. 40.

Capítulo VII

La prueba de fuego

A finales de 1533, Antonio María se trasladó por algún tiempo a Guastalla para ayudar a fray Bautista de Crema, gravemente enfermo. No había sido sólo la enfermedad la que debilitara la fuerte naturaleza del dominico; desde hacía tiempo, a pesar de que el pontífice le había dado en 1532 la facultad de desarrollar su ministerio de dirección espiritual junto a la condesa Torelli, desde muchos sitios se insistía para que volviera al convento. Alguien convenció a Clemente VII de que la misión de fray Bautista debía considerarse terminada y el Papa impuso al religioso la vuelta inmediata a la comunidad, bajo pena de excomunión.

Muere fray Bautista

Fray Bautista Carioni no había sido informado de la tajante alternativa pontificia que se le había ocultado dadas sus condiciones desesperadas. Antonio María llegó a Guastalla justo a tiempo para administrarle los últimos sacramentos y prepararle serenamente a la muerte. Fray Bautista murió en sus brazos la noche entre el 31 de diciembre y el 1 de enero de 1534. su cuerpo sería enterrado en la iglesia de S. Pablo Converso, mandada construir por la condesa Torelli como sede de las Angélicas en Milán.

Fray Bautista dejaba una gran herencia de obras y pensamiento. Entre sus escritos más conocidos debemos recordar *La via de aperta verità*, editado en 1523, *Della cognitione et vittoria di se stesso* (1531), que se cree escrito con la colaboración de Antonio María y *Philosophia divina* (1531). Después de su fallecimiento fueron editados el *Specchio interiore* (1540, gracias Ludovica Torelli) y el *Libro*

*delle sentenze*⁴⁷. Los libros de Bautista Carioni, recomendados junto con aquellos de los Padres de la Iglesia, por Antonio María en las *Constituciones*, estarían presentes por mucho tiempo en la biblioteca de los primeros Barnabitas que los consideraban particularmente aptos para estimular a los religiosos en el camino de la perfección.

El identikit del religioso reformado

El 10 de junio de 1534, Antonio María preside la primera vestición en la nueva orden. Hasta el momento, solamente él vestía el hábito, mientras a los demás se les daba la sotana común de los clérigos de la diócesis. El elegido fue Jaime Casei, el mayor de todos, al cual un año antes fray Bautista le había impuesto el hábito religioso como “prueba”. Este tenía por nuestro santo una auténtica veneración, a tal punto que a la muerte de éste cambiaría su nombre por el de Pablo Antonio.

Después de algún tiempo, también los otros -comenzando por Bartolomé Ferrari- recibieron el hábito. Por su parte el fundador, en el borrador de las *Constituciones* en el que estaba trabajando, escribía lo que podemos definir un sintético identikit del reformador o mejor del religioso reformado, porque en estas páginas él no se refiere ni a la Iglesia ni a la sociedad, sino a la Congregación; quiere hacer entender cómo quería que fuesen sus seguidores, por lo cual emerge no sólo lo que parece un autorretrato, involuntario, sino la fisionomía de los paulinos. Vale la pena reproducir los mejores pasos que se caracterizan por el tono familiar y por la incisiva espontaneidad del lenguaje.

“Cuando veas (...) que las buenas costumbres están bajas y la tibieza en lo alto, entonces alza tus ojos al honor de Dios y al celo de las almas, y prueba, si puedes de algún modo, a poner en alto las buenas costumbres. Pero fijate primero en las condiciones que aquí se describen para que sepas cómo debe

⁴⁷ Se atribuye a Zaccaría debido a la censura impuesta sobre los escritos de fray Bautista, la primera edición salió en 1583 revisada por Pablo Folpert o, con el título *Detti notabili*. Recientemente se ha hecho una edición revisada por MARCO VANNINI para los Oscar Mondadori: Padre ZACCARÍA, *Con le mani e con li piedi*, Milán 2000.

ser el reformador; y, sintiéndote tal, sin soberbia ni presunción (porque puede haberlas) y con audacia exalta la Cruz cuanto más puedas sobre la tibieza en favor de las buenas costumbres. (...) Fíjate además como en vano se intentan reformar las costumbres si no está presente la divina Gracia, la cual ha prometido estar con nosotros hasta el fin del mundo (Mt. 28, 20) (...).

Primero – Es preciso que (...), con la virtud de la discreción, sepas elegir la oportunidad, el lugar, el tiempo y las otras cosas necesarias para reformar; si estas cosas te faltasen es preciso que sepas encontrarlas de nuevo, preparando hombres aptos para las buenas costumbres y previendo cuál será el éxito de la cuestión. Es preciso que el reformador sea prudente, con ojos delante y detrás (Ap. 4, 6); con la virtud de la discreción no se precipitará, ni será demasiado lento, sin duda a su tiempo logrará el fin perseguido.

Segundo – Es preciso que seas de gran corazón y magnánimo, porque contra esta empresa se levantan muchísimas contrariedades, dentro y fuera, que suelen sacudir y sofocar a las almas débiles. A esta obra se enfrentan los demonios invisibles, es decir, los tibios que son innumerables y con sus hipocresías han sometido a muchos señores temporales y a muchos prelados espirituales; mientras que parecen buenos por fuera, por dentro están llenos de huesos de muerto, como sepulcros blanqueados. De modo que, con la ayuda de tales señores, los tibios provocan crueles batallas contra los fervientes (...).

Tercero – Es preciso que en el trabajo seas perseverante, porque muchos empiezan gallardamente, pero después desisten, vencidos por el tiempo. Hay quien se aburre, cansado por los enemigos, y quien por el largo tiempo de su trabajo, sepa éste que ya ha dado la victoria al enemigo antes de combatir (...).

Cuarto – Es necesario que tengas una inmensa humildad. A quien no le gustan los oprobios, a quien no le gusta beber

los escarnios, quien no busca con insistencia y no encuentra la humildad, a éstos no les conviene reformar las costumbres. No hay humildad sin humillación largamente deseada (...). El humilde está acompañado de la compasión y de la tolerancia de los defectos de los otros; estas cosas son inmensamente necesarias para ayudar a los imperfectos que quieren progresar.

Quinto – Es necesario que hagas mucha meditación y oración, siempre en contemplación. La meditación y la oración frecuente, durante algún tiempo, al final nos enseñan cómo comenzar el trabajo, para conducir a otros donde ellos van. La oración no permite fallar al que quiere caminar y conduce con éxito al que quiere progresar (...).

Sexto – (...) No será capaz de reformar las buenas costumbres quien no tiene buena voluntad y recta intención. Quien fuese sólo por naturaleza bondadoso y de recta intención no podrá reformar las buenas costumbres. (...) Sea por lo tanto recta la intención, por puro amor a Dios; sea buena para la utilidad del prójimo; sea estable y firme para el desprecio de si mismo. (...) La intención sumamente buena y recta merece ser ayudada por Dios, y así su reforma durará al menos por algunos siglos (...).

Séptimo – Es preciso que te propongas progresar en las cosas más perfectas. ¿Ves sólo leyes negativas? Con estas, el hombre ni beneficia ni cambia perfectamente las costumbres, porque por dentro siempre queda lo que era, y siempre está preparado para hacer el mal, si se acabase el castigo. (...) ¿Quieres reformar bien las costumbres? Esfuérzate por aumentar aquello que ha comenzado en ti y en los otros, porque la cumbre de la perfección es infinita. Así, deja de pensar que te baste sólo aquello que hayas empezado (...).

Octavo – Es necesario que confies siempre en la ayuda divina y conozcas por experiencia aquello que nunca te debe faltar. (...) Por eso el reformador debe ser divino y santo, y en muchas cosas experimentado en sí mismo, debe saber que Dios no le ha fallado nunca en sus necesidades y deseos. (..)

Entonces, quien tenga las mencionadas virtudes podrá asumir la empresa de reformar las costumbres. (...) Te sucederán, oh reformador, muchas cosas contrarias; pero cuanto más fuertes las veas, más fuertemente debes confiar. Primero chocarás con la gente tibia con la cual vives, surgiendo para su vergüenza otro mejor que ellos. (...) Esta para ti será la batalla más fuerte sobre todas las demás; pero contra este impedimento te será de ayuda si puedes cambiar de lugar y gente; te ayudará el tener a algunos poderosos y nobles partidarios y defensores de tu empresa; te será también útil, para tal empresa, silenciar a los tibios tu situación, avanzando siempre en el camino comenzado (...)”⁴⁸.

La protesta de los bienpensantes

Las “muchas cosas contrarias” y el “choque con la gente tibia” no tardaron en llegar. Ciertamente, a los milaneses les debió parecer extraño ver a Antonio María, un día de verano de 1534, salir improvisadamente de “Santa. Catalina dei Fabbri” estrechando entre sus manos un Crucifijo y hablando de Cristo a la gente que se reunía alrededor, aunque sólo fuera por curiosidad. Era la señal que él quería dar a sus colaboradores, era preciso desafiar a la gente por la calle, intentar implicarla emotivamente, de modo violento y provocatorio.

Todos se adaptaron rápidamente, empezando a salir por aquí y por allá, poniéndose ante las puertas de las iglesias y en los cruces de las calles mas frecuentadas, señalando a los transeuntes a Cristo muerto en la cruz e invitándoles a cambiar de vida. Jaime Antonio Morigia y Bartolomé Ferrari y varios laicos se presentaron cubiertos de harapos, como señal clara de contestación al lujo en el que vivían antes; algunos pedían limosna, otros entraban en la catedral llevando sobre las espaldas una pesada cruz y pidiendo perdón por sus pecados. A pesar de que algunos religiosos eran de noble familia, no les

⁴⁸ Scritti, pp. 288-296 (3.18.01-25).

preocupaba someterse a las más raras humillaciones. Es clásica en la historia de la orden la mortificación impuesta a Juan Pedro Besozzi (futuro padre general) que entrará en congregación después de haber dejado a su mujer (que ingresó en las Angélicas), a su hijo y su trabajo de abogado. Le mandaron, siendo todavía seglar, delante de San Ambrosio con una sotana de tela a pedir con una platillo en compañía de otros pobres.

El impacto del público ante este inédito espectáculo fue doble: algunos, conmovidos por las palabras ardientes de Antonio María y de sus compañeros, reflexionaban y daban gracias por la sacudida recibida, terminando después ante un confesionario para iniciar un camino de conversión. Otros - como nos dice Bautista Soresina- se reían de estos “locos”, que aceptaban los insultos y las burlas con alegría, sin reaccionar para nada.

La cosa llamó más la atención cuando al grupo se unieron las mujeres guiadas por la condesa Torelli vestida pobremente, con un delantal de trabajo y un velo negro en la cabeza. Caminaban lentamente por las calles del centro, desafiando las injurias del populacho que tiraba, contra el extraño cortejo, piedras, barro y desperdicios.

La condesa Torelli se ponía ante la puerta principal de la catedral para pedir limosna. Pero la cosa no quedó ahí; un día se presentó, así vestida, al duque Francisco II Sforza, presentándose ante él, identificándose como quien era. Los cortesanos no querían dejarla entrar, pero ella les convenció explicándoles las razones de su elección; se había cansado de vivir en el lujo, mientras una masa de desgraciados penaba en la miseria; recordaba que la vida aquí dura poco y que después, igualmente, todos deben hacer cuentas con Aquel que no mira a la cara a nadie.

El duque, al recibirla, pasó del embarazoso estupor inicial al profundo respeto hacía una elección que, le explicó la condesa, se había hecho con total libertad de espíritu, únicamente por amor a Cristo y a los pobres. Después de escucharla, Francisco

II encargó a dos miembros del senado que apoyaran sus iniciativas de caridad.

Había todavía, en una parte importante de Milán, una hostilidad cada vez más abierta hacía Antonio María y su grupo de reformadores; algunos hombres de Iglesia se rasgaron las vestiduras porque Antonio María había asociado en esta atrevida “revolución” a los laicos y hasta a las mujeres. A su parecer, no había sólo exageración e hipocresía en aquellas horas pasadas en adoración ante el Santísimo Sacramento expuesto y en la insólita frecuencia a la comunión, sino que se rozaba, de hecho, la superstición y el fanatismo.

A azuzar la polémica contribuía aquel grupo de la nobleza que consideraba un deshonor para su categoría las penitencias públicas por parte de laicos que pertenecían a familias de la alta sociedad. Particularmente desencadenados estaban los familiares de Ludovica Torelli que, viendo escapar el feudo de Guastalla que iba a ser definitivamente cedido a los Gonzaga, acusaron a Antonio María de haber embaucado a la mujer. Y en estas críticas no fue difícil implicar a algunos sacerdotes. Así, desde los púlpitos se empezó a clamar contra la nueva orden, obligando al santo a retirarse por algún tiempo a Santa Catalina por miedo a mayores desórdenes. Su única arma de defensa era la oración, que elevaban incesantemente todos.

Para agravar todavía más la situación cayó sobre el grupo la acusación de pelagianismo⁴⁹, probablemente por su decidida voluntad y el ardor espiritual que había en la base de la espiritualidad y del apostolado de Antonio María. En aquel tiempo ser acusado de herejía significaba jugarse la vida. De hecho, cuenta Bautista Soresina, “una vez, movido con mayor fuerza que nunca, a hablar mal de los padres, después de haberse desahogado, (un predicador) se esforzó en persuadir al pueblo de que forzando la casa de los padres y prendiéndole fuego harían un sacrificio agradable a Dios”⁵⁰.

⁴⁹ Es una antigua herejía, de la que también fue acusado fray Bautista de Crema, que no niega la necesidad de la gracia para la salvación, sino que sostiene que al menos el inicio de un camino de fe es exclusivamente del hombre.

⁵⁰ B. SORESINA, Op. cit., p. 71.

De un tribunal a otro

La reacción de Antonio María fue justo la contraria a la que se esperaban los exaltados; sabiendo que tenía a Dios de su parte, él exhortaba a sus compañeros a la calma, considerando una suerte poder sufrir humillaciones por amor a Cristo. Hablaba de sus detractores en un tono de comprensión, invitando a no odiarles y a perdonar generosamente, con la seguridad de que Dios, a su tiempo, sacaría bien del mal.

Pero lo peor todavía estaba por llegar; en otoño de 1534, alguien reuniendo en un dossier las acusaciones y las calumnias más difamantes contra los reformadores, los denunció al senado y a la curia de Milán, además de a la Inquisición local. El panfleto sostenía que Antonio María y sus seguidores con su novedad turbaban el orden público y con su fanatismo supersticioso manchaban la doctrina católica. Por lo tanto, de un tribunal a otro.

En Santa. Catalina y en San Ambrosio la noticia fue acogida con amargura, pero con la serenidad de quien tiene la conciencia tranquila; se rezaba y se hacía penitencia, confiando de modo especial en la Virgen María, mientras Antonio María mantenía alta la moral de todos con su palabra seductora. Padre Gabuzio, citando un testimonio personal de Bautista Soresina, relata una exhortación que Antonio María dirigió a los suyos el 4 de octubre de aquel año, cuando la tormenta llegaba a su fin. Es un texto de gran interés, inspirado en la célebre frase de Pablo “nosotros locos por Cristo” y en las bienaventuranzas evangélicas.

No hay que maravillarse, dice en sustancia Antonio María, ni tener miedo, porque al igual que han perseguido a Cristo, así son perseguidos sus discípulos. Y en este momento recuerda el pasaje evangélico de Mateo (5, 11-12) en el que Jesús afirma: “Bienaventurados seréis cuando os injurien, y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos”. Son cosas, sigue

Antonio María, que “como bien sabéis, nuestro Salvador y celestial Maestro nos predijo que llegarían, para que no nos sorprendiéramos como de cosas nuevas e inesperadas; y nos lo confirmó incluso con su ejemplo para que no tuviéramos miedo de enfrentarlas o sufrirlas como si fuesen intolerables. Por tanto aquellos que nos persiguen, mientras se hacen daño a sí mismos, porque provocan contra ellos la ira de Dios, a nosotros nos hacen bien, porque nos aumentan la corona de la eterna gloria. Debemos, pues, en lugar de odiarlos o detestarlos, compadecerlos y amarlos. Más aún, debemos rezar por ellos (...), para que ellos, viendo nuestra paciencia y bondad, queden confundidos de su maldad y, arrepentidos, finalmente decidan amar a Dios (...)”.

Más adelante, la citación paulina: “También el citado apóstol, muy sabio doctor de las gentes, propone a sí mismo y a los demás apóstoles como ejemplo de desprecio, cuando dice: “Nosotros, unos locos por Cristo... Nos persiguen y aguantamos; nos difaman y respondemos con buenos modos” (1Cor 4, 10. 12-13). Por lo tanto, ¿acaso somos más sabios que los Apóstoles? ¿Somos o creemos ser más privilegiados que Cristo? ¿Hay alguien entre nosotros que se crea sabio? Y si alguien es sabio según de este modo, “vuélvase necio, para ser listo de veras” (1Cor 3, 18). (...) ¡Considerad, digo, hermanos queridos, vuestra vocación! Reconoceremos fácilmente lo que quiere de nosotros si la examinamos con atención. Nosotros, que hemos empezado a seguir, aunque de lejos, las huellas de los Stos. Apóstoles y de los demás seguidores de Cristo. Nuestra vocación es que no rechacemos participar de sus padecimientos, soportando estas pruebas de virtud, mucho más leves que las suyas (...)”.

El 4 de octubre se celebra la fiesta litúrgica de San Francisco de Asís y Antonio María llama a la “perfecta alegría” con la que el Pobrecillo sufría insultos y humillaciones. Pero el final del discurso es todavía más paulino: “Concluyamos, pues, con el apóstol: “(...) Corramos decididamente en la carrera que Dios nos propone. Tengamos

fija la mirada en Jesús; Él nos abrió el camino de la fe y nos conducirá hasta el final. Él aceptó morir en la cruz sin tener en cuenta que era una muerte vergonzosa, porque pensaba en la alegría que le estaba reservada a cambio de aquel sufrimiento (Heb 12,1-3). Y, porque nosotros hemos elegido como padre y guía a un apóstol tan grande, y nos gloriamos de ser sus seguidores, esforcémonos en observar en nosotros su doctrina y sus ejemplos. No sería conveniente que en las filas de tan valiente guía se encontraran seguidores cobardes o desertores, o que fuéramos hijos degenerados de un padre tan glorioso”⁵¹.

El padre Soresina registra en la “Cronachetta A”, antiguo y precioso diario de los orígenes paulinos, las reacciones de los presentes en el discurso del santo: “Tales fueron las palabras que salieron de la angelical boca del padre, todo encendido del divino amor, que hizo arder los corazones de tal modo que fueron forzados a dejarse a sí mismos por el calor de Cristo que penetraba en su interior y así dieron inicio al camino santo”⁵². En la “Cronachetta C” añade: “Encendió a todos de tal modo, que se tiraron al suelo llorando copiosamente y con grandes promesas de perseverar, y con un solo corazón magnánimo, prometieron a Dios caminar por el camino del desprecio”⁵³.

Generoso perdón

Al día siguiente, 5 de octubre, el senado confiaba la investigación sobre los paulinos a Gabriel Casati y más tarde también la curia diocesana y el tribunal de la sagrada Inquisición examinaban el panfleto acusatorio. Pero, por muy escrupulosamente que se hicieran las investigaciones, nadie encontró nada que decir contra Antonio María y sus compañeros; es más, del examen de los hechos se vio su

⁵¹ *Scritti*, pp. 205-210 (2.07.01-17).

⁵² B. SORESINA, *Op. cit.*, p. 72.

⁵³ *Ibid.*

perfecta ortodoxia doctrinal, un comportamiento irrepreensible, gran espíritu de pobreza y un auténtico espíritu apostólico.

No habían pasado veinticuatro horas y el senado confirmaba por unanimidad la inconsistencia de las acusaciones; el presidente Felipe Sacco cerró la sesión con esta lapidaria afirmación, tomada al pie de la letra de la Biblia (Sb. 5, 4-5): “Insensatos de nosotros que consideramos locura su virtud y sin honor su fin; éstos deben ser considerados entre los hijos de Dios y su vida está entre los santos”. Antonio María, con un noble gesto de caridad, además de perdonar a todos generosamente, insistió en que no se hiciera pública la sentencia que habría avergonzado a sus acusadores en todo Milán.

El mismo juicio fue emitido más tarde por los tribunales eclesiásticos; tanto el vicario del arzobispado, Juan María Tonso, como el prefecto de la sagrada Inquisición, Melchor Crivelli, hicieron saber a Roma que sólo habían encontrado calumnias hacia los religiosos, dignos de la protección de la Iglesia. Es preciso decir que el protagonista de tan innoble persecución, poco antes de morir mandó a Santa Catalina a una persona a pedir perdón por el daño hecho.

Las aguas se calmaron, también hacia Ludovica Torelli, ampliamente citada en el famoso dossier y totalmente disculpada junto a sus compañeras. Después de los hechos, la historia provocó una extraordinaria publicidad para la nueva orden que estaba consolidando su originalísima fórmula “tridimensional”.

Capítulo IX

El “genio de la mujer”

En la primera mitad de 1534, Antonio María había instado a la condesa Torelli a pedir al Papa el permiso para erigir un nuevo monasterio femenino; al principio se confía esta misión a Basilio Ferrari, pero la muerte de Clemente VII (25 de septiembre de 1534) detuvo el trabajo. A pesar de ello, con la elección de Pablo III se reanudan las conversaciones, terminando con éxito el 15 de enero de 1535, fecha en que se firma la *bula* de aprobación que, en la práctica, confirma el nacimiento de las Angélicas, la primera orden monástica femenina que no es de clausura.

Ahora se trataba de encontrar el lugar apropiado para la construcción del monasterio. Los primeros intentos son negativos por dificultades que surgen en el momento de concluir la compra. Ludovica Torelli, en un cierto momento, se orienta hacía la zona de la parroquia de Santa. Eufemia en Milán, provocando gran perplejidad en sus compañeros, ya que en esa calle se ejercitaba la prostitución. No sería extraño que la condesa eligiera esa zona precisamente para sanear el barrio de esa plaga social.

Los propietarios de las “veinticuatro miserables casas”, oliendo el negocio, subieron los precios, pero Torelli creyó que valía la pena la compra y pactó con ellos. Apenas se supo en el vecindario la noticia, hubo una especie de levantamiento por parte de aquellos que se lucraban con la “profesión” de las inquilinas. Se presentó incluso un recurso a la magistratura por parte de los expropietarios, esperando poder rescindir el contrato, volver a estudiarlo y ganar más dinero. Pero llegaron tarde. La ley estaba de parte de la noble dama y las prostitutas tuvieron que marcharse.

En octubre, ya en algunos edificios se había habilitado una capilla dedicada a S. Pablo Converso, mientras las demás habitaciones se habían adaptado provisionalmente como

monasterio, ocupado por el grupo de Angélicas que vivían en casa de Torelli en San Ambrosio, donde, dejando Santa. Catalina, Antonio María se trasladó con los suyos el 15 de octubre. Mientras tanto, el 24 de julio Pablo III había firmado la *bula* dirigida a Zaccaría y a Ferrari con la cual confirmaba las facultades ya concedidas por su predecesor; el papa al poner la congregación bajo la dependencia directa de la Santa Sede, autorizaba a sus miembros a profesar los votos de pobreza, castidad y obediencia y a vivir en común bajo el nombre de Clérigos Regulares de San Pablo, vistiendo todos un mismo hábito clerical. Todo esto por cinco años. Por otra parte, se daban normas para la elección del superior que debía permanecer en el cargo un año y podía ser reelegido sólo por otras dos veces, pero no por más de tres años. Entre las obligaciones comunitarias se indicaba la misa cotidiana y el rezo de las horas canónicas. Los religiosos podían dedicarse al apostolado de la predicación y de la confesión, además de administrar los sacramentos a los fieles que frecuentaban su iglesia. Finalmente, Pablo III autorizaba la construcción de un templo dedicado a San Pablo.

Entre las jóvenes de Santa. Eufemia, junto a Antonia María de Sesto, María Magdalena Rottola, Tecla Martinengo, Bautista de Sesto y, con dieciséis años, Inés Baldironi, estaba también Virginia Negri que cambiará el nombre por el de Paula Antonia (uniendo los nombres del apóstol y del fundador); figura carismática que tendrá un peso considerable en la historia de los Tres Colegios. Nacida en Castellanza, en la provincia de Milán (hoy de Varese) en 1508, hacia los dieciocho años se había trasladado a Milán con su familia, yendo a vivir cerca del monasterio de Sta. Marta y conociendo a Bellotti, que se convirtió en su director espiritual, y más tarde a fray Bautista. La historia de esta mujer dotada “de un extraño espíritu” tendrá momentos dramáticos, pero podemos estar de acuerdo con el juicio que de ella emite monseñor Andrea Erba cuando afirma: “La figura de Antonia Negri va colocada entre aquel grupo de almas que deseaban la auténtica

reforma cristiana de la sociedad, inmediatamente después del movimiento protestante, es decir en una época crucial para el mundo moderno, parecido al nuestro en las inquietudes, y antes de que el concilio de Trento canalizase las varias formas del catolicismo hacía un nuevo orden de la Iglesia”⁵⁴.

El 27 de febrero de 1536 Virginia Negri, Dominga Bautista de Sesto y otras cuatro angélicas -así llamadas por consejo de la más joven del grupo, Inés Baldironi- vistieron al hábito religioso, que sería después el de las dominicas: túnica blanca, un largo escapulario del mismo color, adornado en el pecho con una cruz bordada, manto y velo negro, y en el dedo un anillo con una cruz grabada. Durante ocho días después de la vestición, como harían más tarde, una vez hecha la profesión, las monjas llevaban en la cabeza una corona de espinas.

Durante el año, la comunidad se enriqueció con otras vocaciones y las Angélicas llegaron a ser veinticuatro. La única que no se vistió con el hábito fue Ludovica Torelli, que conservó su estado laical, a pesar de convivir con las Angélicas que la consideraban su fundadora. El 27 de enero de 1537 Negri y Bautista de Sesto profesaron los votos en manos de Antonio María. Al terminar la ceremonia Paula Antonia, que ese día no se encontraba bien, se retiró a su habitación a descansar. Fue a verla Ludovica Torelli y, mientras hablaba, la enferma hizo una extraña invitación: “¡Qué bello lo que hemos hecho hoy! ¿Señora, no quiere participar también usted de esta alegría? Vamos, venid aquí y repetid lo que yo he hecho”. La condesa se arrodilló e hizo la profesión de los votos de pobreza, castidad y obediencia. En ese momento llegó Antonio María, habiendo sido informado de la situación de Paula Antonia y, viendo a Ludovica de rodillas, pidió explicaciones, desaprobando lo que las dos mujeres habían hecho. Después la condesa escribió la fórmula en el registro de las profesiones. Pero aquellos votos serán considerados “simples y privados”,

⁵⁴

A. ERBA, *L'angelica Paula Antonia Negri di Castellanza*, Castellanza 1984, p. 23.

hasta el punto de no obligarla a la clausura cuando ésta sea impuesta a las Angélicas, diecisiete años después.

Los historiadores subrayan que, con la llegada de las religiosas a Puerta Ludovica, se había realizado una profecía contada en la vida del beato Amadeo Menez de Sylva (1420-1482): un caballero español al servicio de la hija del rey de Portugal que, abandonando la vida mundana, en tiempos del duque Galeazzo Sforza, junto con otros milaneses había comenzado la reforma de los frailes menores llevando una vida austera en el convento de Santa. María de la Paz, muy cerca de San Bernabé, éste, pasando un día por la plaza de Santa. Eufemia, profundamente conmovido por la mala fama del barrio, había exclamado: “Bendito sea Dios; vendrá un tiempo en que estas casas, ahora nido de demonios, serán hechas Santas habitaciones para vírgenes consagradas, y delicioso descanso para los ángeles”. El apelativo de “angélicas” habría dado la razón al beato Amadeo.

Bajo la dulce pero firme guía de Antonio María, el monasterio adoptó la misma forma de vida que los clérigos regulares, apoyada en la rigurosa práctica de la pobreza, en la oración y en el trabajo. Todo se ponía en común, incluso los hábitos; poca la comida, sobre todo a base de legumbres y verduras; corto el descanso, inversamente proporcional a la oración y al trabajo que era continuo (las Angélicas cosían y tejían seda).

Al mismo tiempo, se iba consolidando la sintonía entre Antonio María y Virginia Negri. Ésta el 4 de marzo de 1536, había sido nombrada maestra de novicias, mientras la madre Bautista de Sesto era elegida primera priora de las Angélicas.

Nueva persecución

El primer ataque contra Zaccaría y Torelli, como hemos visto, fracasó, pero el generoso comportamiento del Santo, que prohibió la publicación de la sentencia de absolución, dio fuerza a los tenaces oponentes de la reforma. Claramente, los

que ahora alimentaban el fuego eran los familiares de Ludovica Torelli, por haber perdido la herencia; no soportaban que la condesa usase su dinero para mantener la obra de los Clérigos de S. Pablo y de las Angélicas. Algunos de ellos un día la agredieron por la calle, insultándola y, además, amenazándola de muerte. Pero justamente cuando estaban para acabar con ella, llegó Morigia, al cual le dio tiempo a avisar a algunos soldados que hacían guardia en la plaza y la salvaron.

Ya que las amenazas no habían servido, los adversarios jugaron la carta de la calumnia y del proceso ante la Inquisición. Las acusaciones eran todavía mas pesadas; se compararon a los grupos de religiosos, monjas y laicos guiados por Antonio María, a los “Pobres de Lyon”, es decir, a los valdeses que en 1532 se habían unido oficialmente a la reforma protestante. Pero, esta vez, Antonio María no esperó a que actuasen las autoridades civiles y eclesiásticas; el 20 de junio de 1536 obtuvo del tribunal que se reabriera el proceso de hacía dos años. Además de Antonio María, por los Clérigos Regulares, se presentaron como parte civil Ferrari y Morigia, y lo mismo hicieron por la parte femenina Torelli y cuatro angélicas, estando a la cabeza Paula Antonia Negri.

Cuando a finales de julio llegó a Milán el *Breve* de Pablo III que encargaba a monseñor Juan Moroni, obispo de Lodi pero domiciliado en Milán, y a fray Tomás de Beccadelli, provincial de los dominicos de Lombardía, investigar sobre los denunciados, la causa anterior había sido ya abierta tanto por el tribunal civil como por el eclesiástico, con los mismos jueces.

La discusión se prolongó cerca de un año, también debido a las muchas obligaciones de los magistrados. Mientras tanto, el *Breve* de Pablo III no sirvió y, tanto el obispo de Lodi como Beccadelli, se convencieron -viéndoles trabajar- de que de esos “herejes” tenía gran necesidad la Iglesia.

Así, el resultado fue todo lo opuesto al deseado por los calumniadores; éstos fueron obligados a guardar silencio definitivamente, mientras la fama de los “reformadores”

milaneses creció de tal forma que comenzaron a llegar invitaciones para predicar “misiones” fuera del ducado. La primera petición fue del cardenal Nicolás Ridolfi, obispo de Vicencia, entonces bajo el dominio de la Serenísima; se trataba de reformar dos monasterios. El interés por Vicencia se explica por el hecho de que esta ciudad había sido elegida inicialmente para recibir el XIX concilio ecuménico que después se celebraría en Trento desde 1545 a 1563.

A decir verdad, Nicolás Ridolfi estaba poquísimos tiempo en su diócesis, porque habitualmente residía en la corte pontificia, donde tenía importantes cargos, como legado de Pablo III cuando éste se ausentaba de Roma, o como legado del Patrimonio de San Pedro o Prefecto de la Cancillería apostólica. Que la invitación saliera de Roma confirma que también a los vértices de la Iglesia había llegado el eco de la acción renovadora de Antonio María, y que ya no se creía en las acusaciones lanzadas contra él, mientras quedaba pendiente todavía la investigación querida por el papa.

La carta del cardenal provocó en Antonio María dos reacciones: por un lado, como verdadero Santo, por humildad no se sentía a la altura de ese encargo; por otro, se daba cuenta de que aceptando la invitación habría eliminado definitivamente todo pretexto de sus acusadores y, sobre todo, habría podido comprobar, en otro contexto diverso, la fórmula que en Milán había dado sorprendentes frutos, devolviendo tantas almas al Señor.

Pero, antes de dar una respuesta, prefirió consultar con los suyos, que le presentaron las dificultades del encargo. Según algunos, debía pedir una especie de “vía libre” al propio Pablo III para poder visitar, en compañía de algunas mujeres de fiar, cualquier monasterio femenino, incluso de la más estricta clausura. Como es lógico, en esta misión decidió implicar también a las Angélicas y a algunas mujeres laicas. Fue una novedad de mucho coraje, para aquellos tiempos, ver por primera vez a mujeres consagradas alternar la contemplación y

la acción apostólica, con “igualdad de oportunidades” respecto a los sacerdotes y a los laicos.

“Apóstoles” de la reforma

Seguimos en 1537. Mientras preparaba el traslado a Vicencia, Antonio María consolidaba en Milán las iniciativas tendentes a favorecer entre los fieles el despertar del culto eucarístico. Las Sagradas Formas que normalmente se conservaban en la sacristía, a partir de ahora se colocarán en el tabernáculo situado en el altar mayor de la iglesia para permitir la adoración de los fieles; signo de aquella misteriosa, pero real “presencia” es una lámpara alimentada constantemente con aceite bendito. Además, a partir del mes de mayo, consigue que la práctica de las Cuarenta Horas se haga solemnemente por turnos en las iglesias de la ciudad.

Mientras tanto, esperando la sentencia al término del proceso sobre él y los suyos (llegaría el 21 de agosto), Antonio María fue a su Cremona para solucionar algunos asuntos personales. No perdía de vista a las Angélicas, a las que el 26 de mayo envió una carta inundada de un conmovedor calor de amistad y, al mismo tiempo, del deseo de verlas a todas caminar hacia la santidad en vísperas de la inminente misión. Estamos ante otro documento fundamental para entender el sentido profundo de nuestra historia.

“A mis santas hijas en Cristo, las Hermanas. Angélicas: la Madre Superiora, la Madre Vicaria, la Sra. Condesa de Guastalla, la Angélica Paula Antonia y todas las demás hijas mías en Cristo y del Apóstol Pablo que moran en el Monasterio de San Pablo en Milán”. Este inicio va seguido de las siglas, que nunca faltan, en letras griegas IC.XC. +, Jesucristo crucificado⁵⁵.

El inicio contiene un juicio positivo sobre la situación del monasterio, con algunas expresiones ya usadas a propósito de la “tibieza”: “Dulcísimas y queridas entrañas mías, mi único

⁵⁵ Son las letras iniciales y finales en mayúscula del nombre “Jesucristo” en griego, con la + que está por “crucificado”.

apoyo y consuelo, lo que me conforta y alivia es el pensamiento en mi pronto regreso a los nobles y generosos espíritus de mis amables hijas, corona y gloria mía, de la que un día provocaré la envidia de aquel divino Pablo, en esto y en otras cosas.

Es decir:

- Las mías no son menos amantes y deseosas de padecer por Cristo como las tuyas.

- Las mías no buscan otra cosa que llevar al prójimo hacia el vivo Espíritu y verdadero despreciado Cristo Crucificado, como las tuyas.

- Más aún, las mías -no sólo una, sino todas-, desterrando todo su propio prestigio y satisfacción interior (que la mayor parte de las tuyas tanto querían) serían Apóstoles, para quitar no sólo la idolatría y otros graves defectos en las almas, sino también para extirpar esta nociva y mayor enemiga de Cristo Crucificado, que tan extendida está en los tiempos modernos: la señora, digo, la tibieza”.

Inmediatamente después, el anuncio de la misión a la cual él las había

asociado: “Queridas hijas, desplegad vuestras banderas, que pronto el Crucifijo os enviará a anunciar por doquier la viveza espiritual y el Espíritu vivo. Gracias infinitas te doy, Señor, por tan generosa estirpe que me has concedido”.

A este punto, el santo delinea una especie de identikit de la apóstol paulina. En el momento de lanzarlas al mundo, quiere que sean moldeadas según un modelo: “Mientras tanto, queridas entrañas mías, os ruego que os esforcéis en hacerme feliz, de tal modo que cuando llegue os encuentre ya perfeccionadas compitiendo la una con la otra:

- La que descubra que ha adquirido tal firmeza y perseverancia en los ejercicios espirituales, que nunca más sienta la inestabilidad espiritual; es decir, ahora fervor ahora decaimiento, sino un fervor estable, santo, que siempre surja del agua viva, y tenga nuevo vigor.

- La que haya recibido tan gran fe, que toda acción difícil le parezca facilísima, sepa con seguridad que su confianza no podrá ser engañada por ninguna presunción o vanagloria.
- La que se crea perfecta en los trabajos exteriores, aunque sean pequeños, ocúpese de todos por igual, con perfección, no dejándose cansar o abatir por la bajeza de estos.
- La que se haya olvidado totalmente de sí misma, no mirando sino al prójimo, posponiendo el propio interés, crea que le es de más ganancia el no confiar en sí misma, sino el buscar el bien de los demás, manteniendo la discreción y prudencia continua en su trabajo.
- La que haya superado su melancolía ilógica, quién la escrupulosidad de conciencia, quien el temor de no progresar, quién el desaliento de la renuncia a sí misma, quién la tozudez, quién la distracción, quién una cosa, quién otra.
- De tal manera que descubráis de verdad que vosotras habéis recibido al maestro de la justicia, de la santidad, de la perfección, digo al Espíritu Consolador, el cual no permitirá que os equivoquéis, enseñándoos todo; no os dejará desfallecer estando siempre con vosotras, no os dejará sentir necesidad, dándoos todas las cosas, y sobre todo, dándoos una tranquilidad espiritual (sobre la ignominiosa cruz) a vosotras mismas, y una vida conforme a la de Cristo, a imitación de los grandes santos.
- De modo que podáis decir como decía vuestro padre: “sed mis imitadores como yo lo soy de Cristo” (1Cor 4,16; 11,1).

He aquí la exhortación final: “Recordad sólo esto, escribe Antonio María, que el uno como el otro, nuestro bienaventurado padre (S. Pablo) y el Padre fray Bautista nos han mostrado tal grandeza y noble magnitud de ánimo hacia el Crucifijo y hacia las penas y desprecio de nosotros mismos y hacia el bien y perfección del prójimo, que si no tuviéramos un infinito deseo de estas cosas, no seríamos considerados sus hijos e hijas sino bastardos y mulas. Y estoy seguro de que no queréis serlo, sobre todo por vuestro corazón generoso de amor a Cristo, y por contentarme a mí, vuestro querido Padre,

que siempre pienso en vosotras y os quiero, esperando el deseado momento de volver a vosotras”.

Después del saludo y la bendición final, una nota y una exhortación significativas: “Os saludan mi madre, Cornelia y Dominga Bautista y especialmente Isabel y Judit” (probablemente familiares que vivían en casa de su madre; esto confirma la total sintonía de ésta con su hijo). “Os recuerdo que correspondáis noblemente a los santos y fervientes esfuerzos de vuestra y mi venerada Paula (Torelli) y alegréis a nuestro santo Padre común, Padre superior (Jaime Antonio Morigia). Vuestro Padre en Cristo, mejor dicho vuestro espíritu en Cristo Antonio María Zaccaría, sacerdote”⁵⁶.

Justamente las Angélicas consideran esta carta la obra maestra de todo el epistolario zaccariano. Es una especie de resumen de los tres años pasados, que habían visto un continuo crecimiento espiritual, a pesar de la tempestad provocada por los procesos.

En la Navidad de 1535 se había celebrado la primera misa en el oratorio que se convertiría en la bonita iglesia de S. Pablo Converso; después de las primeras vesticiones, se trasladaron al coro del monasterio los restos mortales de fray Bautista. En junio Antonio María fue nombrado confesor de la comunidad, encargo que tendría hasta su muerte, confiando la guía de los Clérigos a Jaime Antonio Morigia. En septiembre había llegado de Mantua a Milán la patricia cremonesa Julia Sfondrati, tía paterna de aquel que sería el papa Gregorio XIV, antes de dejar Mantua, había destinado su palacio a hospital para los pobres y había entrado entre las Angélicas por sugerencia de Serafín Aceti.

En la carta escrita el 26 de Mayo de 1532, el sábado de la octava de Pentecostés, además del clima de gran tensión espiritual introducida en la liturgia, se nota la gran alegría por la invitación llegada del cardenal Ridolfi y al mismo tiempo el

⁵⁶ *Scritti*, pp. 49-53 (1.05.01-10).

deseo y el ansia de corresponder a las expectativas. La misión había puesto alas a todo el grupo.

Capítulo X

La misión de Vicencia

El dos de julio, con Antonio María salieron para Vicencia padre Francisco de Lecco, ya reconocido confesor de las Conversas de Sta. Valeria, dos angélicas: Silvana Vismara y Paula Antonia, además de una laica de nombre Francisca. Dos meses después fue enviada Porcia Negri, hermana de Paula Antonia y viuda. Nada más llegar a la ciudad, se detuvieron largamente en oración en una iglesia, después fueron a saludar al obispo y a decidir lo que debían hacer.

El primer objetivo fue la reforma del monasterio de las Conversas, fundado por un familiar de San Cayetano de Thiene, Magdalena Valmarana, dirigido por un cierto tiempo por fray Bautista de Crema transformándose sucesivamente en un ambiente algo equívoco, en el que las mujeres habían vuelto a vivir como antes. Es necesario decir que -como dice padre José Cagni- “más que un monasterio verdadero y propio, era sobre todo una obra de caridad que recogía un grupo de pobres mujeres que, habiendo pasado su juventud en la prostitución, a una cierta edad se sentían rechazadas, sin familia, sin casa, sin pan, a menudo enfermas, con la conciencia de haber fracasado totalmente; además, aquellas que habían seguido a los ejércitos y hecho vida de campo con los soldados, habían perdido también su porte femenino, convirtiéndose en bruscas, agresivas, enseñando como un trofeo las heridas y las amputaciones sufridas”⁵⁷.

Era necesario intervenir con tacto y comprensión; por esto, padre Lecco confió la misión más delicada a las dos laicas viudas, Francisca y Porcia, que conocían bien el mundo que habían dejado a sus espaldas. Las dos mujeres hablando de tú a tú con las huéspedes del monasterio, consiguieron conquistar poco a poco su confianza y, a la luz de la nueva experiencia religiosa, convencieron a las dudosas a cambiar de vida.

⁵⁷

G. CAGNI, In missione col S. Fondatore, in “Quaderni di vita barnabítica”, 8, Roma 1989, pp. 122-123.

Antonio María y Francisco de Lecco, por su parte, daban conferencias espirituales a la comunidad reunida y, estando en el confesionario, recogían los frutos de conversión que comenzaban a madurar. Después de algún mes, aquel monasterio -donde inútilmente habían trabajado anteriormente otros sacerdotes- había vuelto a los orígenes.

Pero en Vicencia había otro que necesitaba una enérgica corrección; el de las Benedictinas Silvestrinas, fundado también catorce años antes por un familiar de S. Cayetano, Domitila Thiene, pero que había caído en seguida en la “tibieza”; las monjas vivían como si estuvieran en su casa, “cómodamente, libres, y siendo escándalo para todos”, según Francisco Moltedo, que añade: “Yo no sé, si le costó más fatiga a nuestro Padre conducir hacia la perfección a estas religiosas tan relajadas, o reformar a las mujeres que volvían a la antigua depravación en el otro santo lugar”⁵⁸.

Estas monjas pusieron, de verdad, a prueba la paciencia de Antonio María. Pero al final la caridad superó todo obstáculo. De este sorprendente cambio nos da un significativo testimonio fray Serafin Aceti, el cual algunos años después de la muerte de Antonio María, al dedicar a las Sivestrinas de Vicencia su libro de ascética, escribía entre otras cosas: “Habiendo oído vuestro deseo de perfección, como lo entendísteis por la presencia de vuestro y nuestro padre mi señor Antonio María Zaccaría que ahora adorna el cielo como adornaba la tierra, me veo obligado a dedicaros este trabajo. Y por lo tanto os exhorto a seguir el camino iniciado en la renovación interior y a volver a ser las entrañas de Pablo y así seréis su corona”⁵⁹.

Pero el celo reformador del grupo no se limitaba a los dos monasterios, aunque éstos eran los objetivos prioritarios; Antonio María entró en contacto con todas las clases sociales, atrayendo a la gente con sus ya famosas “colaciones”. Su modo de hablar causaba impresión entre los intelectuales, a

⁵⁸ T. MOLTEDO, Op. cit., 421.

⁵⁹ Ibid., p. 422.

pesar de hablar con sencillez porque quería ser entendido por todos. Sencillo, pero claro, no tenía miedo a denunciar las plagas sociales de las que, en parte, responsabilizaba a la nobleza con sus privilegios. Había para todos: jóvenes, parejas de esposos, sacerdotes. Sus discursos no eran abstractos, sino un diagnóstico sin piedad de una sociedad que, habiendo abandonado la fe, no podía más que empeorar. Protagonista de sus discursos era siempre Jesucristo.

La misión, acto segundo

Antonio María dejó Vicencia nada más llegar; en su lugar se quedaron Francisco de Lecco y los demás del grupo. El vicario de la diócesis, más que satisfecho por el éxito de la misión, insistía al santo para que se estableciera en la ciudad un grupo permanente de animadores para mantener vivo el extraordinario clima de fervor creado; particularmente, estando interesado en consolidar el nuevo camino en el monasterio de las Conversas, el vicario quería confiarlo a las Angélicas.

Sorprende que fuese precisamente Paula Antonia Negri la elegida para guiar el monasterio, es decir, la más joven (tenía sólo 28 años); pero, es una confirmación más de la estima que de ella tenía Antonio María, el cual la había puesto varias veces a prueba con auténticas provocaciones: “Una vez, cuenta Bautista Soresina, en una conferencia espiritual que hizo a las monjas de San Pablo preguntó a la angélica Paula Antonia Negri, maestra de novicias, qué ejercicios había mandado a ellas. Y habiéndolo ella explicado, él mandó a las novicias que, por la gran tibieza y negligencia no habían sacado fruto de los excelentes ejercicios, escupieran en la cara a su maestra; negándose ellas, él con su autoridad las obligó a escupirla, quedando igualmente mortificadas las novicias y la maestra; mientras el padre acompañaba estas acciones con agrias reprensiones a las novicias”⁶⁰. Antonio María quería inculcar a

⁶⁰

B. SORESINA, *Attestazioni*, Op. cit., p. 64.

sus jóvenes discípulas que no obedecer las órdenes del propio guía era como escupirle.

No hizo falta mucho para que la ciudad hablase de esta religiosa con gran admiración. Los primeros que se maravillaban eran los hombres, con los cuales Paula Antonia Negri hablaba de las cosas del espíritu con autoridad, logrando comunicar a los demás aquel “fuego” que llevaba dentro. Se la buscaba para un consejo y siempre consiguiendo enriquecerse interiormente; un hombre apostólico no lo habría hecho mejor ni en un convento ni en medio del pueblo. Por otra parte, el mismo Serafín Aceti, en un trabajo sobre *Conversión* aparecido en 1538, al subrayar la mejoría radical del monasterio de Sta. María Magdalena, no deja de atribuir buena parte del mérito a la angélica Paula Antonia que, a los ojos de la gente, aparecía como la nueva Catalina de Siena.

Las buenas noticias llegaban también a Milán donde Antonio María esperaba la sentencia del tribunal sobre las graves acusaciones hacia el grupo; sentencia que llegó el 21 de agosto de 1537, totalmente absolutoria. Así, a primeros de septiembre pudo volver a Vicencia.

Lo primero que hizo fue esforzarse por reavivar aquí la práctica eucarística de las Cuarenta Horas (Pablo III el 28 de agosto, en Roma, firmaba el *breve* de aprobación). Después se dedicó a la predicación con su conocido ardor. Venían a escucharle de toda Vicencia, nobles mezclados con gente del pueblo como raras veces había ocurrido. Los biógrafos hablan de clamorosas conversiones entre la clase alta de la ciudad: dos famoso abogados (Nicolás de Aviano y el trevisano Jerónimo María Marta), el teniente alcalde (el udinés Juan Melso), un prelado milanés que había sido enviado a Vicencia desde Roma para un asunto con el ayuntamiento de aquella ciudad (Juan Bautista Caimo). Todos, antes o después, conquistados por el ejemplo de Antonio María y la fascinación de Paula Antonia, entraron a formar parte de los Clérigos Regulares de S. Pablo; siendo imitados por numerosas

mujeres, solteras y viudas que se consagraron a Dios en el monasterio milanés de las Angélicas.

Entre las “conquistas” de Antonio María se encuentra Tito de los Alessi, un noble vicentino, protagonista de uno de esos sorprendentes encuentros que no se pueden definir sino como providenciales. Estando por casualidad en el centro de la ciudad, Tito y Antonio María que no se conocían, se cruzaron por la calle, y el santo, después de fijarse en él con una extraña mirada, le saludó. Y mientras el otro respondía educadamente, maravillado por el saludo insólitamente confidencial por parte de un desconocido, Antonio María le puso la mano izquierda en la espalda y con la derecha le hizo la señal de la cruz en la frente. Después saludó nuevamente y siguió su camino. El joven, que seguramente había oído hablar de este extraño cura venido desde Milán para reavivar la fe de la gente, quedó como fulminado por el encuentro (de hecho el barnabita padre Gabuzio habla de *vis ignea*, fuerza encendida) y, al volver a casa, comenzó a reflexionar sobre el sentido de su vida. La impresión que suscitó en él aquel extraño gesto le empujó a ir a hablar con el santo. Aquel coloquio fue revelador para los dos. Tito fue literalmente conquistado por el sacerdote, hasta el extremo de que comenzó a pensar en entrar en la nueva orden. Lo conseguiría más adelante, cuando ya Bartolomé Ferrari había ocupado el puesto del fundador en Vicencia.

En el verano de 1537 se encontraba en la ciudad véneta Ignacio de Loyola, el futuro fundador de la Compañía de Jesús, con algunos seguidores. No es históricamente cierto que los dos se encontraran, porque esos primeros jesuitas a finales de agosto se fueron a Roma, mientras que Antonio María se quedó en la ciudad unos cuarenta días, volviendo a Milán en octubre. Sea como sea, en esos tiempos circulaba por todas partes, pero particularmente en la zona de Vicencia, una profecía atribuida a San Vicente Ferrer, según la cual el Señor habría suscitado, en un momento concreto, a personas dotadas de una virtud extraordinaria para promover el renacer del pueblo cristiano. Claramente, en Vicencia todos estaban

convencidos de que se refería a Cayetano y a los Teatinos. Pero hay un detalle importante -la referencia explícita a Cristo crucificado y a S. Pablo- que hace pensar más al grupo de Antonio María. Lo que dijo el santo predicador español nos lo relata Antonio Teoli en la *Vida*: “...La tercera cosa que debemos observar es la vida de estos hombres que han de venir: es decir pobrísimos, sencillísimos, tranquilos, humildes, despreciados, unidos por una ardiente caridad que no piensan ni saben otra cosa que a Jesucristo y este crucificado; no se preocupan de este mundo, se olvidan de sí mismos contemplando sólo la gloria de Dios y de sus santos y suspiran íntimamente por ella y por su amor; deseando siempre morir, dicen con S. Pablo: deseo deshacerme y estar con Cristo; estarán llenos de innumerables tesoros de riquezas celestiales, bañados de dulcísimos ríos de suavidad y de alegría divina y aspiran a los bienes del cielo, abandonando todas las cosas creadas”⁶¹.

La segunda parte de la misión en Vicencia tuvo el mismo éxito que la primera, consolidándolo. Antonio María que mantenía contacto con los fieles mayormente comprometidos en la renovación, decidió mandar a Vicencia también a Bartolomé Ferrari que se quedaría allí cerca de dos años.

La carta de Antonio María fechada el 8 de octubre de 1538, un año después de comenzar la misión, además de iluminarnos sobre la fuerza apostólica que animaba a los paulinos deseosos de “influir en aquellas personas” que el Crucifijo les confiaba “de día en día”, nos hace entender las dificultades que el ambiente de las Conversas presentaba; no se podía borrar ciertamente de un golpe un pasado tan turbulento como el que existía en el monasterio. Y aquí, Antonio María recurre a su experiencia como médico: “el hierro con el uso se vuelve más brillante”, y “con el estudio desaparece cada vez más la ignorancia”⁶², como diciendo que todo tiene remedio si se usan la misericordia y la paciencia.

⁶¹ Cit. por MOLTEDO, Op. cit., p. 443.

⁶² *Scritti*, p. 55 (1.06.03).

Este pensamiento aparece también en las *Constituciones* donde afirma “al humilde le acompañan la compasión y la tolerancia con los defectos de los otros”⁶³.

Mientras tanto en Milán, Antonio María sigue con su continua acción estimulante, sea entre sus colaboradores sea entre las Angélicas y los casados, ayudando también a la condesa Torelli la cual se dedicaba a hacer obras de caridad en los hospitales, en las cárceles, en los barrios más pobres devastados por la violencia y la ignorancia.

La obra de Antonio María no tocaba sólo las conciencias individuales, sino que con el tiempo también influía en el gobierno de la ciudad. Así, por ejemplo, un día los milaneses se enteraron por un bando público de que en los domingos y en las fiestas de precepto no se podría vender nada que no fuese el pan y la carne. Se volvía a poner el precepto del descanso festivo.

⁶³

Ibid., p. 291 (3.18.13).

Capítulo XI

Pocos pero buenos

En Milán se veía cada vez más clara una señal muy importante del “cambio” espiritual llevado a cabo por Antonio María: el número creciente de personas que llamaban a las puertas de los Clérigos Regulares, de las Angélicas y de los casados de S. Pablo. No procedían sólo de la ciudad, sino de muchos lugares de Lombardía. En esta situación Antonio María demostró la necesidad del discernimiento; porque para su reforma necesitaba gente “segura” y sólida; era indispensable examinar atentamente a cada individuo. Hizo exactamente lo establecido en el boceto de las *Constituciones*: “Queremos”, escribía, “que nunca recibáis a nadie sino a aquellos que puedan ser útiles a sí mismos y a los otros. Por lo tanto, si hay alguien que no sea muy inteligente, y tenga gran voluntad, y pide ser recibido, admitidle y aceptadle, pero no en comunidad y tampoco en los capítulos. Pero, si son inteligentes, no les recibáis si no son de gran, más aún grandísima voluntad, porque éstos, siendo buenos, ayudarán mucho; por el contrario, si son malos se dañarán a sí mismos y a los demás. Os daréis cuenta, ciertamente, hermanos, de que lo que lleva a la murmuración, tibieza y cismas en la comunidad o congregación, no es otra cosa que la falta de luz de los que tienen poca capacidad, y la falta de fuego en los que son ingeniosos. Por lo tanto, valorad una y otra situación y comprendedla, si no hay luz ni fuego. Esto lo notaréis si observáis lo que os digo, no sólo por un día, sino siempre. Será mejor que recibáis pocos bien dispuestos, que muchos mal dispuestos. No juzguéis como indisposición las del cuerpo o de la suerte, sino la del alma. Por ello, podéis recibir débiles, enfermos y ancianos, incluso campesinos y de cualquier tipo, (...) basta que estén llenos de fuego y luz”⁶⁴.

⁶⁴

Scritti, pp. 250-251 (3.11.02-06).

En resumen, pocos pero buenos y con experiencia. Antes de ser aceptados, los “postulantes” deben solucionar sus asuntos económicos pendientes haciendo testamento y repartiendo todo sin dejar nada al convento. Si tienen asuntos con la justicia deben decirlo claramente. El que mentía sobre esto era puesto en cuarentena durante dos años antes de la profesión; y si la mentira se descubría después de los votos, debía ser inmediatamente expulsado de la orden “sin excepción ni tardanza”.

Para estar seguros de su verdadera vocación, Antonio María sugería al responsable de los postulantes ponerles a prueba “con toda clase de injurias y humillaciones reales”⁶⁵. Se fijaba también un límite de edad para la profesión: veinticinco años. Como vemos la selección era durísima, e incluso una vez aceptados, los “novicios” debían vivir aquella radicalidad de la que él era el primer ejemplo. En el capítulo de las *Constituciones* dedicado a la formación de los novicios llega a afirmar que cometen “adulterio espiritual cada vez que ponen su amor en otro lugar, sea el que sea: cosas, parientes, o el amor propio, porque Dios es celoso y prohíbe cualquier amor fuera del suyo”. Y les exhorta a desear de tal modo la pobreza, que nunca digan: “Esto es mío”; y no tengan ninguna cosa aunque sean vanales; y busquen de tal modo esa pobreza que deseen que les falten también hasta las cosas muy necesarias, porque con este pretexto de necesidad, muchas veces se extienden los tentáculos de las cosas superfluas; al igual que la naturaleza se contenta con poco, así la avidez no se sacia ni siquiera con mucha abundancia y superfluidad”⁶⁶.

Rigor, ciertamente, pero en un clima de gran libertad interior: “Hermanos, añade más adelante el santo, haced de tal manera que no haya en nosotros cárceles ni otro tipo de torturas, porque creemos superfluo castigar entre nosotros a aquellos que no se dejan convencer por el amor de la virtud y

⁶⁵ Ibid., p. 252 (3.11.11).

⁶⁶ Ibid., p. 256 (3.12.10-11).

de Dios, o por el temor del juicio divino o humano; porque no queremos daros leyes de temor, sino de puro amor”. Quien después del tercer aviso no cambiaba de actitud, sin duda era invitado a marcharse “para no volver nunca más”⁶⁷.

Su batalla contra la “tibieza” comenzaba en el interior de la comunidad, convencido como estaba que aquélla era el factor que obstaculizaba todo testimonio cristiano, como, por otra parte, confirma la historia; algunas familias religiosas se han extinguido por su progresiva relajación. Para evitar este peligro, Antonio María en las *Constituciones* pone en guardia contra cinco posibles “síntomas de la ruina de las costumbres”, que se refieren a los tres votos de obediencia, pobreza y castidad, la disciplina de la gula y la disciplina comunitaria. Agudo como siempre en el diagnóstico, desciende a lo práctico con su conocido lenguaje sin tonterías: “Cuando veáis a algunos hacer todo lo que les apetece, (...) comprended que la obediencia está corrupta. (...) Cuando veáis multiplicarse llaves y fuertes cerraduras, portones y buenos baúles, fuertes puertas, sabed que ha desaparecido el amor a la pobreza. (...) Cuando oigáis chismorrear de simples chismes y ceder a la comodidad y a la sensualidad, decid que la primera e inmaculada castidad ha comenzado a ofuscarse y ennegrecerse. (...) Cuando veáis preparar más comida de lo normal, o bien buscar el deleite del apetito con diversas golosinas también de cosas viles; cuando oigáis murmuraciones por comida o bebida; cuando veáis a algunos no hacer nada, esperando la llamada a la comida; cuando oigáis hablar de los dulces y tratar de vinos sabrosos y dulces; cuando veáis estos signos, decid que el demonio ha ganado por la gula a los golosos”⁶⁸.

El “quinto signo” tiene como objetivo a los “prelados” es decir los superiores; también aquí Antonio María fustiga sin miramientos: “Cuando veáis a los superiores disculparse de sus defectos y querer ser perdonados y, por el contrario, usar

⁶⁷ Ibid., p. 271 (3.14.01-02).

⁶⁸ Ibid., pp. 283-285 (3.17.08-13).

gran rigidez contra los defectos de los súbditos y no querer admitirles ningún tipo de satisfacción; cuando veáis a los superiores no castigar por miedo los defectos de los inferiores o más aún adularlos; sabed que de ellos ha desaparecido la justicia y el temor de Dios”. En pocas palabras, cuando la vida religiosa y la vida comunitaria se relaja y “se multiplican los sujetos relajados, (...) entonces comprenderéis que las buenas costumbres se deterioran o ya están deterioradas”⁶⁹.

Una sede más grande

Habiendo vuelto a Vicencia, Antonio María se preparó con la oración y el silencio a la profesión perpetua, que emitió presumiblemente (no existen documentos al respecto) hacia la mitad de 1538. Por dos veces había obtenido del Papa el permiso para emitir los votos solemnes, pero siempre había atrasado la ceremonia esperando que la orden recibiera el reconocimiento total de Roma. Pablo III había concedido la exención de la autoridad eclesiástica milanesa sólo por un quinquenio. En cualquier caso, Antonio María, el 9 de julio de 1537, con una autorización hecha al superior padre Jaime Antonio Morigia, había renunciado definitivamente a todos los derechos y posesiones que todavía le pertenecían o podrían pertenecerle, en la ciudad y fuera de ella. Y esto para dar al voto de pobreza el sello de un despego total de las cosas materiales.

La llegada de nuevas vocaciones volvió a plantear el problema de una sede más grande; de hecho, cuando hablaba a los suyos y, sobre todo, a los casados, el local no era suficiente, tanto es así que éstos fueron divididos en grupos y confiados, además de a Antonio María, a otros compañeros. Con algunos de ellos fue estudiado el problema de la nueva sede; después de pedir consejo a aquellos que conocían bien la realidad ciudadana, el santo se inclinaba por una iglesia situada más allá del Naviglio cerca de Puerta Tosa; junto a ésta

⁶⁹ Ibid., pp.285-287 (3.17.14-15).

había un grupo de casuchas sin ninguna importancia, derribando las cuales se podía construir un convento más grande, dejando gran parte del terreno dedicado a huerto.

Un particular orientó a Antonio María dedicar la iglesia a S. Bernabé, el estrecho colaborador de Pablo, tradicionalmente considerado fundador de la iglesia milanésa. Era el encargado el sacerdote Alejandro Taegi, un noble milanés que no puso dificultades a la compra, pero debido a ciertos antiguos derechos hacía falta el permiso de la curia romana, que no tardó en llegar; de modo que a primeros de octubre de 1538 el asunto estaba concluido⁷⁰.

Desde Vicencia había sido llamada Paula Antonia Negri, mientras, para ayudar a Bartolomé Ferrari habían ido fray Bueno y un joven sacerdote de veinticinco años, Lorenzo Pablo Castellino, más conocido como Lorenzo Davidico el cual, a pesar de su edad, se había destacado como gran predicador.

Antonio María alternaba su residencia entre Cremona y Guastalla. Precisamente desde Cremona, donde se encontraba con Paula Antonia para ayudar a la misión de Vicencia, escribió a Bartolomé Ferrari, el cual tal vez ya le había advertido de las inesperadas dificultades a pesar del éxito altamente positivo del trabajo. El verdadero motivo de la carta del 8 de octubre de 1538 no se conoce, como poco se sabe del breve, pero decisivo apostolado de Antonio María en Vicencia. Sin embargo, el escrito del santo es una llamada a tener ánimo: “Entrañas santas en Cristo, así empieza, ¿por qué teneís dudas? ¿Acaso no habéis visto que en esta empresa nunca os faltó nada para dar a quien lo necesitara? (...) Estoy seguro de que antes que usted lo pida, y en el mismo momento de pedir, el Crucifijo le precederá y acompañará, no sólo a cada palabra suya, sino hasta en su santa intención. Pablo decía (2Cor 10,13) que él llegaría hasta donde Cristo le había puesto el límite. Y el Crucifijo a Vd. le ha prometido tal medida que sus fuerzas llegarán hasta traspasar las íntimas

⁷⁰

Sobre la Iglesia de los Santos apóstoles Pablo y Bernabé, cfr. (V. MARTINONI), Santuario di S. Antonio María Zaccaría, (Milán 2001).

fibras de los corazones (Heb 4,12.) ¿No ve que Él mismo, con sus propias manos, le ha abierto las puertas? (...) Y no os desaniméis por las dificultades que se os presenten al hablar o hacer otras cosas. (...) Pablo al principio no fue lo que después sería. Igual los demás. Por lo tanto, estad seguros y convencidos de que edificaréis sobre el fundamento de Pablo, no obras de paja ni madera, sino de oro y piedras preciosas (1Cor 3,12). Y se abrirán sobre vosotros los cielos y sus tesoros”⁷¹.

Entre el 9 y el 10 de octubre de 1538, Antonio María con Paula Antonia Negri viaja a Guastalla, quedándose allí cerca de un mes, manteniéndose en contacto con sus compañeros, de los cuales llevaba tiempo alejado. Desde allí les escribe una nueva carta que denota la preocupación por algo que en la casa de Milán no andaba bien. Ausentes él y Bartolomé Ferrari, dirigiendo Jaime Antonio Morigia el grupo y a las Angélicas, un cierto desorden parece turbar la tranquilidad del convento en el cual los Hijos de Pablo habían crecido en número llegando a ser dieciocho. Desde su celda del castillo de Guastalla, donde está ocupadísimo, también por ser procurador de la condesa Torelli en los trámites de la venta del condado, Antonio María afronta la cuestión de la debida lealtad a los superiores en aquella que podemos definir como primera “carta circular” dirigida a la Orden.

Destinatarios son Jaime Antonio Morigia, superior, y el vicario Bautista Soresina “con todos los demás en la Basílica de S. Ambrosio”. Alternando el reproche a la duda y a la amargura, el santo habla de la obediencia religiosa, ésta no consiste en observar reglas, sino en un código escrito en el corazón: “Si sois generosos, afirma textualmente, aprenderéis a gobernaros por vosotros mismos sin leyes externas teniendo la ley en vuestros corazones; y cumpliréis no tanto la letra, sino el Espíritu; porque es conveniente que lo hagáis así si no queréis obedecer como siervos, sino como hijos. De esta manera, teniendo quién os gobierne, os dejaréis gobernar,

71

Scritti, pp. 54-55 (1.06.01.04).

aunque fuese un ángel quien os gobierne, sin fijaros que sea éste o aquél; y si no tenéis quién os gobierne, tendréis vuestra misma conciencia que os gobernará”⁷².

Es como decir que los superiores son una guía externa, los guardianes de la ley, pero el cumplimiento de ésta es de cada uno. Al límite, se podría prescindir de los superiores si cada religioso se esforzase sinceramente en llegar a la meta. Como dice padre Salvador De Ruggiero, al que se debe después de mucho tiempo de olvido la primera edición de los *Sermones*, Antonio María “propugna la santa libertad de espíritu que tiene como guía directa al Espíritu Santo el cual para cada alma usa un lenguaje particular y empuja a hacer propia, y no a buscar otra cosa que la voluntad de Cristo. Valga el ejemplo de S. Pablo y de todos los santos”⁷³.

Termina con una llamada a mirar al apóstol y un aviso: “¡Ánimo, hijos y plantas de Pablo, engrandeced! (2Cor 6,11-13), pues los que os han plantado (engendrado) y plantan son más profundos que el abismo, y no os hagáis inferiores a la vocación a la que habéis sido llamados (Ef 4,1). Si queréis, seréis, ya desde ahora herederos e hijos legítimos de nuestro santo padre y de grandes santos, y el Crucifijo extenderá sus manos sobre vosotros. No os miento, ni hay entre nosotros quien os pueda mentir. Por eso, esforzaos en satisfacerme y recordad que, presente o ausente, tenéis la obligación de contentarme. Nada más. Cristo mismo sea quien escriba nuestro saludo en vuestros corazones”⁷⁴.

La carta, además de la firma de Antonio María, sacerdote de Pablo apóstol, añade “y angélica P(aula) A(ntonía) N(egri)”; esto confirma la importancia que tuvo esta mujer que, por más de diez años, tras la muerte del fundador, será considerada la guía carismática de los Tres Colegios.

Antonio María y Paula Antonia Negri vuelven a Milán a mediados de noviembre de 1538; queda suspendido el traslado a la nueva sede de S. Bernabé, parece que el traslado será

⁷² Ibid., p. 63 (1.07.06.07).

⁷³ S. DE RUGGIERO, *Gli scritti di s. Antonio María Zaccaría*. Lettera VII, en “Eco dei barnabiti”, Roma, Mayo 1939, p. 136.

⁷⁴ *Scritti*, p. 66 (1.07.12).

inminente, si bien una serie de imprevistos aconsejan esperar. Antonio María no podrá ver cumplido su sueño que se hará realidad sólo seis años después de su muerte en 1545. Seguramente él pensaba vivir más tiempo, por ello continuó en su incansable actividad apostólica, hablando a la gente, confesando y animando con su presencia a sus hijos espirituales, las Angélicas y los Casados. Con el monasterio de S. Pablo Converso el intercambio era particularmente intenso. Los sacerdotes iban a celebrar y a predicar, más aún, con el tiempo se impuso la costumbre de que los nuevos sacerdotes celebrasen allí su primera misa.

Pacificador en Guastalla

Tanto en Milán como en Guastalla, Antonio María ya se había convertido en punto de referencia obligado para las más variadas iniciativas, también porque estaba presente donde quiera que hubiese almas que conducir a Dios; las buscaba en las casas, en las plazas y hasta en las tiendas, guiado por un olfato sobrenatural típico de los santos.

A finales de mayo, fue llamado con urgencia a Guastalla por Ludovica Torelli porque la venta del feudo había creado graves problemas; la población, que había encontrado en la condesa una guía iluminada y casi una madre, sufrió un verdadero trauma al pasar al nuevo dueño. A liar más la madeja contribuyó una pelea entre dos sobrinos de Ludovica Torelli que se discutían el derecho de algunos ingresos aduaneros. Roma había decidido en favor del conde Pablo Torelli de Montú y contra el conde Marco Antonio Torelli de Mantua, pero como la población no aceptaba la sentencia, fue castigada con un interdicto prohibiendo la celebración y participación en los ritos sagrados. La reacción popular fue tal que se perfilaban luchas armadas. En esta situación la condesa Torelli se dirigió a Antonio María para que hiciera de mediador y pacificador.

No era el mejor momento para un nuevo viaje. Antonio María comenzaba a acusar las consecuencias del ritmo agotador de sus jornadas. A pesar de ello, no pudiendo decir que no a su benefactora, dejó Milán a donde nunca volvería vivo. Su presencia, entre otras cosas, daba a los habitantes de Guastalla la ventaja de escuchar la misa, a pesar del interdicto, porque él había obtenido del Papa el privilegio de poder usar en cualquier parte un altar portátil.

Nada más llegar, reunió a la gente en el castillo y, como primera medida, promovió una serie de oraciones públicas interrumpidas por asambleas en las cuales cada uno podía exponer sus propias ideas. De él se fiaban, también porque con anterioridad había resuelto con éxito varios complicados casos de herencias. Escuchó a todos con paciencia tomando nota de lo más relevante; después presentó algunas hipótesis de solución a la luz del buen sentido y de la caridad cristiana.

Esta vez también tuvo éxito, pues los ánimos se calmaron y se llegó a un acuerdo honorable para todos. Para reforzarlo organizó una serie de encuentros -hoy los llamaríamos ejercicios espirituales- en preparación a las dos grandes solemnidades de Pentecostés y del Corpus Christi. Predicaba y confesaba sin descanso. Y precisamente en este momento ocurrió algo que hizo hablar a toda Guastalla.

El santo, nos dice el padre Gabuzio, pasaba su poco tiempo libre en la iglesia ante el sagrario. Sin embargo una tarde decidió por sorpresa salir para dar un breve paseo por la orilla del Po. Viendo llegar hacia él a un joven, le saludó y le hizo allí mismo este extraño discurso: “Yo quisiera, hijo mío, que tú pensaras bien en tus cosas, y atendieras con prontitud a la salud del alma. Sabes que no hay cosa más frágil e incierta que la vida humana; el corazón me dice que serás llamado por Dios antes de lo que creas”.

Imaginemos la cara del joven desconocido -que entre otras cosas estaba en perfecto estado de salud- al sentirse anunciar la muerte inminente. Otro se habría reído, pero probablemente el joven sabía quién era ese sacerdote y respondió que estaba

preparado para confesarse inmediatamente. Antonio María lo llevó del brazo hasta la iglesia donde se reconcilió con el Señor y se preparó al gran paso. Al volver a casa contó a sus padres y amigos su increíble aventura; pocos ironizaron, y la mayoría lo tomaron más en serio al saber de dónde venía la noticia. De hecho, al día siguiente el joven moría en un accidente. A los funerales, en la iglesia no cabía la gente que había acudido a oír a Antonio María.

Capítulo XII

Testamento espiritual

Si estaba tan bien informado sobre la vida de los demás, seguramente más lo estaba sobre la suya. De esta forma se explican las tres últimas cartas enviadas desde Guastalla y que son como su testamento espiritual. Mientras tanto desde Milán le escribían reclamándole tanto a su comunidad como a las Angélicas y a los grupos de Casados. En diez días escribió tres largas cartas destinadas a cada una de las tres familias: a las Angélicas el 10 de junio de 1539, en la persona de su guía y maestra, Antonio Paula Negri (o según otros, la priora, Dominga Bautista de Sesto); a los cohermanos el día siguiente por medio del padre Soresina, el más joven de sus primeros ocho compañeros, su predilecto por la sencillez y el candor de su alma; y a los Casados el 20 de junio, dirigiéndose al matrimonio Omodei. Por desgracia, de estas cartas no tenemos los autógrafos, los textos nos han llegado por medio de amanuenses.

El texto destinado a las Angélicas no es de fácil interpretación, sobre todo a la luz de los sucesos de algunos años después. Antonio María demuestra gran aprecio por la extraordinaria personalidad carismática de Paula Antonia Negri, pero probablemente se da cuenta de que ciertos comportamientos fuera de lo normal podrían desviar a las Angélicas más jóvenes. Y entonces deja entrever los riesgos con los que se podría encontrar la comunidad: “Querida madre, afirma entre otras cosas Antonio María, si te parece bien, quisiera manifestarte la libertad que tienen los grandes santos; y quisiera decirte como lo que, por nivel de perfección, en ellos es una experiencia y un signo seguro de santidad consumada, por el contrario, sería para nosotros ocasión de manifiesta ruina o signo inevitable de no habernos despojado todavía de nuestros anteriores y arraigados hábitos. (...) Ni diré aquellas cosas que sólo tu entenderías sino las que también

podrían ser comprendidas por nuestras Angélicas, dejándote a ti rumiar interiormente el resto”.

A este punto, pasa a ilustrar con muchos detalles un extraño comportamiento, en apariencia nada virtuoso, del que algunos santos harían ostentación, intencionadamente, para esconder su virtud. Como diciendo que no se debe juzgar a nadie por la apariencia. Y cita el caso de Bernabé (la carta está fechada en la vigilia de la fiesta litúrgica del compañero de Pablo) cuando presentó al apóstol, recientemente convertido, a los cristianos de Jerusalén más bien recelosos; al describir a un imaginario santo o santa (curiosamente todos los adjetivos están en femenino), afirma que algunos pueden parecer llenos de defectos, pero si se va más allá de la apariencia a menudo cubierta por el velo de la humildad, se aprecian las verdaderas virtudes.

Alguien, años después, verá en las expresiones usadas por el fundador la profecía del fin, no de alabar, reservado a Paula Antonia. “Mi querida Madre, añade Antonio María hacia la conclusión, os diría más cosas, pero no quisiera que se me entendiera mal. Sin embargo, usted podrá decirles el resto. Añadiré sólo esto: diga a las Angélicas que ellas no hagan ni se permitan tales licencias, pues sin duda les aseguro que descubrirían en ellas los resultados contrarios a los que le suceden a dicha persona; y en vez de avanzar en las grandes perfecciones retrocederían quizás hasta bajar al infierno de la suma imperfección. Por lo tanto a ellas no les convienen las palabrerías sino el rigor del silencio conforme a su vocación. Así, no es bueno para ellas actuar, hablar o pensar sin permiso interior o exterior. Así, el hecho de no negarse a sí mismas sino el seguir sus propias inclinaciones, las llevaría hacia la muerte por sus tendencias carnales. La autoridad aumentaría su presunción; el saber, su soberbia, la disipación las relajaría; el no esforzarse en renegar de su propia voluntad, aún en las cosas permitidas, no sólo las convertiría en mujeres toscas, sino que las alejaría completamente del deseo de imitar a Pablo y su vida. En efecto, piense y vea qué daño causa el

deseo de las propias comodidades, el beber dulcemente, si no el vino y alimentos especiales, al menos un poco de consuelo espiritual y tragar un poco de autocomplacencia; si no están ciegas, todo ello les prueba cuánto mal les pueda hacer. Dígales, por tanto, que este Pablo les predica a un Cristo crucificado por doquier, no sólo en el mismo Cristo, sino en ellas mismas; y pídale que mastiquen bien esta sola palabra. Y si por torpeza no la comprenden bien, dígale a mi Maestra Paula (un modo retórico pero eficaz para dirigirse a la misma persona) que se la explique, pues aquella lengua ardiente y bien mordaz suplirá a lo que yo les diría”.

Después, el brusco final: “Nada más, querida Madre. De V (uestra) C (aridad). Padre e hijo. Antonio María, sacerdote”⁷⁵.

Una cosa sorprende en este texto; normalmente Antonio María habla claro, aquí, sin embargo, dice y no dice, deja entender entre líneas con alguna ambigüedad casi temiendo ofender a alguien. Todo está como incierto, dejando espacio a interpretaciones contrastantes. Quien escribe prefiere interpretarla como una respetuosa puesta en guardia, típica de un testamento, más que de una profecía; de hecho, el amor por la verdad y por la santidad de sus hijos espirituales habría movido al santo a hablar y, sobre todo, a actuar de modo diverso si lo que él tenía como hipótesis hubiera sido realidad.

Creecer continuamente

No olvidemos que, como buen médico, Antonio María conocía sus precarias condiciones de salud y sabía que moriría pronto. Por otra parte, en la carta al padre Soresina el tono es, de hecho, dramático pero aquí no se trata de una hipótesis. Antonio María debe llamar la atención al discípulo que él siempre ha querido tanto por su sencillez, hasta haberle confiado “todo el tesoro que yo tengo en las manos”, a éste le dice, visto que no es sincero con su superior (padre Morigia): “Mi deseo ha sido siempre verte progresar día a día, y cuando

⁷⁵

Scritti, pp. 69-70 (1.09.04); 73-74 (1.09.12-15).

me ha parecido que no has respondido completamente a mi deseo, aunque lo hayas hecho por ignorancia, o por simple descuido y no por malicia, para mí era una puñalada en el corazón. Más aún, cuando la falta la hubieras cometido hacia los otros, porque me duelen más las imperfecciones cometidas a los otros que a mí; por el contrario, recibo mayor alegría por los actos virtuosos hechos a los demás que a mí”. Después, tras una breve digresión sobre la alegría de Pablo al ver a Timoteo y a Tito “fervientes amantes del bien del prójimo”, entra en lo importante: “Te diré unas palabras, amable señor Bautista. Me he enterado, y no sin gran dolor, de que no usas la misma sencillez con el P. Superior que conmigo; sino que actúas con doblez. Lo que me ha traspasado el corazón y hubiera sido peor si te hubiese creído en todo. ¡Ay de mí!, ¿qué sería de ti si esto fuera verdad?, ¿de quién podría gloriarme, si tú tuvieras este mal comportamiento?, ¿tú a quien llevo en mi corazón como aquel que debería proporcionarme toda clase de alegrías? ¡Pobre de mí! Si todos mis hijos tienen tan poco interés en contentarme, mejor sería que jamás los hubiera parido, para que no degeneraran en hijos bastardos”.

Después de exhortarle a “correr recto y sencillo con todos”, añade: “Si en adelante no te veo cambiado en todo y caminar de esta manera, que siempre viéndome a mí o a un sustituto, veas en mí o en los otros a Jesucristo en persona (...), no estaré contento de ti y pediré al Crucifijo que me lleve de este mundo”. Pero de la amenaza pasa en seguida a la esperanza de un cambio: “Nada más, porque estoy seguro de que, aunque te hayas equivocado, y equivocado por malicia, no te equivocarás nunca más y serás leal y sencillo con el P. Jaime Antonio (Morigia) y con todos”.

La conclusión contiene un rápido saludo a sus primeros compañeros, algunos de los cuales los identifica con un rasgo que les caracteriza: “Recuerdos a mi querido Señor Dionisio (de Sesto), al fiel Juan Jaime (de Casei), al humilde Francisco (Crippa) y al amante de sufrir, el Señor Juan Antonio (Berna); a mis cordiales Juan Antonio y Tomás (Dati), al infatigable

Señor Camilo (Negri), al irritable Righetto (Ulderido Gropelli) y al sencillo Señor Corrado (Bobbia). Saluda también a Felipe y Jánico, al Señor Modesto y señora, a Bernado (Omodei) y sus hijos, al sobrino de Juan Antonio (Berna), a mis amables D. Baltasar (Medici), a D. Juan Pedro Besozzi y a todos los demás. En mi nombre pide la bendición a los Rvdos. Padres, al P. General (P. Jaime Antonio Morigia) y a D. Bartolomé (Ferrari) a los que no escribo porque el mismo Cristo les escribirá en sus propios corazones, ni me atrevo a encomendarles cosa alguna porque todo descansa sobre sus hombros. Cristo realice en ti mi alegría. Tu padre en Cristo. Antonio María, sacerdote”⁷⁶.

Grandes santos

La última carta es para un noble matrimonio milanés, Laura y Bernardo Omodei, miembros del grupo de los Casados de S. Pablo; es una pequeña obra maestra de espiritualidad laical, escrita ciertamente con el corazón y de la que él recomienda vivamente la lectura. Aquel 20 de junio de 1539 era un viernes y en su pequeña celda de Guastalla Antonio María consumido por la fiebre que ya no le dejaría ni un momento, pone fin a su vertiginosa actividad apostólica. Por este motivo, entre los escritos del fundador, este ha sido el más editado y difundido.

Lo que más le apremia lo dice en seguida: “Deseo que entregándoos a Cristo no caigáis en la tibieza sino que progreséis continuamente; porque si os dejáis adueñar por ella no llegaréis a ser espirituales, sino que pronto os convertiréis en carnales, y usando la palabra apropiada llegaréis a ser antes fariseos que cristianos espirituales”.

Ya desde los años de Cremona, Antonio María había presentado, a sus oyentes laicos reunidos en el cenáculo de la Amistad, el cuadro de la “verdadera vida espiritual” y había afirmado claramente que el “talento más precioso es el

⁷⁶

Ibid., pp. 75-79 (1.10.02-18).

espíritu”⁷⁷. En la carta al querido matrimonio persigue con una vibrante llamada al gran obstáculo que insidia la vida interior y mina el camino de la santidad.

El fariseísmo para él es la mediocridad y precisa: “El tibio o fariseo se comporta así: al convertirse abandona los pecados graves, pero se deleita en los leves, es decir, no tiene remordimiento de conciencia de éstos”. Sigue una serie de ejemplos: El tibio no blasfema ni ofende, pero pierde la paciencia fácilmente, se enfada; evita hablar mal de los otros, pero pierde el tiempo en charlatanerías inútiles; reza durante dos horas, pero el resto del día está distraído; no busca los honores, pero si le alaban se encuentra a gusto; evita las cosas ilícitas, pero quiere todas las lícitas; es decir, quiere el bien sólo en parte.

Ser espirituales significa eliminar las palabras inútiles, evitar los modos groseros, huir de los honores, abstenerse de aquello que sólo se hace por sensualidad e incluso de las más legítimas relaciones conyugales “para mayor belleza y aumento de la castidad”, tener la mente constantemente elevada a Cristo. “Queridos señora Laura y señor Bernardo, recibid estas palabras y meditadlas con el cariño con que las digo. Porque no os pido que hagáis todo esto en un día, sino que quisiera que estéis atentos para hacer cada día algo más, eliminando día a día alguna tendencia sensual, aunque fuese lícita y esto por el deseo de crecer en virtud, disminuir las imperfecciones y huir del peligro de caer en la tibieza. (...) Quisiera y deseo que lleguéis a ser grandes santos y vosotros, si queréis, sois capaces con tal de que deseéis desarrollar y devolver al Crucifijo más bellas aquellas cualidades y talentos que de él habéis recibido. Yo, por el afecto y la ternura que os tengo, os ruego que me complazcáis en esto. Porque conozco la cumbre de la perfección y la abundancia de las gracias y comprendo los frutos que el Crucifijo realizará en vosotros”.

Después de haber exhortado a los dos cónyuges a cultivar a la vez la perfección personal y la del cónyuge, el santo

⁷⁷ Ibid., p. 129 (2.02.14). La afirmación del Santo sobre el mejor talento se encuentra citada en la exhortación apostólica sobre la vida religiosa de Juan Pablo II. Cfr. *Vita consecrata*, 25 de marzo de 1996, n. 55.

afirma que ha escrito “no con la pluma sino con el corazón”; se disculpa por no poder continuar “por mi cansancio físico” e invoca sobre Bernardo y Laura la bendición del Señor, firmando “Vuestro hermano en Cristo y parte de vosotros mismos, Antonio María sacerdote”.

En la segunda carta que hemos citado, encontramos nombres que no habíamos encontrado antes sino de pasada, por ejemplo, el de Dionisio de Sesto, el hermano barnabita de la angélica Dominga Bautista, la primera priora de quien su cohermana Paula Antonia Sfondrati contará cosas muy edificantes en *Origine e progressi del monastero di S. Pablo en Milán*.

Dionisio había recibido el hábito de manos de Antonio María en la noche de Navidad de 1534 y celebrará su primera misa el 25 de enero de 1540.

De Juan Jaime de Casei sabemos que estaba entre los primeros cinco compañeros de Antonio María y seguramente fue el primero en vestir el hábito el 10 de junio de 1534. Será siempre hermano, después de haber cambiado el nombre (en julio de 1540) por el de Pablo Antonio. Tampoco Francisco Crippa que tomó el hábito el 15 de agosto de 1534 junto con Bartolomé Ferrari quiso ser ordenado sacerdote. Del grupo inicial fue el primero que murió con sólo 40 años el 14 de septiembre de 1542.

Juan Antonio Berna, por mucho tiempo postulante, tomará el hábito en febrero de 1540 y hará la profesión en 1546. Jaime Antonio Morigia, para ponerlo a prueba, le había mandado acusarse diariamente delante de todos de las faltas cometidas, después de lo cual por penitencia debía ir al mercado a comprar verdura y pescado, flagelarse en la catedral o pedir limosna en la puerta de las iglesias. Murió en 1576, víctima de la famosa peste de San Carlos.

Los hermanos Dati no duraron mucho en la congregación. Juan Antonio tuvo que volver con su familia por motivos de salud y Tomás fue expulsado por el capítulo por no soportar la autoridad.

En cuanto a Camilo Negri, Antonio María le define como “el cansado”, palabra que en la boca de un médico quería decir de poca salud; murió con solo 35 años. El “cascarrabias” era Ulderico Groppello, el último aceptado en la congregación viviendo Antonio María. Ordenado sacerdote en 1541, ocupará algunos cargos de importancia, pero en 1552 abandonará el grupo junto con algunos seguidores de Paula Antonia Negri. Diez años después pedirá ser readmitido, pero la petición será rechazada. Finalmente, de Conrado Bobbia, lo poco que sabemos es que fue aceptado en 1538, pero por su mala salud volvió a su casa donde murió en 1543.

De padre Besozzi hablaremos más adelante porque se trata de un personaje importante en la historia de los primeros Barnabitas, hasta ser definido como el segundo fundador de la orden. Entre otras cosas, su generalato está unido, en parte, a la suerte de Paula Antonia Negri.

Capítulo XIII

La última lección

El 20 de junio de 1539, al escribir a Bernardo y Laura Omodei, Antonio María hablaba, como hemos visto arriba, de ese “cansancio físico” que le estaba llevando a las últimas. A la debilidad, debida al extremado trabajo, se unió la fiebre cada vez más fuerte que le obligó a estar en cama. Imposible volver a Milán; demasiado lejos de Guastalla para un enfermo en aquellas condiciones. Ciertamente, además de los conocidos que tenía por su profesión, Antonio María tenía una iluminación de lo alto. Dijo claro y rotundo a quien le atendía que habría muerto durante la octava de la fiesta de los apóstoles Pedro y Pablo. Esto sucedió a las 3 de la tarde del 5 de julio.

Por esto, sintiendo acercarse el final, pidió ser llevado a Cremona junto a su madre; ella le había dado a luz y le había educado en la fe; junto a ella quería dejar la tierra. Le acompañó en el difícil viaje Bonsignore Cacciaguerra (1495-1566), un comerciante de Siena que, después de un borrascoso pasado, se había convertido trasladándose a Roma y, una vez ordenado sacerdote, se había dedicado sobre todo a extender la práctica de la comunión frecuente (que para él quería decir diaria). Gran amigo y colaborador de Felipe Neri, en cierto sentido le había abierto el camino para la fundación de su famoso Oratorio.

Cacciaguerra había ido a Milán a finales de 1538 para pedir consejo a algún santo sacerdote sobre su definitiva elección de vida y, en particular, sobre el arte de atender enfermos. Por algún tiempo fue puesto a prueba por Antonio María el cual, al verle, le dijo: “Yo quisiera hacerte dos o tres heridas en el corazón para ver que hay dentro”. Desde entonces todos, incluidos los novicios, le provocaban de los modos más irreverentes: algunos le tiraban de la barba

diciendo que estaba muy arreglada, otros le arrugaban la sotana diciendo que era demasiado lujosa, otros se reían de él por sus modales cortesianos y su orgullo. Viéndole rojo de vergüenza el santo dijo: “Hay en usted todavía algo de podrido”. Después acabó el examen: “Nos hemos tomado algunas libertades con usted”. Cacciaguerra al comentar el episodio en su autobiografía comenta: “Eran hombres ciertamente terribles aquellos reverendos mortificando a las personas que caían en sus manos”⁷⁸.

Se embarcó en Cremona sobre el Po hacia Ancona para después ir a Roma por tierra. Llegando a saber que Antonio María estaba gravemente enfermo, decidió quedarse con él algunos días en Guastalla. Cuando Bonsignore llegó, entre los dos se reforzó, por una de esas extrañas intuiciones de los santos, su inicial sintonía, tanto que el enfermo le pidió que le acompañara a casa de su madre.

Mientras tanto, en Guastalla la noticia de la inminente partida de Antonio María y, sobre todo la extraña profecía de su próxima muerte, provocaron gran emoción entre la gente, también porque se daban cuenta de que no volverían a verle en el castillo. Una multitud silenciosa y conmovida asistió a despedirle.

El santo llegó a Cremona extenuado. Podemos imaginar la dolorosa sorpresa de su madre al verlo en aquel estado. Él no ocultó su estado, pensando sobre todo en prepararse al gran paso. La madre llamó en seguida a los mejores médicos de la ciudad los cuales acudieron a la cabecera del hijo, intentándolo todo para salvarle. Pero poco se podía esperar.

A hacer más dramática la situación contribuyó una inesperada fiebre aguda que atormentaría a Cacciaguerra durante quince días, lo cual él explicaría más tarde. Como Antonio María le había invitado a comulgar y a rezar por él, el amigo “rezó por la mañana por la salud de aquel alma que sufría, ofreciéndose al Señor, para padecer en sí mismo cualquier tribulación, y fue escuchado”. Esta solidaridad en el

⁷⁸ O. PREMOLI, Op. cit., pp. 475-477.

dolor revela la gran estima y amistad que le tenía Bonsignore y mucho más si pensamos cómo le había tratado Antonio María durante su estancia en Milán.

Padre Gabuzio habla de las duras pruebas espirituales que sufrió Antonio María en aquellas horas tremendas; frente a la muerte también los santos, a pesar de tener la conciencia tranquila, pensando en el juicio divino, se reconocen grandes pecadores y sienten miedo. Hablando con Bonsignore, Antonio María dirá que había superado la tentación rezando intensamente y confiando en la misericordia divina. Después, los presentes le vieron iluminarse de alegría. Más tarde, contó a los suyos algo curioso: se le había aparecido el Señor mostrándole el futuro de la Orden; después, S. Pablo intercediendo para que se alargara la vida de Antonio María cuyo gobierno se creía indispensable para toda la obra, mientras los demás apóstoles le rodeaban y le invitaban a compartir con ellos la gloria del paraíso. Antonio María aceptaba “gustoso”, dice el padre Soresina, la voluntad de Dios, fuera cual fuera.

A Milán habían llegado voces del empeoramiento de las condiciones del fundador; en seguida fueron a Cremona los padres Ferrari y Soresina, acompañados por Serafín de Fermo y, al parecer, por Paula Antonia Negri. Aprovechando las pocas horas que le quedaban de vida, el santo recomendó a los presentes la fidelidad a la elección hecha, insistiendo en el amor al Crucifijo y a la Virgen María. Poco después llegó su madre; Antonio María la invitó a no llorar por su marcha, porque pronto ella se reuniría con él en el paraíso. Desde este momento, Antonietta Pescaroli no se movió de la cabecera de su hijo, limpiándole el sudor (hacía mucho calor aquel 5 de julio) y sugiriéndole jaculatorias. Junto a ella, la angélica Paula Antonia. “Es significativo, nota agudamente monseñor Erba, que Antonio María, tan austero consigo mismo, había querido al final de su vida ser trasladado a Cremona, como para volver a los orígenes de su vida, para morir asistido por las dos mujeres que le habían dado la vida: su madre y Paula

Antonia Negri. Es como decir que detrás de un gran hombre hay siempre una gran mujer”⁷⁹.

Que gran pérdida

El 5 de julio el enfermo recibe la Santa Unción; siguió atentamente el rito con la mirada puesta en el Crucifijo. Después dulcemente se apagó hacia las tres de la tarde, poco antes de que las campanas de la cercana iglesia anunciaran las vísperas de la octava de los apóstoles Pedro y Pablo. El padre Soresina, roto por el dolor, se retiró a llorar a una habitación contigua. Faltaba entre los testigos de las últimas horas Cacciaguerra, todavía con fiebre; nada más enterarse de la muerte de su amigo, exclamó: “¡Oh Cremona! ¡Si supieras quién ha salido ahora de esta vida! ¡Qué gran pérdida!”.

En seguida comenzaron a llegar cremoneses para presentar sus respetos a su gran conciudadano. Ante el palacio se formó una gran fila de gente, obligada a esperar con paciencia durante horas su turno. Quien entraba no se conformaba con una mirada al cadáver y una oración; todos querían besar la mano de Antonio María; muchos se arrodillaban pidiendo su intercesión para una necesidad material o espiritual; otros colocaban cosas junto al cuerpo o, a escondidas, aprovechando el gentío, intentaban cortar un trozo de su sotana para tener una reliquia. La rara procesión fue suspendida por la noche. Para velar el cuerpo se quedaron sólo pocos íntimos, entre ellos su madre y algunos sacerdotes.

A la mañana siguiente, el féretro descubierto fue llevado, para un primer rito de sufragio, a la iglesia parroquial de San Donado, que estaba llena de fieles. Casi con seguridad participó el obispo auxiliar, estando ausente el titular, el cardenal Benito Accolti, que gobernaba la diócesis por medio de sustitutos. No hubo oración fúnebre durante la misa, sino que de Antonio María habló la gente. Cada uno decía lo que quería; había entre la gente quien le había conocido de niño,

⁷⁹

Cit. de M. PALUMBO, S. Antonio M. Zaccaría e le angeliche, en “Quaderni di vita barnabítica”, 8, Roma 1989, p. 148.

pacientes que habían sido curados por él cuando ejercitaba la medicina, aquellos que habían encontrado el camino de la fe gracias a sus predicaciones o confesándose con él; todos le debían algo, hablaban de él como de un santo.

Fue necesario dejar expuesto el féretro durante dos días y dos noches. Las exequias se celebraron también en San Donato, donde Antonio María ocho años antes, mediante un legado testamentario, había hecho construir un altar en honor de la conversión de S. Pablo.

Pero no sería ésta su última casa. Se presentó el problema de dónde enterrarle. Cremona lo reclamaba como su ciudad natal, pero desde Milán los Clérigos de S. Pablo, las Angélicas y los Casados hicieron saber que el fundador, sin duda, reposaría junto a ellos. Así se decidió. El 8 de julio partió el cortejo hacía la capital lombarda. Un viaje que duró muchas horas. En cada pueblo por donde pasaba era necesario detenerse para permitir a grupos de fieles, guiados por sus párrocos y llevando grandes cruces, entre cientos de velas encendidas, rendir homenaje al difunto.

En Milán, como los Clérigos Regulares no tenían todavía una sede estable ni una iglesia propia, el viaje terminó en el monasterio de las Angélicas donde estaba preparada la cripta bajo la iglesia de San Pablo Converso, todavía en construcción. Como signo de especial devoción, las religiosas se repartieron las cuerdas con las que estaba atado el ataúd, poniéndoselas alrededor del cuello; un gesto institucionalizado más tarde con la aprobación de Roma, como parte del hábito de las Angélicas que durante mucho tiempo llevaron un cordón al cuello en recuerdo del fundador.

Leemos en un manuscrito de *Memorie*, que lleva el título original de *Ristretto della vita et virtù del padre Antonio María Zaccaría* redactado por una angélica anónima que probablemente se identifica con Agata Sfondrati muerta en 1631, que “fue tan grande el dolor y tantas las lágrimas de cada Angélica que creían explotar y morir con su padre, porque le amaban visceralmente más que a sus padres

carnales. Recogieron el querido tesoro del cadáver del beato padre, además de con gran ternura y muchas lágrimas, con suma reverencia y devoción”.

La misma testigo prosigue: “Y de tanto en tanto abrían el ataúd, le hacían reverencias, lloraban y le besaban los pies. Y no sólo no les daba miedo, como suele pasar con los cuerpos muertos, sino que les daba alegría, gracia y gran fuerza el poder ir a verle una y otra vez. Y más de ocho madres que vivían entonces y han llegado a nuestros días han confirmado estas cosas, añadiendo que no sólo iban a honrarle, sino que, con gran sencillez y devoción, le quitaban el polvo que tenía el cuerpo con pequeñas brochas. Y esto lo hicieron durante mucho tiempo, hasta que vino una orden general de Roma prohibiendo que se tuvieran cuerpos muertos sin enterrar. Por esta razón le enterraron en el vestíbulo que separaba la cripta del cementerio de las Angélicas, en la pequeña a mano izquierda, casi debajo de la puerta del “scurolo” (vestíbulo); más de una vez lo han contado las madres que estuvieron presentes, las cuales han añadido que pusieron el bendito cuerpo entre dos tablas”⁸⁰.

Una extraordinaria herencia

Antonio María dejó una huella imborrable en la Iglesia y en la sociedad de entonces. Su herencia se nos presenta más extraordinaria si pensamos en el breve espacio de tiempo en el que el santo desarrolló su misión, poniendo en práctica formas concretas de vida y apostolado, reuniendo a su alrededor seguidores entusiastas y voluntariosos de todas las clases sociales.

Su “itinerario humano hacia Dios” se ambienta en el marco de una época que, en lo relativo a la práctica religiosa, no es distinta de la nuestra. Cuando Antonio María invita a “dejar lo exterior” para “entrar en el propio interior”, se dirige a personas que viven en un contexto de “tibieza”, de

⁸⁰

ANGELICA ANONIMA, *Memorie*, Florencia 1979, pp. 17-18.

materialismo, de ateísmo práctico muy parecido al de nuestros días. Para él entrar en el propio interior significa recogerse en sí mismo para vivir en profundidad una existencia que no deba nada a la “carne” ni a la “sangre” y “caminar hacia el conocimiento de Dios” para vivir “en familiaridad” con Él. De aquí la necesidad de impedir que el trabajo, la diversión, las relaciones sociales, el cuidado de la propia persona nos absorban y nos ocupen de tal modo que nos quiten todo espacio espiritual (¿no es éste el drama de tantos católicos hoy en día?).

Esta tensión para superar la “carnalidad” de la existencia, alimentándola con la oración y la contemplación delante de la Eucaristía y del Crucifijo, Antonio María la exige no sólo al grupo de consagrados que le han seguido (sacerdotes y monjas), sino también a los laicos, y esto es un dato de evidente actualidad; a los hombres del siglo XX se lo ha recordado de manera explícita el concilio Vaticano II.

Encontramos otra característica en la enseñanza de Antonio María: la idea que él se hace de su época como un “tiempo que promete la renovación de los hombres y mujeres”, y no solamente en relación a las profecías de la época (Arcangela Panigarola y el beato Amadeo), sino sobre todo por la evidente situación de malestar de la Iglesia. Ahora nos preguntamos: ¿son tan distintos aquellos tiempos de los nuestros? ¿No vemos también hoy la urgente necesidad de personas enviadas a “anunciar por doquier la viveza espiritual y el Espíritu vivo?” Usando las palabras del santo a las Angélicas.

Quien quiera profundizar el dinamismo de la enseñanza zaccariana y su excepcional capacidad de penetración, debe ver los *Atti capitolari*⁸¹, todavía inéditos; su lectura atenta ofrece muchas ayudas espirituales, haciendo sentir el clima que debía reinar entre los Tres Colegios; pero sobre todo destaca la actualidad del carisma del fundador y de sus

⁸¹ Se trata de seis códigos que contienen los resúmenes de los capítulos que los paulinos tuvieron entre 1544 y 1578, es decir hasta tener las constituciones definitivas promulgadas en 1579 bajo el patrocinio de San Carlos Borromeo.

primeros seguidores, comenzando por la angélica Paula Antonia.

Capítulo XIV

Con la “divina madre”

No hay duda de que la prematura muerte de Antonio María tuvo repercusiones graves en el proceso de crecimiento y asentamiento de las tres estructuras animadas por su carisma.

Correspondió sobre todo al padre Morigia -que ya anteriormente había tomado las riendas de la orden- conducirla con continuidad. El 1 de diciembre de 1543 una nueva bula de Pablo III confirma definitivamente los propósitos del fundador y de los cofundadores, concediendo a los Clérigos Regulares de S. Pablo la exención perpetua. Desde este momento dependen exclusivamente de la Santa Sede. Así, comenzaron a extender su obra reformadora más allá de los “Navigli” (canales), añadiendo a la misión de Vicencia, ya comenzada por Antonio María, las de Verona, Venecia y Ferrara.

El influjo en aquel período de las tres familias zaccarianas fue enorme, atrayendo hacia sí numerosas vocaciones, sobre todo de la nobleza y de los patricios de la ciudad. Pero, al mismo tiempo, provocó reacciones por parte de aquellos “demonios visibles” contra los que Antonio María había puesto en guardia al comenzar la reforma de las costumbres.

No hay muchas noticias sobre lo que sucedió en los años siguientes. En 1544 muere Bartolomé Ferrari y dos años después le sigue Jaime Antonio Morigia. Desaparecida la “pentarquía” (formada por Antonio María, Bartolomé Ferrari, Jaime Antonio Morigia, Ludovica Torelli y Paula Antonia Negri) que había guiado a los tres grupos hasta 1539, a representar una auténtica supremacía sobre los paulinos, fue la misma Paula Antonia Negri, llamada “divina madre” (un epíteto, el de “divina”, usado normalmente en el siglo XVI sin que tenga el significado literal actual) la “guía” espiritual de religiosos, religiosas y laicos, que veían en ella la heredera de la enseñanza y del carisma del fundador; también porque él había querido que algunas de sus cartas fuesen firmadas por

ella (con la famosa sigla A.P.A.), escribiendo incluso una a su nombre. Esto no debe maravillarnos, es más era la idea que sostenía en su tiempo su común maestro fray Bautista; éste había aconsejado, a quien quisiera progresar en el camino del espíritu, que se sometiera “a cualquier persona, sea religioso, sacerdote, monje, eremita, seglar, hombre o mujer que tenga temor de Dios y sea discreto”⁸². Por otra parte, dada la comunión de vida y de propósitos que caracterizaba a los primeros paulinos, en las cartas de Paula Antonia no es difícil ver como un eco y una ampliación del magisterio de fray Bautista y de Antonio María. Así, por ejemplo, cuando exhorta a “no perder el tiempo sino a acelerar los pasos en la verdadera carrera cristiana” añade: “entonces, espíritus dulcísimos, no corramos ya la carrera de los fríos, tibios y negligentes”⁸³, ella recuerda el “correr como locos” y la guerra contra la “señora tibieza” de Antonio María. Y, si el santo pide a las novicias que se “esfuercen en la renuncia del propio deseo incluidas las cosas buenas”⁸⁴, Negri, en una carta a Ángel Michiel, espléndida figura de los orígenes paulinos, firma: “La que os quiere vencedores de vuestra carne y sangre”⁸⁵.

Su personalidad exuberante ejercía un fuerte atractivo sobre los que se le acercaban, y no se cuentan las conversiones obtenidas por ella entre las personas de todas las clases sociales. Esto explica su indiscutida situación de líder sobre los Tres Colegios, reconocida por el mismo fundador. Desaparecido Bartolomé Ferrari, hasta finales de 1552 las Actas capitulares confirman la presencia arrastrante de Paula Antonia.

Se pueden citar al respecto algunos ejemplos: el 19 de mayo de 1544 el capítulo tenía que discutir la aceptación de un tal Ángel de Venecia. La “divina madre”, después de dar su opinión los presentes, se reservó “el voto”. Después comenzó con sus divinos argumentos, proponiendo que la vestición de Ángel fuese retrasada y, a pesar de que el postulante se

⁸² B. CARIONI DE CREMA, *Della cognitione et vittoria di se stesso*, Milán 1531, p. 148r.

⁸³ P. A. NEGRI, *Lettere spirituali*, Roma 1576, pp. 14 e 401.

⁸⁴ Scritti, p. 73 (1.09.13).

⁸⁵ P. A. NEGRI, *Lettere spirituali*, Op. cit., p. 229.

dirijiera “a nuestra madre rogándole que se alegrara de dar su consentimiento para ser aceptado y recibir los hábitos”, ella confirmó su decisión.

El capítulo pasó después a discutir sobre la profesión de Jerónimo Marta. En las Actas leemos “nuestra divina madre, con la mirada aguda y penetrante”, afirmó que no le daría su voto “si no le prometía que adquiriría un ánimo invencible, una caridad infatigable hacia el prójimo y una santa hilaridad”. Y al término de la sesión, el redactor de la reunión concluye: “Nuestra divina madre (...) volvió a su lugar sagrado (San Pablo Converso) dejando a todos con grandes deseos de la profesión por los saludables testimonios que había dado por hacer las cosas susodichas, pues está ciego el que no se alimenta y no toma fuerza de vida eterna de todas sus obras, pues se ve claramente que Cristo habita en ella por su gracia y por medio de ella obra maravillas y sobre ella ha fundado y construído todo este edificio de Pablo. Que nuestro Señor se digne conservar y acrecentar en su honor. Amén”⁸⁶.

A la muerte de Jaime Antonio Morigia (13 de abril de 1546), fue elegido superior el padre Juan Pedro Besozzi que casi puede considerarse una criatura de Paula Antonia Negri. Al comenzar su mandato recibe de los cohermanos la promesa de fidelidad y obediencia delante de “muchas personas y con la presencia física de la reverenda guía y madre”, y al terminar el primer trienio viene reelegido, después de que Paula Antonia había dado permiso al capítulo; ésta aparece siempre como responsable e inspiradora de la vida de los paulinos. De hecho llama la atención, exhorta, corrige a toda la comunidad y cuando está comprometida en las misiones vénetas, escribe a los miembros de los Tres Colegios para guiarles espiritualmente. La opinión de Paula Antonia siempre se tenía en cuenta entre los paulinos; cuando se inauguró la nueva sede de San Bernabé en Milán, fue ella, de hecho, la que distribuyó las habitaciones. Si se trataba de abrir otras misiones, como

⁸⁶ Actas capitulares, S II, 4r-5v, cit. por A. Gentili, *S. Antonio M. Zaccaría. Appunti per una lettura spirituale degli scritti*, en “Quaderni di vita barnabítica”, 4, Roma 1980, parte I, pp. 29-30.

Brescia, Padua, Ferrara y Cremona, los Barnabitas se dirigían a ella convencidos de que veía “más allá” que ellos.

Un magisterio que continúa

Para entender en toda su importancia la grandeza espiritual y la perfecta sintonía con que actuaban los Tres Colegios, es preciso rehacer el epistolario de la angélica, que entre otras cosas revela su extraordinaria capacidad para releer la Escritura actualizándola. No podemos profundizar en la materia, esto sería particularmente estimulante. Nos limitaremos a citar un ejemplo por todos: comentando el texto paulino de “muchos corren en el estadio, pero sólo uno consigue el premio”, Paula Antonia se pregunta: “¿Y quién lo recibe? El que no está dividido”. Y de ello se sigue, según la angélica, que:

“Uno⁸⁷ no es quien, gustando los consuelos celestes, busca todavía los sensuales.

Uno no es quien, aspirando a las riquezas eternas, no abandona el amor y la avaricia de las temporales.

Uno no es quien, corriendo hacia la paciencia, no quiere ser del todo paciente, sino en aquello en lo que cree haberse equivocado.

Uno no es quien, pensando en la gloria futura, se deleita en la presente.

Uno no es quien, dedicándose a la caridad hacia el prójimo, quisiera hacerla sólo cuando y como le gusta.

Uno no es quien, queriendo estar alegre, se entristece si los demás no le dan alegría.

Uno no es quien hace profesión de amor a Jesucristo, si le fastidia que otros por lo mismo sean amados.

Uno no es quien por su humildad se hace soberbio.

Uno no es quien, mortificandose por un lado, por el otro goza.

Uno no es quien, ahora ama el silencio, ahora se pierde en palabras superfluas.

Uno no es quien refrena la curiosidad de los ojos y oídos externos, pero deja correr como quieren los internos.

Uno no es quien en parte obedece, en parte hace lo que quiere.

87

Uno: no es un numeral, se refiere a la persona íntegra.

Uno no es quien en parte cree, en parte no cree; en parte tiene fe, en parte no tiene fe.

Uno no es quien se humilla creyéndose inferior a los otros, pero no a todos.

Uno no es el que cuya mente piensa bien solamente del que le cae bien, y no de los otros.

Uno no es quien en parte se acusa, en parte se excusa equivocadamente.

Uno no es quien, sirviendo a Dios y por esto haciendo cosas, quiere, sin embargo, la gracia y la buena opinión de los hombres sin hacer referencia a Dios.

Uno no es quien quiere que su mente esté unida a Dios, pero a menudo la relaja con las cosas impuras.

Uno no es quien dice lo que no siente en su corazón; tiene una cosa en el corazón y otra en su boca y en realidad no es lo que hace con palabras.

Uno no es quien, en un momento quiere hacer todo, y en otro, irritado, no quiere hacer nada o sólo una parte.

Uno no es quien, despreciando el mundo, sin embargo se entretiene con él.

Uno no es quien, queriendo a Dios, no se da totalmente a Él.

Uno no es quien, queriendo ser casto, se deleita en la carne.

Uno no es quien, siendo sobrio, a veces cae en una vituperable saciedad.

Uno no es quien resiste, pero no en todo; quien vence, pero no en todo; quien ama, pero no fielmente; ni quien ama otra cosa que no sea Dios y por Dios.

Uno no es quien quiere sufrir, pero no sufrir todo lo que Dios quiere.

Uno no es quien se humilla, pero no desea ser humillado por otros.

Uno no es quien no está en santa unión con todos, ni quien no ama a todos por Dios y no aguanta a todos por Dios.

Uno no es quien, mortificando su carne y a sí mismo, teme entristecer a los otros por Dios.

Uno no es quien, viviendo en el temor de Dios, no tiene en tal temor a los otros.

Uno no es quien, deseando el Cielo, anhela la tierra; quien, caminando según el espíritu complace a menudo la carne.

Uno no es quien quiere amar a Dios, pero no odiarse a sí mismo y a sus cosas.

Finalmente *uno* no es quien no se humilla ante Dios, queriendo, pensando, hablando y actuando solamente como a Él le gusta y deja lo demás”⁸⁸.

Sin piedad para desenmascarar y corregir los defectos de los demás, Paula Antonia no duda en denunciar sinceramente los suyos, reconociéndose culpable de ternura, delicadeza, sensualidad, comodidad, arrogancia, soberbia y parcialidad. En un cierto momento decide apartarse un poco de los paulinos para que terminen -así lo escribe- “las emulaciones, envidias, rivalidades, enfados, dobleces, murmuraciones y otros males que nacen por mi culpa”⁸⁹.

Constante en ella, como en sus maestros, es la referencia a Cristo y a Cristo Crucificado, objeto de contemplación y alma del apostolado; sólo quien se ha arrojado en el horno ardiente de la caridad de Cristo y se ha quemado”⁹⁰, afirma, sólo quien se haya “calentado en el fuego de la cruz”⁹¹ podrá conquistar almas para el Señor.

Dirigiéndose a los Casados de San Pablo, la angélica se sitúa en la misma longitud de onda de Antonio María en lo relativo a la espiritualidad que debe caracterizar a los esposos cristianos. Nota al respecto Andrés Spinelli: “A los Casados de Verona, Paula Antonia, además de pedir que saluden a sus compañeras, subraya cómo los esposos deben ser el uno para el otro, no un obstáculo y freno, sino ayuda y estímulo para caminar, de etapa en etapa, hacia las metas indicadas por el Señor para una auténtica vida cristiana. Si uno de los dos fuese menos ferviente o estuviese en una etapa todavía insegura del camino, el otro debe esforzarse en ayudarlo. Al señor Lunardo Lombardo del grupo de Venecia, Paula Antonia por medio de la condesa Torelli escribe: “Salud a vuestra compañera en mi nombre y haced que sea del Señor”. La esposa viene llamada compañera con un fin pedagógico, no en el sentido actual que parece disminuir el lazo de unión, sino para indicar el camino común a recorrer, con la exhortación de que,

⁸⁸ P. A. NEGRI, *Lettere spirituali*, Op. cit., p. 463.

⁸⁹ Ibid., p. 548.

⁹⁰ P. A. Negri a Angelo Michiel, 11 de agosto de 1544 (carta inédita).

⁹¹ Ibid., 21 de agosto de 1544 (carta inédita).

haciendo camino, otros hermanos sean conquistados en el seguimiento de Cristo. Los casados, por la fuerza del sacramento, además de como bautizados, se convierten en apóstoles en sus ambientes, en la vida de todos los días, unidos a los ministros consagrados. “Os pido encarecidamente: moveos para ganar hermanos y disponeos a trabajar si queréis que vaya pronto, como es mi deseo. Os doy las gracias por lo conseguido, multiplicad los trabajadores en la viña del Cristo”.

“Así, invitando a la continencia y a la castidad conyugal, Paula Antonia apela a Antonio María cuando afirma que el matrimonio no ha sido instituido simplemente para la satisfacción de los instintos: “La castidad es esa singular virtud que convierte a las personas de terrenas en celestiales y de hombres en ángeles; es aquel lirio perfumado que hace al alma agradable a Dios, aquella que tanto gusta a Cristo que quiso nacer de una virgen y casta”. Más adelante añade con discreción: “Os conviene recordar que estáis bajo la ley del matrimonio y no podéis privaros uno del otro, más bien, como dice Pablo, alguna vez, de común acuerdo, para que podáis dedicaros a la oración”. Y después de recordar que “la carne y el espíritu no pueden estar juntos, es más son contrarios, lo que concedáis a uno se lo quitaréis al otro, si sois complacientes con o por la carne, disminuiréis el espíritu”, concluye: “Sobre este argumento sea suficiente, porque no me está permitido hablar más, pues sé que me entendéis”⁹².

De todas formas una cosa es cierta: para Paula Antonia, como para el fundador, una vez conseguida una suficiente madurez espiritual, es necesario “salir de uno mismo, pasando al corazón de los otros, predicando a Cristo con las palabras, con el ejemplo, con la vida”⁹³; también para ella hacer apostolado significa “ganar almas para Cristo Crucificado”⁹⁴. Son las mismas “palabras de fuego” de Antonio María.

⁹² A. SPINELLI, *Verso la perfezione insieme*. Attualità di un'esperienza: i “Maritati di San Pablo”, Milán 1989, pp. 96 ss.

⁹³ P. A. NEGRI, *Lettere spirituali*, Op. cit., p. 371.

⁹⁴ *Ibid.*, p. 375.

En la sede de San Bernabé

Mientras tanto, en Milán los Hijos de S. Pablo habían inaugurado la casa madre junto a la reconstruída iglesia dedicada a los Stos. Pablo y Bernabé, pero llamada comúnmente S. Bernabé; Jaime Antonio Morigia había bendecido la primera piedra el 21 de octubre de 1545. Cinco años después otra bula firmada por Julio III, tutelaba los bienes que los Clérigos Regulares tenían o habrían tenido por la compra; era un reconocimiento más de su obra misionera. Pero el futuro no se presentaba del todo rosa, estaban otra vez al acecho los “demonios visibles” contra los que Antonio María había ya puesto en guardia a sus hijos.

Capítulo XV

Bienio de temporal

La extraordinaria experiencia de los tres Colegios duró más o menos veinte años. Pocos, por desgracia, y podemos intuir los motivos. “Tal estructura”, nota el padre José Cagni, “era futurista... por ello los tiempos no supieron entenderla. Harán falta ciento cincuenta años para que la Iglesia entendiera la idea de las monjas sin clausura, y otros cuatrocientos años para aceptar la idea de la madurez cristiana de los laicos y para implicarlos en la pastoral directa”⁹⁵.

Todo se desplomó en un breve período de tiempo que el P. Antonio Gentili ha definido como “bienio de temporal”. La tormenta comenzó en el Véneto, donde desde Vicencia la feliz experiencia misionera comenzada en 1537, se había extendido a Venecia. La red de amistades y la “complicidad” para la reforma, tejida sobre todo por la angélica Paula Antonia Negri, había terminado por despertar sospechas en las autoridades de la república Serenísima; a principios de 1551, Barnabitas (podemos ya tranquilamente llamarlos así) y Angélicas, además de varias parejas de Casados, fueron acusados de espionaje por el gobernador de Milán Ferrán Gonzaga, al cual estaba unida, por particulares lazos, la condesa Torelli, que financiaba al grupo.

Tal vez este fue sólo un pretexto. No es erróneo pensar que claramente molestase la gran autoridad que una mujer ejercitaba en la iniciativa apostólica que se estaba extendiendo; no por casualidad fue puesta en el punto de mira, sobre todo ella, sino también por su “provocador” estilo que resultaba excesivo y contraproducente, y que caracterizaba la acción.

Brevemente los hechos: el 21 de febrero de 1551, sin ninguna explicación ni apariencia de proceso, se mandó a los

⁹⁵ G. CAGNI, *Alcuni orientamenti spirituali del Cinquecento barnabitaico*, en “Quaderni di vita barnabitaica”, n. 3, Roma 1979, pp. 79-80.

paulinos abandonar Venecia en el plazo de seis días, y de quince para abandonar todo el territorio de la Serenísima. La decisión se había tomado con 18 votos a favor, uno en contra y siete abstenciones (probablemente algún Casado que no se atrevió a suscribir el bando).

El comentario de Paula Antonia fue el mismo que hubiera hecho Antonio María: todos debían estar contentos de “haber sido reputados dignos de sufrir injurias por amor al Señor”⁹⁶. En el citado *Origine e progressi* de Sfondrati se afirma que “decidieron que, con la cabeza inclinada siguieran, sin protesta, la orden. Es más, queriéndose entrometer algunas personas importantes para ver y entender la cualidad de esta repentina orden, todos juzgaron que se debían olvidar estos modos externos y seguir con satisfacción la voluntad del Señor. Por esto, ordenados los asuntos que tenían pendientes, regresaron a su patria (Milán) con fiel prontitud y confianza en Dios; lo que agradaba también a todos ellos, deseando, como Hijos de Pablo, saber estar a la altura de las circunstancias en los momentos favorables y en los desfavorables”⁹⁷.

Esto era solamente el principio: los cardenales venecianos que formaban parte de la curia romana formalizaron las acusaciones en una denuncia concreta, señalando como peligrosos a los paulinos milaneses, llamados, y no sin razón, “los de Guastalla”.

A pesar de obedecer inmediatamente las órdenes recibidas, esta vez decidieron pedir explicaciones a Roma; en noviembre del mismo año los padres Besozzi y Melso se presentaron a algunos cardenales, entre ellos Carafa, Sfondrati y Ghislieri, pensando encontrar en ellos a los defensores de la propia causa. Se equivocaron, porque en enero de 1552 los dos Barnabitas fueron encarcelados, consiguiendo más tarde ser liberados gracias a la intervención de amigos, entre los cuales estaba S. Ignacio de Loyola, y llevados a su domicilio forzoso en casa de Basilio Ferrari.

⁹⁶ P. A. NEGRI, *Lettere spirituali*, Op. cit., p. 546.

⁹⁷ P. A. SFONDRATI, *Origine y progressi del monastero delle angeliche si S. Pablo di Milano*, Manuscrito en el Archivo de S. Bernabé (Milán), pp. 107-108.

El “duro” en esta situación era el cardenal Carafa, el cual evidentemente había creído a los “se dice” venecianos. Estos hicieron que el papa Julio III, en julio, nominase al cardenal Juan Alvarez de Toledo protector de los Barnabitas, y encargase a monseñor Leonardo Marini hacer una visita apostólica para reformar la congregación, devolviéndola a la verdadera disciplina religiosa. Así se conocieron finalmente las acusaciones: a los paulinos se les echaba en cara la promiscuidad en la entrada de sacerdotes y monjas al monasterio de San Pablo y al convento de San Bernabé (con las inevitables habladurías al respecto); la participación de las monjas en los capítulos de los padres y viceversa (este es el punto), además de su implicación en el gobierno y administración de los padres. Además, venía explícitamente condenado el título de “divina madre” reservado para Paula Antonia, y la lectura de libros de fray Bautista, cuya doctrina se juzgaba “escandalosa en varios puntos, temeraria en otros y herética en muchos”. Severo juicio, al final, se expresaba sobre algunas denominadas “supersticiones”, como hacer la genuflexión ante los superiores y el famoso “capítulo de las culpas”, es decir, el acusarse públicamente de los propios defectos durante las reuniones comunes.

A este respecto ha escrito padre José Cagni: “Como se puede ver la Inquisición no había entendido nada, ni de los Barnabitas ni del maravilloso proyecto puesto en marcha por Antonio María para dotar a la Iglesia de un válido ejército de reforma; o tal vez los Barnabitas habían hecho mal en no darse a conocer en Roma, como los Teatinos o los mimos Jesuitas”⁹⁸.

Desaparecen los Casados de San Pablo

Los primeros en sufrir esta dramática situación fueron los Casados de San Pablo; en 1551 se seguía hablando de ellos en

⁹⁸ G. CAGNI, *Alcuni orientamenti*, Op. cit., p. 90.

los capítulos, pero a partir del año siguiente prácticamente desaparecen.

Tachar de herético a fray Bautista significaba poner en discusión al maestro de Antonio María y a la espiritualidad que había caracterizado a las primeras generaciones de paulinos. Es necesario notar que con anterioridad los escritos del dominico habían sido plenamente aprobados por los inquisidores locales, aunque su paradójico estilo a veces podía sorprender, como podían sorprender algunos comportamientos excéntricos y provocadores de la propia Paula Antonia, ya subrayados por Antonio María (pero en el mismo período, en Roma, no menos original era el estilo de Felipe Neri, comportamientos, por otra parte, aceptados sin dificultad incluso en las “altas esferas”).

En el clima de alarma provocado por el contrataque de la reforma protestante, la fantasía y la creatividad -que habían conseguido efectos clamorosos en el campo del apostolado- se miraban con sospecha. Conviene recordar además que ya Pablo III en 1537 había mandado una investigación sobre Bautista Carioni, cuya doctrina, todavía no había sido censurada. Fue sobre todo el peso de los prelados venecianos el que indujo al Santo Oficio a condenarla, atribuyéndole viejos errores como el pelagianismo y errores nuevos que serán después codificados bajo el llamado “quietismo”, una corriente místico-religiosa formada en el siglo XVII europeo, según la cual la perfección consiste en la tranquilidad total del alma, liberada de toda disciplina y preocupada sólo por el puro amor de Dios.

No era esto lo que sostenía Bautista Carioni, pero los inquisidores -probablemente ninguno de ellos había leído sus obras- se fiaron de lo que habían oído. El Concilio de Trento había atenuado la condena sobre las obras del dominico con la cláusula *donec emendetur* (hasta que se corrijan), dejándolas mientras tanto en el elenco del Índice de los libros prohibidos, del cual, se eliminarían sólo en la época de la canonización de Antonio María. Por el momento se quemaron muchas copias,

como sabemos por una carta de Marco Antonio Pagani (1526-1589), ardiente “seguidor” de Paula Antonia y más tarde perito en el concilio Tridentino, dirigida a la ya no divina madre: “Hace pocos días”, así escribe, “algunos han ido a Borghetto con dos o tres libros de fray Bautista y con una antorcha han encendido fuego y han puesto encima aquellos “libritos” diciendo: “Estos son libros heréticos de un tal fray Bautista el apóstata”. Y esto me parece una gran necesidad”⁹⁹.

Marco Antonio Pagani no compartía la obediencia ciega hacia lo que él consideraba una persecución, por lo que en la noche entre el 28 y el 29 de julio de 1552, junto con Esteban Alemanni, abandonó el convento de San Bernabé bajando con dos sábanas atadas desde una ventana. Un mes antes, hacia finales de junio, en el monasterio de las Angélicas, donde se habían creado graves tensiones, Paula Antonia y la superiora Paula María Bonatta habían intentado, también ellas, marcharse, pero se lo había impedido Ludovica Torelli.

La “normalización”

El visitador apostólico llegó puntualmente el 29 de octubre con amplios poderes y precisas instrucciones para “normalizar” la situación; primero visitó las casas de los padres y de las Angélicas, después, el 17 de noviembre convocó el Capítulo General en el que leyó las disposiciones papales contra las cuales no se podía apelar. Estas ratificaban la separación entre Barnabitas y Angélicas, la abolición absoluta de cualquier tipo de autoridad de Paula Antonia Negri y del título de “divina” y la prohibición de tener reliquias o escritos de fray Bautista. A las monjas se les impuso la clausura, poniendo fin a su extraordinaria aventura apostólica. Los Casados -que todavía no habían obtenido la aprobación papal- desaparecieron como grupo, también porque Paula Antonia fue encerrada con una cohermana voluntaria en el monasterio de Sta. Clara en Milán, donde no podía “hablar con

⁹⁹ O. PREMOLI, Op. cit., p. 515, nota 3.

nadie excepto con la priora de Sta. Clara y con su compañera”¹⁰⁰.

El alejamiento violento de Paula Antonia suscitó reacciones opuestas entre las Angélicas, pero ella obedeció retirándose al monasterio asignado donde estuvo hasta noviembre de 1552, cuando su salud improvisadamente se agravó. Sus amigos consiguieron del senado de Milán el permiso para llevarla al campo para reponerse, pero padre Besozzi -que durante este tiempo había sido reelegido superior general de los Barnabitas- informó del asunto al cardenal Álvarez, el cual ordenó a Paula Antonia volver inmediatamente al monasterio de Sta. Clara. Otra vez, la religiosa obedeció, pero las monjas no querían aceptar debido a sus gravísimas condiciones. Entonces, fue llevada a una casa fuera de Puerta Romana cerca de San Calimero, preparada para ella por una amiga, Hipólita de Rho. Y allí la muerte le llegó el 4 de abril de 1555, a los 47 años de edad. Sus restos fueron inhumados en el monasterio de Jesús Crucificado, de las monjas de Sta. María Egiziaca, situado en la actual calle del Crucifijo. Una lápida recuerda así su memoria: *Angelica Paula Antonia di Nigris / quae calamo sexum / mundi contemptu / coelum Vicit*: La angélica Paula Antonia Negri con sus escritos superó el sexo (alusión al magisterio desarrollado particularmente con más de 130 *Cartas espirituales* que llevan su inconfundible sigla: A. P. A.) y, con el desprecio del mundo, conquistó el cielo.

En los últimos años los Barnabitas prácticamente la habían dejado de lado. Incluso el padre Soresina que había declarado en un capítulo que por medio del bando relativo a las tierras venetas se estaba cumpliendo lo predicho por el fundador, es decir: “el Crucifijo nos quiere manifestar junto con nuestra madre la infamia (cfr. 2Cor 6,8)”¹⁰¹, se alejó gradualmente de la angélica, mientras padre Besozzi ratificó la condena definitiva con motivo de la publicación de sus cartas.

¹⁰⁰

A. ERBA, L'angelica Paula Antonia Negri di Castellanza, Op. cit., p. 20.

¹⁰¹

Atti capitolari, S III, 17v.

Habiendo sido uno de los “amanuenses” a los que Paula Antonia dictaba o inspiraba sus escritos, por miedo a que las medidas disciplinarias tomadas con relación a la angélica pudieran implicar a la Congregación, sostenía que no todo era harina del saco de la mujer; tesis desmentida por un riguroso análisis del estilo y de los contenidos del epistolario. Pero la cuestión no es hoy de gran importancia; en cuanto las cartas, testifican “un aspecto que califica el primer momento paulino-zaccariano, cuando había un común pensar, un común sentir y un común actuar”¹⁰².

Para ser fieles a la verdad, es preciso decir que -al menos al principio- la mayoría de los Barnabitas estaban de acuerdo en mantener un lazo que había marcado profundamente su vida; en este sentido se habían expresado Pablo Omodei, Jerónimo del Torso, Timoteo Gropello, el vicario Antonio Marzari y Nicolas de Aviano. El mismo padre Jerónimo Marta, Superior General durante el agitado bienio, al terminar el capítulo del 9 de mayo de 1552, afirmaba que hacía falta “estar unidos con el espíritu de la madre del cual nadie quiere separarse”¹⁰³.

Por desgracia, Paula Antonia terminó por tener a todos en contra suya, debido también a los constantes roces en el interior del monasterio de San Pablo Converso, y no podía más que rendirse. Uno de sus más incondicionales defensores fue el siervo de Dios Marco Antonio Pagani; éste, en un cierto momento -como se ha dicho- abandonó la orden para entrar en 1557 entre los frailes menores y, habiendo vuelto al Véneto, realizó un intenso apostolado, ocupándose de los pobres y fundando dos institutos religiosos (el masculino de la Santa Cruz y el femenino de las “Humildes”). Su proceso de canonización está en marcha.

Un intento de rehabilitación de Paula Antonia tuvo lugar en 1575 con el padre Juan Pablo Folperto, que había sido barnabita y rector del colegio Taegi de Milán; éste se ocupó de

¹⁰² G. CAGNI, *Negri o Besozzi?*, en “Barnabiti Studi”, 6/1989, p. 217.

¹⁰³ Atti capitolari, S IV bis, 6r.

recoger el epistolario de Paula Antonia, una fuente de espiritualidad inmensamente rica, con 133 cartas de las cuales 70 editadas, una incluida en los escritos de Antonio María y las otras 62 conservadas en el archivo general de los Barnabitas en Roma. Entre las inéditas llaman la atención las 22 dirigidas al noble véneto (después barnabita) Angel Michiel, su hijo espiritual. Con razón se ha afirmado que “nos encontramos ante un *corpus* compacto que revela una sola mente y una sola mano. (...) Es documento precioso sobre los ideales que animaban no sólo a cada uno, sino a todo el ambiente de los paulinos y revela el alto grado de espiritualidad vivido por los institutos nacidos del corazón de S. Antonio María Zaccaría” y de la liberalidad de Paula Torelli. No es arriesgado pensar que, entre las obras ascético-místicas de la mitad del siglo XVI, estas cartas “ocupan un lugar que hay que tener presente en la historia de la reforma católica, como signo de la renovación y del fervor de la Iglesia tridentina”¹⁰⁴.

¹⁰⁴

P. A. NEGRI, *Lettere spirituali*. Antologia revisada por A. ERBA y A. GENTILI, Roma 1985 (pro manuscrito), p. 56.

Capítulo XVI

La expansión apostólica

El “bienio de tormenta” se había terminado con un acto común de obediencia, pagado con el precio del éxodo de los que, no sin razón, ya no se reconocían en la originaria inspiración que había hecho nacer los Tres Colegios (una docena de religiosos). Ultima “víctima”, si así podemos llamarla, del nuevo camino fue la condesa Torelli. Después de la visita apostólica, las Angélicas habían aceptado de buen grado la clausura monástica y, una parte de la comunidad, no aceptaba que personas externas continuasen frecuentando la comunidad; entre éstas, la princesa de Molfetta, mujer del gobernador de Milán Ferrán Gonzaga y gran amiga de Ludovica Torelli. Esta, en ausencia del marido, estaba a gusto en el monasterio, participando en todas las prácticas de piedad diurnas y nocturnas de las religiosas, y viviendo durante algunos días en la hospedería. Y no era la única. Así que, algunas Angélicas, molestas por este vaivén, pidieron a Roma un decreto para una clausura más estricta que prohibiera la entrada a extraños.

Todas esperaban que la condesa aceptase el nuevo régimen, nadie sin embargo se atrevía a hablar abiertamente. Para obligarla, cuenta la Angélica Anónima en sus *Memorias*, “se encontró un escrito en el cual parecía claramente que la señora condesa hubiese hecho la profesión y por esto estuviese obligada a la clausura”. Se trataba en realidad de la llamada “profesión tácita” hecha de modo privado en las manos de Paula Antonia el día de la profesión de las primeras Angélicas, pero que la vinculada sólo en conciencia, no públicamente. Esta cuestión, de todas formas, fue llevada, para ser examinada, a Roma donde prevaleció el deseo de uniformidad a las disposiciones del Concilio Tridentino; la respuesta fue

que la profesión era válida y por eso también la condesa debía aceptar la clausura por orden del Papa.

A decir verdad, ni la condesa Torelli, ni Paula Antonia ni los tres fundadores de los Barnabitas, jamás habían pensado en una vida de clausura. He aquí la reacción de la interesada, siempre según la Anónima: “La señora condesa fue avisada en secreto de la orden que estaba por llegar. Ella, convencida de que su intención no era esa, sin decir nada, se fue, como de costumbre, del monasterio por la mañana a la corte de don Fernando (Gonzaga) gobernador de sus negocios; por la noche no volvió al monasterio. Las madres la esperaron por mucho tiempo sin imaginarse qué podía haber sucedido, porque nunca, durante la noche, había estado fuera del monasterio. Al día siguiente, y muchas otras veces, le pidieron que volviese, pero ella no quiso volver, sintiéndose ofendida por la Congregación”¹⁰⁵.

Lo sucedido tuvo grandes repercusiones en el monasterio, donde comenzaron a faltar las ayudas económicas que antes la condesa Torelli garantizaba. Más tarde, la mujer compró un terreno cerca de San Bernabé en Milán y construyó el Colegio de Guastalla (actualmente sede de las oficinas del ayuntamiento y de los juzgados), que más tarde sería trasladado a Monza, en el barrio de S. Fructuoso, y que todavía existe. El edificio original, comprado por el Ayuntamiento de Milán, da nombre a la calle que lo rodea, llamada de hecho calle de Guastalla. Pasado el período de mayor tensión, la condesa “con su propia presencia”, así escribe Paula Antonia Sfondrati en la historia sobre los orígenes de las Angélicas, “alguna vez por muchísimo tiempo, en las gradas del locutorio, con indecible amor y con la compañía de amigos y familiares, nos demostraba su amor y ternura”¹⁰⁶. Cuando estaba gravemente enferma, San Carlos la visitó pidiéndole que accediera a ser enterrada en el monasterio de las Angélicas, pero ella había elegido una

¹⁰⁵

ANGELICA ANONIMA, *Memorie*, Op. cit., pp. 23-25.

¹⁰⁶

A. SFONDRATI, *Origine e progressi*, Op. cit., pp. 130-131.

capilla en la iglesia de San Fidel. Aquí fue sepultada después de su santa muerte, que llegó el 28 de octubre de 1569. En 1657, sobre su tumba fue colocada una lápida con la siguiente inscripción que traducimos del latín: “Mujer de óptima fama y religiosidad / insigne por la santidad de sus costumbres / y de suma virtud / singular por su ardiente caridad / hacia Dios / y por el desprecio de sí misma y de sus bienes”. A pesar de todo, a las Angélicas dejó en el testamento algunos inmuebles.

Pasando a la rama masculina, terminada la época que podemos definir carismática, no falta de algún desequilibrio, llegó un período de reflexión y de búsqueda para recomponer a los paulinos a través de una organización precisa, relativa al reclutamiento de personas, sus tareas y competencias (distinguiendo entre padres y conversos, es decir religiosos no sacerdotes), los criterios de su formación y un más orgánico orden jurídico. Por un cuarto de siglo, en el interior de la orden, hubo un intenso trabajo de reflexión en la búsqueda de unos motivos espirituales más homogéneos y de leyes más claras.

Los problemas no eran pocos, pero por suerte, en la guía de los Barnabitas se alternaban hombres de gran capacidad como los padres Besozzi y Omodei además de un joven de extraordinario ingenio, que había entrado en la Orden en la primavera de 1551, es decir, en plena ventisca, Alejandro Sauli. Mientras venían fundadas las primeras casas fuera de Milán; se comenzó por Pavía para aquellos que se dedicaban al estudio (1557); después las de Cremona, Casale, Monza, Roma y Vercelli.

Empezaron a aparecer los primeros testimonios sobre la vida y la santidad de Antonio María; el primero se debe a la angélica Paula Antonia Sfondrati *senior* con la obra que lleva el título de *Origine e progressi del monastero di S. Pablo de Milán*; pero muy interesantes son también las *Attestationi fatte circa la vita e morte del reverendo padre don Antonio María Zacharia*, del padre Bautista Soresina (finales del siglo XVI) y las *Memorie* de la citada Angélica Anónima (principios del

siglo XVII). Más tarde, será el momento de los historiadores Juan Antonio Gabuzio (+ 1627) y Anacleto Secchi (+ 1615) a los que se unirá después un grupo de autores del siglo XVII, cuyos escritos serán publicados póstumos; estos son los padres Carlos Bascapé (+ 1615), Agustín Tornielli (+ 1622), Ambrosio Mazenta (+ 1635), Inocente Chiesa (+ 1637), Cristóbal Giarda (+ 1649) y Lorenzo Torelli (+ 1660); el trabajo de este último, *Compendio della vita del venerabile Antonio María Zaccaría*, aunque revisado por el capítulo general de 1656, sigue inédito.

Nuevas constituciones

Volvamos un momento a aquel 1552. Una vez superado el shock, los seguidores de Antonio María pensaron, ante todo, en redactar las *Constituciones*. En los años precedentes se había discutido capitularmente sobre un texto de fray Bautista con notas de Antonio María, pero sin llegar a una redacción definitiva. Esta fue preparada en poco tiempo por el padre Melso y controlada en presencia del visitador apostólico Monseñor Leonardo Marini, el cual, la modeló según los rígidos esquemas jurídicos tradicionales, sin dejar espacio a las improvisaciones y eliminando muchas innovaciones típicas de los orígenes: éstas son las primeras *Constituciones*. Por ejemplo, el noviciado debía tener precisos límites cronológicos; la profesión no se podía hacer antes de los 25 años (que entonces era la mayoría de edad); los novicios no podían tener voz activa ni pasiva en los capítulos, y otras cosas. Las *Constituciones* reafirmaban la importancia prioritaria de la obediencia, “verdadero sacrificio del corazón”, porque los que quieren servir a Dios “no deben tener voluntad propia, sino total abnegación de sí mismos”.

Obviamente, este texto fue considerado provisional, también porque estaba en marcha el Concilio de Trento que introduciría modificaciones en la disciplina religiosa. Ya en el capítulo de 1570 se decidió una nueva redacción, en la cual se

incluirían aportaciones y sugerencias por parte de todos los Barnabitas. Con el trabajo casi acabado, la famosa peste conocida como de San Carlos (1577) obligó a retrasar el Capítulo General a Noviembre de 1578, cuando bajo la guía de Carlos Borromeo, que presidió todas las sesiones, se discutió y aprobó el texto definitivo que se hizo llegar a todos los miembros de la Orden con una carta del mismo cardenal fechada el 25 de enero de 1579. Después de ello, el 25 de abril sucesivo, Gregorio XIII aprobó y confirmó “a perpetuidad” las nuevas *Constituciones*, que fueron oficialmente promulgadas por el Capítulo General el 25 de Mayo.

La evidente inspiración cenobítica, que regía la vida de las comunidades barnabíticas, deja abierta la cuestión del campo específico del apostolado reservado a los religiosos que las *Constituciones* presentan como “ayudantes de los obispos” en la predicación y en la dirección de las conciencias, pero nada más. Esto dará a la orden un carácter de logrado eclecticismo que explica mejor aquella disponibilidad, aquel paulino hacerse “todo a todos” típico de los Barnabitas a través de los siglos. Serán después tres grandes padres generales los que darán una impronta decisiva a su historia: Carlos Bascapé (en el cargo desde 1586 a 1593), Cosme Dossena (de 1596 a 1599) y Ambrosio Mazenta (de 1602 a 1617). Bajo su impulso, los cohermanos acentuaron su preparación científica y abrieron escuelas para la instrucción y educación de la juventud.

Mención aparte merece Alejandro Sauli (1534-1592) que -afirma padre Gentili- “atravesó el cielo barnabítico como un cometa, cargado de luminosos presagios”. Al principio, cuando pidió entrar en la orden, los padres dudaban. A pesar de declarar que “se sentía interiormente llamado por el Crucifijo” y que quería entrar en la Congregación “para abandonarse totalmente en manos de la obediencia y no tener ninguna comodidad ni para el cuerpo ni para el alma”, sin embargo, había dudas debido a su edad (tenía sólo 17 años), a la clase social a la que pertenecía su familia y a la carrera que comenzaba como paje del emperador Carlos V. Él volvió a

hacer la petición, y los padres, para ponerle a prueba, le obligaron a “llevar una cruz por la plaza Mercanti (es decir en el centro de Milán) y con ella predicar sobre la vanidad del mundo”. El joven fue la mañana de Pentecostés, lujosamente vestido de paje, se puso a la espalda la pesada cruz de madera (ésta se venera todavía hoy en la casa madre de S. Bernabé de Milán) y, subido a la tarima de un titiritero, habló a la gente atónita. Este gesto memorable viene simbólicamente renovado en los noviciados de los Barnabitas por aquellos que quieren abrazar su regla.

Habiendo superado ileso la borrasca de 1552 (pensaba que todo se había resuelto); una vez sacerdote en 1556 le tocó a él, a pesar de su juventud, poner en marcha en Pavía la tradición formativa y de estudio que preparaba la nueva generación de Barnabitas. Y después de diez años, en 1567, ¡fue elegido, sin más, Superior General con solo 34 años! Su extraordinaria capacidad para gobernar le hizo pronto conocido en la curia romana y dos años después, el papa Pío V (el dominico Miguel Ghislieri, gran amigo de la orden), le nombró obispo de Aleria en Córcega. Su sucesor Gregorio XIV (Nicolás Sfondrati, que había sido su hijo espiritual) le llamó en 1591 para dirigir la diócesis de Pavía, pero, desgastado por las fatigas apostólicas, Alejandro murió en Calosso de Asti el 11 de octubre de 1592, con sólo 58 años. Fue beatificado en 1742 por Benedicto XIV y canonizado por Pío X en 1904.

Los Barnabitas le deben mucho por sus dotes de organizador y legislador; fue él quien quiso como base de la Congregación una integral formación humana, intelectual y religiosa (acentuando de modo especial la práctica meditativa y eucarística), que será una característica sobresaliente en las sucesivas generaciones barnabíticas. Y, gracias a él, comenzaron los contactos con Carlos Borromeo. El 23 de septiembre de 1565 éste hacía su ingreso solemne en la diócesis de Milán como arzobispo, dejando claro que trabajaría a tiempo pleno como pastor.

Al lado de San Carlos

El cardenal Borromeo interviene en seguida para solucionar a favor de los paulinos una discusión sobre la asignación de la iglesia de San Bernabé; habiendo muerto su titular, el canónigo Gritti, su sobrino, presentando presuntas cartas apostólicas, reivindicó su derecho como titular. La cuestión fue discutida en Roma y, gracias al gran interés de S. Carlos, se solucionó a favor de los religiosos. Desde entonces, el arzobispo llegó a ser de casa en San Bernabé; iba para descansar del cansancio de las visitas pastorales; hacía vida común con los padres y ¡les ayudaba, después de las comidas, a lavar los platos! (el gran fregadero se conserva en el jardín interior del convento). Tanto aprecio tenía hacia esa comunidad que había mantenido el fervor originario.

El santo arzobispo tuvo que resolver el grave problema de los Humillados, una antigua orden religiosa conocida, por desgracia, por su relajación y escasa disciplina, claramente contrario a su nombre. El arzobispo pensaba que su unión con los Barnabitas habría facilitado la reforma. Alejandro Sauli, que entonces era el padre general, se declaró totalmente contrario a la idea, aceptando, sin embargo, la propuesta de mandar a los padres Berna y Maletta a Cremona al convento de S. Jacobo para intentar restablecer el orden. Vistos los resultados poco alentadores, el cardenal volvió con la idea de la unión y padre Sauli nuevamente se opuso. Por otra parte, el cardenal se daba cuenta que él sólo no habría conseguido sanarles, porque los Humillados se resistían tenazmente a cualquier intento de cambio. Cuatro de ellos llegaron, de hecho, a atentar contra la vida del santo; la tarde del 26 de octubre de 1569, mientras rezaba en su capilla privada, Carlos fue herido por un disparo de arcabuz a quemarropa por Jerónimo Donato, llamado Farina. Afortunadamente la bala fue frenada por el roquete (o mejor, según el mismo cardenal, por un milagro) y también, después de esto, la orden de los Humillados fue suprimida el 17 de febrero de 1570. El

convento de Brera, una de sus sedes más prestigiosas, fue confiada a los Jesuitas que abrieron una famosa universidad, mientras otras sedes pasaron a los Barnabitas; entre éstas, la casa de San Jacobo en Cremona, y la iglesia de Sta. María en el Carrobiolo de Monza, donde se instaló el noviciado.

San Carlos confió a los Barnabitas varias tareas importantes, sobre todo la reforma de los conventos y monasterios; pero también, como en el caso de padre Bascapé, una delicada misión diplomática ante el rey de España, Felipe II, para mejorar las relaciones entre el arzobispo y el gobernador de Milán; o ciclos de predicación popular en Valtellina donde era muy fuerte la presencia calvinista (aquí se distinguió el padre Domingo Boerio). La amistad con Carlos Bascapé era de hacía mucho tiempo; después de conseguir la licencia en derecho canónico y civil, el joven se había presentado a Carlos Borromeo pidiendo ser sacerdote. El santo había comprobado su talento y su grandeza espiritual, aprobando su elección de entrar en los Barnabitas, pero pidiendo a los padres el permiso para usarle en bien de la Iglesia. Desde ese momento, el padre Bascapé se convirtió en un precioso colaborador de su arzobispo; fue él quien le atendió hasta la muerte acaecida el 4 de noviembre de 1584 y fue también su primer biógrafo. Y cuando se introdujo la causa de canonización, además de presentarse como testigo junto a numerosos cohermanos, redactó cerca de los trescientos interrogatorios del proceso, viajando después a Roma en nombre de los obispos lombardos para pedir una conclusión positiva para la causa. Carlos Borromeo fue canonizado por Pablo V el 1 de noviembre de 1610. En su honor los Barnabitas construyeron la iglesia de San Carlos ai Catinari en Roma, primer templo dedicado al más famoso obispo tridentino.

Otros Barnabitas trabajaron junto a san Carlos en su acción reformadora; además de Sauli, citaremos a los padres Besozzi, Asinari, Marta y Berna. Debemos recordar también la heroica dedicación con la que los Barnabitas, junto con otras

órdenes religiosas, se prodigaron para atender material y espiritualmente a las víctimas de la tremenda peste que asoló Milán en 1576; varios religiosos perdieron la vida. Entre éstos el citado Jaime Berna, definido por Antonio María como “amante de sufrir” y considerado por Carlos Borromeo como un santo, y Cornelio Croce; los dos murieron en el lazareto de Gentilino (hoy llamado Rotonda de la Besana), fuera de la Puerta Tosa, no lejos de San Bernabé.

Un amigo: san Francisco de Sales

Otro que apreciaba mucho a los Barnabitas fue san Francisco de Sales (1567-1622). En la primavera de 1613, el obispo de Ginebra, en viaje hacia Milán donde cumpliría un voto sobre la tumba de san Carlos, se detuvo en Turín en casa de Emanuel I de Saboya. Ya que iba buscando religiosos a los que confiar el colegio Chappuys de Annecy, rechazado anteriormente por los Jesuitas bajo la presión de otras ofertas; habló del asunto con el duque y éste le puso en contacto con los Barnabitas, que trabajaban en la parroquia de S. Dalmazzo. Aquí fue acogido cordialmente y, después de una rápida visita a la casa de Vercelli, fue a Milán alojándose en San Bernabé, en la habitación que solía usar Carlos Borromeo. Al padre general Ambrosio Mazenta, Francisco de Sales expuso su problema y los padres aceptaron dirigir el colegio de Annecy, donde también se dedicaron a la catequesis de cuatro iglesias de la ciudad y -cuando faltaba el obispo- a la atención espiritual a las monjas de la Visitación, fundadas por él.

Con el tiempo, se fortaleció la familiaridad del obispo con los Barnabitas, hasta tal punto que el 7 de mayo de 1617 fue afiliado a la Congregación por el Padre General Domingo Boerio. Desde Annecy, los hijos de Antonio María fueron llamados -gracias a la mediación de monseñor- a Thonon, en el Chiablèse y en Francia. Padre Justo Guérin, mandado como ecónomo del colegio Chappuys, se convirtió en lo que padre Bascapé había sido para san Carlos; fue él quien recogió el

material necesario para el proceso de canonización de Francisco de Sales al que sucedió como obispo de Ginebra. Siempre los Barnabitas tendrán un papel determinante, a través del cardenal Luis Bilio, para que el santo fuese proclamado doctor de la Iglesia por Pío IX. No por casualidad, junto a Carlos Borromeo, Francisco de Sales fue declarado patrono de la orden.

Al servicio de la Iglesia.

En 1662 la sede general de la orden se traslada de Milán a Roma y desde entonces las relaciones entre los Barnabitas y la Santa Sede se intensificaron. Con razón el padre Gentili define como “siglo de oro” la última parte del siglo XVII y todo el XVIII por la incisiva presencia de los hijos de Antonio María en el campo cultural, en la predicación, en la guía de las conciencias y en las misiones. Su actividad científico-literaria exigiría un capítulo aparte, ya que se debería hablar de enteras generaciones de religiosos justamente famosos por su nivel cultural. Sólo un ejemplo: siendo general padre Bascapé, que incrementó los estudios, con ocasión de la toma de posesión de la diócesis milanesa por parte de Federico Borromeo el 28 de agosto de 1595, los jóvenes Barnabitas organizaron un encuentro en el que hablaron Julio Cavalcanti, don Carlos Bossi y don Bartolomé Gavanti, respectivamente en latín, griego y hebreo, tal era su familiaridad con estas lenguas.

Con el tiempo, los religiosos se especializaron en la enseñanza, abriendo sus propios colegios a alumnos externos de Italia y del extranjero. Para empujarles en esta dirección estaban los papas, los obispos, las autoridades locales y los bienhechores; sólo en Italia, hasta 1780, después de las escuelas Arcimboldi de Milán (1608), habían abierto otras en Udine, Foligno, Asti, Florencia, Pisa, Livorno, Alesandria, Lodi, Génova, Bérgamo, Tortona, Turín, Milán (el colegio Longone y el de los Stos. Simón y Judas), Aosta, Arpino y Bolonia. La enseñanza se estructuró en un verdadero ciclo educativo en los

seminarios y en los internados. El último escalón fue la entrada en la enseñanza universitaria.

De aquí surgieron cultores de los estudios clásicos como Pedro Rosati (1834-1915), que empalma con la ilustre tradición de los padres Salvador Corticelli (1690-1758) autor de una famosísima gramática italiana, y Onofrio Branda (1710-1776) famoso por su polémica con Parini. Historiadores de la estatura de Agustín Tornielli (1543-1622) que comenzó la publicación de los *Anales eclesiásticos*, y bibliófilos de la fama de José Boffito (1864-1944). Insignes arqueólogos, entre los cuales, Luis Bruzza (1813-1883) y Umberto Fasola (1917-1989), el egiptólogo Luis Ungarelli (1779-1845) fundador del Museo egipcio del Vaticano y el asiriólogo Luis Cagni (1929-1998). Ilustres científicos como Ambrosio Mazenta (1565-1635) arquitecto al que se le debe la catedral de Bolonia, Pablo Frisi (1728-1784) matemático e hidráulico, Francisco Denza (1834-1894) fundador del Observatorio vaticano, Timoteo Bertelli (1826-1905) sismólogo, inventor del termómetro que lleva su nombre. Pero también filósofos como el cardenal Segismundo Gerdil (1718-1802) autor del *Anti-Emilio*, padre Domingo Bassi (1875-1940) pedagogo y el filósofo Vicente Cilento (1903-1980). Por no hablar de biblistas, teólogos, moralistas, canonistas, liturgistas y estudiosos de espiritualidad, cuyos nombres llenarían muchas páginas. Y especialmente santos: valga por todos el Apóstol de Nápoles, el carismático y taumaturgo Francisco Javier María Bianchi (1743-1815), canonizado por Pío XII en 1951.

La actividad misionera, ya comenzada en tierras de los Grigioni y en el Verano, donde estaba arraigada la reforma protestante, tuvo una salida imprevista hacia el Extremo Oriente en el siglo XVIII cuando Clemente XI confió a algunos padres una delicada misión en China: poner de acuerdo a los Dominicos, Franciscanos y Jesuitas que tenían opiniones distintas en cuanto a aceptar los ritos locales en la religión cristiana. Pero por dos veces los intentos fracasaron, sobre todo por la hostilidad del emperador chino hacia los

recién llegados. Con Benedicto XIV un grupo de misioneros Barnabitas pudo finalmente llegar a Birmania donde, entre varias vicisitudes debido al desarrollo político local, imprevistos y desgracias (entre ellas un naufragio), desarrollaron una eficaz acción apostólica y cultural, pero al final tuvieron que marcharse. Algunos pagaron con su sangre el heroísmo, entre éstos en agosto de 1756 monseñor Pablo Nerini, que se había negado a entregar a las mujeres refugiadas en la iglesia. Los mismos militares encargados de la ejecución intentaron salvarle llevando al rey la cabeza de un sacerdote portugués. Pero, descubiertos, tuvieron que matar a golpes de lanza al barnabita. La misión en Birmania continuó hasta que en 1830, el entonces padre general José Peda, la devolvió en manos del Papa Pío VIII.

Las *Constituciones* establecían que los religiosos trabajasen en la Iglesia como “ayudantes de los obispos”, con la condición de que no aceptasen trabajos, encargos o dignidades ajenas a los propios de la orden; en otras palabras, existía incompatibilidad entre el hábito religioso y los cargos eclesiásticos. El padre Dossena había trazado una precisa línea a este respecto: aceptar las cargas, huir de los honores, trabajar en la Iglesia como Barnabitas y sólo como Barnabitas. Por esto, se había opuesto al nombramiento episcopal de algunos ilustres cohermanos. “Pero, comenta padre Gentili, ¡ni padre Dossena, ni los Barnabitas que le siguieron huyeron a la lógica de las cosas! Esta fuerte resistencia a los cargos reflejaba un dato de hecho: el aprecio de los papas por las dotes y las capacidades de los Barnabitas y, al mismo tiempo constituía la mejor garantía de que las otras tareas que se les confiaran, se llevarían a cabo sin ambiciones terrenas o codicias, sino con celo y espíritu sobrenatural. No había acaso dicho el cardenal Antonio Barberini, hermano del papa Urbano VIII, notificando al Padre General Agustín Gallicio el nombramiento de padre Guérin, habiéndose llegado a ello después de dos inútiles

tentativas: “Es a las personas como éstas a las que es necesario dar cargos, no a los que luchan por obtenerlos”¹⁰⁷.

Al papa no se le podía decir que no. Después de los padres Sauli y Bascapé, le tocó al propio padre Dossena el nombramiento de Obispo de Tortona. Y en 1695 Jaime Antonio Morigia (1633-1708), designado arzobispo de Florencia, fue también el primer cardenal barnabita. Inocencio XII lo había tenido *in pectore*, es decir en secreto hasta 1699 cuando le confirió solemnemente la púrpura. Y con Jaime Antonio Morigia y Segismundo Gerdil es necesario citar entre los purpurados insignes de la orden a Luis Lambruschini (1776-1854) y Luis Bilio (1826-1884), éstos dos últimos, en particular, han unido su nombre a la preparación y a la realización de dos grandes momentos de la iglesia del siglo XIX, la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción (8 de diciembre de 1854) y la celebración del Concilio Vaticano I (1869-1870) durante el cual se definió la infalibilidad del Papa cuando habla *ex cathedra*.

Los tres colegios hoy

Barnabitas y Angélicas vieron abrirse el siglo XX bajo los mejores auspicios y, en los años cincuenta, pudieron contar con dos prestigiosos guías: Ildefonso Clerici (1883-1970) Padre General desde 1937 a 1952 y Juana Francisca Brambini (1910-1971), Madre general desde 1946 hasta 1970.

La tradición educativa tiene en este período prestigiosos internados, a los que se unen los externados, que respondían mejor a las exigencias pedagógicas muy atentas al vínculo con las familias de procedencia. No de menor importancia aparece el apostolado en los oratorios, que había tenido en el padre Fortunato Redolfi (1777-1850) un verdadero pionero; en su modelo se había inspirado el propio Juan Bosco. Por no hablar del seminario para los clérigos pobres levantado en la diócesis de Milán por el padre Luis Villoresi (1814-1883) y que cuenta

¹⁰⁷

A. GENTILI, *I Barnabiti*, Op. cit., p. 201.

entre sus miembros con un sacerdote candidato al honor de los altares, el venerable Luis Talamoni, fundador de las monjas Misericordinas.

En el campo ecuménico sobresalen dos religiosos de relieve que se habían pasado al catolicismo y hecho Barnabitas: el ruso Agustín Suvalov (1804-1859) y el noruego venerable Carlos Schilling (1835-1907), los dos vinculados al gran apóstol de la unidad cristiana padre César Tondini (1839-1907).

La renovación cultural en un período caracterizado por los fermentos del modernismo, encontró en el Siervo de Dios padre Juan Semeria (1867-1931) un exponente importante que ha dejado una significativa huella en el campo apologético y oratorio, para llegar a las cimas de la más increíble caridad después de la guerra de 1915 al 18. Junto al de don Juan Minozzi, lleva su nombre la Familia de los Discípulos fundada en 1925 para acoger huérfanos del susodicho terrible conflicto.

Signo de la renovada vitalidad de los institutos zaccarianos fue la vuelta a la actividad misionera en América Latina y en África, siguiendo el deseo del fundador que quería que fuese anunciada “la viveza espiritual y el espíritu vivo por todas partes”.

Por otra parte se comienza a reconstruir el diseño original de los Tres Colegios, después de la desaparición de los Casados y la extinción de las Angélicas. Estas habían sufrido el golpe de la Revolución francesa y, obligadas a no aceptar novicias, desaparecieron en 1846 con la muerte de Teresa Trotti Bentivoglio, que tuvo la astucia de entregar al padre Espíritu Corti preciosos documentos de archivo. Aquellas que San Carlos Borromeo definía como “las piedras preciosas” de su mitra episcopal y que iluminaron con su vida ejemplar sus monasterios, conocieron a partir de 1879 un verdadero renacimiento según su inicial línea apostólica, sobre todo gracias a la venerable Flora Bracaval (1861-1935) cuyos restos reposan en la comunidad de las Angélicas en Arienzo (Nápoles). Igualmente el Tercer Colegio volvió a renacer con

varias iniciativas, entre ellas en Francia con la Tercera Orden Barnabítica (1870) y en Italia la Liga de S. Pablo (1919), hasta llegar a la fundación del Movimiento de los Laicos de San Pablo (1986) que comenzó su andadura con el lema “o se es tres o no se es uno mismo”.

Tampoco podemos callar la irradiación del carisma zaccariano a través del nacimiento de familias religiosas por obra de los Barnabitas, como las Hijas de la Divina Providencia (1832), las monjas de la Preciosísima Sangre (1876), las Pequeñas Obreras del Sagrado Corazón (1935) y las Misioneras de Santa Teresita en Brasil (el Siervo de Dios monseñor Coroli, Braganza 1954). A éstas se une el instituto secular de las Discípulas del Crucifijo (1958).

Con la llegada del Concilio Vaticano II, las familias zaccarianas entran en un período nuevo de su historia, en ciertos aspectos todavía inédito; período marcado no sólo por la vuelta a la intuición original (es decir, aquella “reforma” incesante de la vida consagrada que está escrita con letras de oro en el magisterio de nuestro santo), sino también por su actualización en la sociedad moderna acogiendo su lenguaje, sus aspiraciones y viviendo sus contradicciones.

“Nacimos casi como un reparto de élite para servir a la Iglesia inmersa en la gigantesca obra de la reforma postridentina”, afirma el Padre General Juan Villa en la entrevista de Victorio Messori. “Una pequeña brigada, pero de intervención rápida, a menudo en tareas importantes y tal vez prestigiosas. Con una ductibilidad y una elasticidad que pueden ser preciosas también hoy, en una Iglesia todavía comprometida en una hora postconciliar”¹⁰⁸.

¹⁰⁸

V. MESSORI, Religioso Task Force, en “Jesus”, febrero 2001, pp. 70-71.

Capítulo XVII

Ininterrumpida fama de santidad

Había muchos que, ya en vida, consideraban santo a Antonio María Zaccaría. Fueron más después de su muerte. La iglesia de San Pablo Converso, donde, desde 1566 estaban expuestos a la vista los restos para la veneración pública, veía alternarse a los Padres y a las Angélicas, pero también a gente común que se encomendaba a la intercesión del siervo de Dios, obteniendo sus gracias. Esta fama de santidad era alimentada por los testimonios autorizados de quienes habían conocido a Antonio María y su obra: Pío V, Carlos Borromeo, Ignacio de Loyola, Francisco de Sales, Felipe Neri -todos más tarde canonizados- hablaban siempre bien de él y de los dos cofundadores, los cuales, ya en la abundante iconografía del tiempo, eran representados con aureola y el título de beatos. Esto es lo que se lee en una lápida colocada bajo un retrato de Antonio María expuesto en la iglesia de San Vicente, en Cremona: “Famoso por los milagros, por la virginidad, por el don de profecía y por la capacidad de expulsar demonios”. Y en otro lugar de la ciudad hay un largo epígrafe en latín grabado sobre una columna que reproducimos traducido:

PARA ANTONIO MARIA ZACCARIA
Ángel en forma humana y hombre angelical
Fundador de los Clérigos Regulares de San Pablo
De las Vírgenes Angélicas
Y de Pías Sociedades
Destructor de los vicios, cultor de la castidad
Restaurador del culto divino
Celador ferviente de la salud de las almas
Sembrador de la divina Palabra
Fiel imitador de San Pablo
Trabajador incansable en la viña del Señor
Constante enemigo del mundo y de la carne

Enemigos suyos
Vencedor de los demonios
Por su caridad, llama ardiente del eterno Espíritu
Ciudadano del Cielo donde ahora mora
La ciudad de Cremona
Que protege y nutre a sus hijos
Llena de admiración por su conciudadano
Convertido en conciudadano de los ángeles
En señal de alegría
Por sus heroicas gestas
Siempre en los tiempos futuros se alegra agradecida¹⁰⁹.

Estas palabras encierran la síntesis de la vida y la obra de Antonio María. A la difusión del culto popular y de su fama de santidad no hubo respuesta inmediata por parte de los Barnabitas para introducir el proceso de canonización.

Entre 1620 y 1621 el Padre General Mazenta ordenó la apertura de la tumba y, con sorpresa, vieron que el cuerpo de Antonio María estaba incorrupto. Como no había ninguna angélica presente para el reconocimiento, algunas de éstas, después de algún tiempo, quisieron desenterrar el ataúd de noche con la ayuda del jardinero. Pero, mientras excavaban, se desencadenó un violento huracán que se interpretó como un aviso del cielo para que no lo hicieran.

Para detener por sorpresa la veneración de los tres beatos cofundadores, llegó en 1625 un *breve* de Urbano VIII con el cual se prohibía todo culto público a los difuntos que no hubiesen sido oficialmente beatificados o canonizados por el Papa. Esta prohibición se podía derogar sólo por consenso unánime de la Iglesia, o por un indulto especial del pontífice, o por decreto de la Congregación de los Ritos o, en el caso de que el difunto gozase de culto público, por más de cien años sin ninguna oposición por parte de la Santa Sede. Por desgracia, desde la muerte de Antonio María sólo habían pasado 95 años. Hizo falta un regular proceso de beatificación,

¹⁰⁹

A. M. TEPPA, *Vita di S. Antonio María Zaccaria*, Milán 1987, pp. 238-239.

pero justo cuando estaba para comenzar la causa, en 1630, volvió a explotar el azote de la peste que hizo estragos entre los Barnabitas (más de cien muertos). Sin embargo, desde el cielo Antonio María enviaba señales alentadoras. Los historiadores cuentan que en 1643, en el monasterio de las Angélicas, una conversa, Dorotea Antoniola, se detenía a menudo a rezar ante una imagen de Antonio María colgada en la entrada, en el vestíbulo donde está enterrado el fundador, la imagen tenía delante del nombre de Antonio María la letra “B” (beato). Una cohermana, Hipólita María, en obediencia a las nuevas disposiciones papales, borró la letra. Pero, al día siguiente la letra apareció. Hipólita, creyendo que la imagen vieja había sido sustituida por una nueva, borró nuevamente la “B”, pero ésta aparecía regularmente. Y así varias veces, hasta que la obstinada cohermana se convenció de que no era una broma.

En 1664 la situación se convirtió en un misterio; las Angélicas, a pesar de la prohibición de Roma y del superior de los Barnabitas, con el permiso oral del arzobispo, intentaron nuevamente desenterrar el cuerpo de Antonio María. Ninguna de ellas recordaba con exactitud el lugar de la sepultura, se sabía que estaba colocada delante de la puerta del vestíbulo que daba al cementerio de la comunidad. Pero había dos puertas y las angélicas excavaron en el lugar equivocado, recogieron los huesos en una caja y los colocaron en un nicho junto al lugar donde los habían encontrado. Muchos creyeron que se habían encontrado las reliquias auténticas y comenzó, secretamente, la veneración. ¡La solución del misterio no llegó hasta 1890!

El culto, mientras tanto, continuaba a nivel popular, a pesar de todo. En una sala de la casa de Crema, donde los Barnabitas estaban desde 1661, delante de un cuadro de Antonio había un constante ir y venir de fieles de Milán, Lodi, Monza, Verona, Venecia y hasta del Tirol, atraídos por las noticias de las milagrosas curaciones obtenidas por su intercesión. La sala con el tiempo se transformó en un

verdadero santuario. Y fue aquí donde, el 6 de julio de 1747, sucedió el famoso “milagro del lirio”. Padre Faustino Premoli, incansable promotor del culto al Fundador, se preparaba para dar la bendición a un grupo de devotos, cuando la imagen de Antonio María Zaccaría, que tenía entre las manos un lirio, se iluminó con una luz intensísima y, mientras la flor se inclinaba sobre la izquierda, Antonio María alzó la mano derecha para bendecir a los presentes. Aquel cuadro, obra de Tomás Picenardi, está expuesto a la veneración de los fieles en la iglesia milanesa de S. Bernabé.

Seis meses antes, el Papa Benedicto XIV decidió que en las causas de beatificación eran suficientes las pruebas indirectas, siempre que fuesen perfectas en su género; esto empujó a muchos a pedir a la Santa Sede que condonara los cinco años que faltaban para los cien que habrían *ipso facto* autorizado el culto al beato. Pero los Barnabitas prefirieron seguir el camino normal y sólo en 1801 el capítulo general decidiría la introducción de la causa. La ingente masa de testimonios recogidos, superado el examen de la Congregación de los Ritos, permitió comenzar el proceso el 20 de septiembre de 1806. El 8 de junio de 1833, en presencia de Gregorio XVI, tuvo lugar el encuentro general para declarar la heroicidad de sus virtudes. El veredicto fue muy positivo (de sus 33 miembros sólo 3 votos fueron negativos). A pesar de ello, el Papa, que había elegido como secretario al barnabita cardenal Lambruschini, quiso aplazar la publicación del decreto, en espera de tiempos más tranquilos. Esta insólita decisión fue motivada al parecer por la opinión, fuertemente crítica, que uno de los consultores hizo llegar al Papa. Este, en fecha 29 de septiembre de 1835, escribió un documento, recientemente sacado a la luz por el padre Sergio Pagano, prefecto del Archivo Secreto Vaticano, en el cual se hacía ver el lazo que existió entre Antonio María y fray Bautista, cuya enseñanza había sido calificada de quietismo, además de la relación que, como director espiritual tenía Antonio María con Paula Antonia Negri, caída en desgracia tras la muerte del Santo.

Reconocer, por tanto, las virtudes heroicas del fundador era - así pensó el Papa- ofrecer un pretexto más a la denigratoria campaña contra la Iglesia que parecía desmentirse a sí misma y por lo tanto contradecir su propio magisterio. De aquí que pasara a su sucesor el espinoso dossier, convencido de que “la publicación del decreto sobre las virtudes del venerable Antonio María (...) en tiempos más propicios y tranquilos podría hacerse para bien de la Iglesia”.

Muerto diez años después Gregorio XVI, su sucesor Pío IX, desterrado en Gaeta, el 2 de febrero de 1849 promulgó el esperado decreto en presencia del rey y de la reina de Nápoles junto con algunos cardenales”¹¹⁰.

Tres milagros

Para declarar beato o santo a un siervo de Dios, la Iglesia pide una especie de prueba clara y evidente sobre su capacidad de interceder ante Dios, es decir, un milagro, generalmente una curación instantánea y duradera no explicable en base a nuestros conocimientos científicos. Contamos los tres casos - sucedidos entre 1873 y 1876- que fueron decisivos para la canonización de Antonio María.

Los dos primeros se refieren a personas de la misma familia: Paula y Francisco Aloni, de Cremona. Ella, a los quince años tenía una enfermedad calificada por los médicos de entonces como reumática y nerviosa, que le provocaba fortísimos dolores en los riñones, en la espalda y en la cabeza. Ingresada en el hospital durante casi tres años, salió como había entrado. Sus condiciones empeoraron en 1856 complicándose con un tumor maligno en la garganta al cual, después de ser operada, le siguió otro bajo la axila. Viene dada de alta sin esperanza y obligada a permanecer en cama hasta 1873, cuando, convertida en un esqueleto, se le administraron los últimos sacramentos. Para los médicos estaba desahuciada desde hacía tiempo. El párroco, junto con el Viático, le llevó

¹¹⁰

S. PAGANO, *I processi di beatificazione e canonizzazione di Sant'Antonio M. Zaccaria*, en “Barnabiti studi”, 14/1997, pp. 125-137.

una imagen y una reliquia de Antonio María, exhortando a todos a comenzar una novena de oración. Al terminar ésta, el 25 de mayo, hacia las 4 de la tarde la joven se animó, cogió fuerzas, salió de la cama, pidió algo de comer y de hecho fue a la iglesia a dar gracias al Señor. ¡Y pensar que pocas horas antes, los que la atendían le habían acercado a los labios una vela encendida para ver si respiraba todavía! Los médicos, estupefactos, confirmaron después la curación como completa, duradera e inexplicable desde el punto de vista clínico.

Su hermano Francisco, doce años mayor, trabajaba como herrero, a pesar de no tener buena salud (sufría desde pequeño molestias en los ojos que se le inflamaban frecuentemente). Cayendo de un caballo se había roto la pierna derecha, no pudiendo trabajar. Con el tiempo, la articulación comenzó a hincharse y a llenarse de llagas que se convirtieron en un tumor irreversible. Ingresado en 1876 en el hospital de los Hermanos de San Juan de Dios, después de dos meses, le dieron el alta sin ninguna esperanza de curación. Su hermana, que tres años antes había sido curada milagrosamente, le hizo la señal de la cruz en la pierna enferma con la reliquia de Antonio María diciendo: “Por intercesión del venerable Antonio María, Dios te cure de este mal”. Después, con su hermano, comenzó una novena, rezando con fe. El noveno día, exactamente el 23 de octubre, sucedió la improvisada curación. Al quitarle las vendas de la pierna, esta apareció completamente sana, hasta el punto de que Francisco pudo volver sin problemas al trabajo.

El tercer signo prodigioso tuvo lugar en Castagnolo Minore, a pocos kilómetros de Bolonia; protagonista Vicente Zanotti, un campesino que desde joven sufría de “mala sangre” (así se llamada entonces), es decir, de varices en la pierna izquierda que, con el tiempo, le provocaron dolorosas heridas, algunas le llegaban al hueso. Durante cuarenta años, el pobre buscó remedios en los medicamentos; éstos le calmaban el dolor pero no solucionaban el problema. Un día encontró a un amigo guardavías, Próspero Bianchi, devoto del

“beato Antonio María” (así le llamaba). Este le dio para que lo leyera un perfil biográfico de Antonio María y una reliquia, exhortándole a hacer una novena. El pobrecillo comenzó la misma noche a rezar y poco a poco, según pasaban los días, su situación mejoraba. Antes de descubrir la parte llagada sobre la que había puesto la reliquia, quiso añadir, por seguridad, un triduo de oración y, al terminar, la herida había desaparecido. Vicente Zanotti volvió a andar rápidamente sin ningún dolor. También esta vez el “doctor” Antonio María había demostrado que era un óptimo médico.

Ante este tipo de sucesos, no fue difícil convencer a León XIII de que era justo volver a permitir oficialmente el culto al beato; lo que él hizo solemnemente el 3 de enero de 1890, apoyado también por un excelente trabajo de documentación realizado anteriormente por el padre José Graniello, que sería después distinguido con la púrpura. En este momento llegó la solución al “misterio” de la tumba de Antonio María: mientras se discutía sobre la validez de los tres milagros de cara a la canonización, se decidió examinar los restos mortales del beato y el 20 de junio de 1890 en presencia de los delegados del arzobispo y de dos reconocidos médicos milaneses, se abrió la famosa caja que se había trasladado a S. Bernabé. Y con amarga sorpresa, los expertos -entre ellos el célebre osteólogo profesor Bercigli del Instituto Superior de Florencia- dijeron que los restos no podían pertenecer a Antonio María. Entonces se supuso que, en su momento, se hubiese excavado en un lugar equivocado; esto creaba un problema más, ya que el cementerio de las Angélicas había sido limpiado después de la supresión del monasterio, decidida por Napoleón en 1810.

Más o menos después de un año, tras haber consultado los documentos del archivo de las Angélicas, se identificó el lugar en el que se encontraba la otra puerta del vestíbulo y finalmente, el 8 de mayo de 1891, en la excavación apareció un largo esqueleto, desde la cabeza al fémur (lo demás se había perdido). El profesor Bercigli esta vez sentenció que

estos restos pertenecían a un hombre muerto sobre los cuarenta años. Posteriores investigaciones confirmaron la autenticidad de los restos y pocos días después, el 13 de Mayo, León XIII autorizaba la reapertura del proceso de canonización.

Capítulo XVIII

Solemne canonización

Entre diciembre de 1895 y enero de 1897 se discutieron y aprobaron los tres milagros. El 14 de febrero, con ocasión de la lectura del decreto de aprobación, el Papa recibió en audiencia al Padre General Benito Nisser, con cinco padres y cinco estudiantes. Pocos meses después, exactamente el 27 de mayo, en la basílica de S. Pedro el Papa declaraba santo al fundador de los Barnabitas y de las Angélicas junto con el beato Pedro Fourier (1565-1640), fundador de las Canónicas de S. Agustín de la Congregación de Notre Dame y reformador de los Canónigos Regulares Lateranenses. La *bula* de canonización “*Dilectus Domini*”, que llevaba las firmas del pontífice y de 23 cardenales, número muy alto para la época, ponía la fecha para la ceremonia el 27 de mayo, festividad litúrgica de la Ascensión de Jesús, “autor de la salvación humana, alegría de los corazones, artífice de la redención del mundo, vencedor por noble triunfo que se sienta a la derecha del Padre”.

La celebración en la basílica vaticana representaba no sólo un hecho excepcional sino una novedad, ya que las dos anteriores realizadas por León XIII habían sido presididas por éste en el aula llamada de las bendiciones, respectivamente, la de Juan Bautista de Rossi (Genova, 1698-1764), Lorenzo Russo (Bríndisi, 1559-1619), Benito José Labre (Amettes, 1748-1783) y Clara de la Cruz (Montefalco, 1268-1308) el 8 de diciembre de 1881 y el 15 de enero de 1888, por los siete fundadores de los Siervos de María. Estos son los motivos por los que la *bula* explica la decisión: “Para satisfacer totalmente el deseo de los fieles y para engrandecer la majestad del rito, ha parecido bien que la celebración se celebre en el templo más grande de todo el mundo, según la antiquísima costumbre, que la tristeza de los tiempos y la luctuosa prisión del Vicario

de Cristo habían obligado a interrumpir. Como, de hecho, por el inescrutable designio de Dios esta prisión continúa, consideramos oportuno que los fieles multipliquen sus oraciones todavía más fervientes ante el sepulcro de los Santos Apóstoles, para que finalmente Dios se digne convertir y humillar a los enemigos de la Santa Iglesia”.

Era el momento de la Cuestión Romana y el pontífice aprovechó la ocasión para reafirmar ante el mundo el derecho a la soberanía, también temporal, de la Santa Sede. La *bula*, de hecho, además de dar las indicaciones para incluir la fiesta de San Antonio María en el Martiriológico el día 5 de julio, invitaba a los cristianos a luchar por la verdadera libertad y dignidad de nuestra alma, por Cristo y por los derechos de la Iglesia: “Por todas partes, en contra de estos santísimos y augustísimos nombres, se mueve una guerra muy atroz: en Italia de modo más tétrico e indigno, en Italia, donde Cristo puso la sede principal de su Reino, que hombres sacrílegos se glorían de haber disminuido celebrando una maldad nefasta con solemne rito civil, como si fuesen los grandes de la patria, es más, el orgullo del genero humano, y no se avergüenzan de perpetuarla construyendo un enorme monumento junto a la cruz destruída. Dios óptimo y sumo nos ayude y, por intercesión de S. Antonio María, sea propicio a nuestra petición, favorezca nuestras iniciativas, nobilísimos italianos, que por Cristo y la Iglesia combatís fuertemente y no os habéis dejado mover de vuestra firmeza, arrastrados por el error de los necios”. Lenguaje duro y de extrema claridad, que sonaba como una invitación a demostrar en esta ocasión la propia fe en la Iglesia. Fue imponente esta demostración de los fieles.

“La Civiltá cattolica”, el prestigioso quincenal de los Jesuitas, en su rúbrica “Cronaca contemporanea”, dedicó seis páginas al solemne rito, subrayando cómo en S. Pedro (a puerta cerrada, por persistir el problema con el estado italiano) había una treintena de cardenales, más de 240 entre patriarcas, arzobispos, obispos y abades ordinarios, mientras a la ciudad habían llegado más de sesenta mil peregrinos de toda Europa.

De Milán habían llegado más de mil, guiados por el arzobispo, el beato cardenal Andrés Carlos Ferrari (1850-1921) y por varios obispos lombardos. En el interior del templo, precisamente sobre la puerta mayor, encima de las estatuas de Sta. Elena y de S. Andrés estaban los estandartes que recordaban las escenas de los tres milagros aprobados para la canonización.

Para la ocasión, el coro de la Capilla Sixtina, dirigido por el maestro Domingo Mustafá, cantó la *Missa papae Marcelli* de Palestrina y en el ofertorio el motete *Cantate Domino* del mismo director. Según el periodista de “Civiltá Cattolica”, fue una ejecución espléndida “como tal vez no se había escuchado nunca bajo la inmensa cúpula de Miguel Angel. (...) Desde lo alto de la cúpula, las voces de los ciento setenta jóvenes respondían angelicalmente al poderoso coro de la basílica”¹¹¹.

Adornos en 8 Km. y 1570 velas

Después de la proclamación de los dos nuevos santos, todas las campanas de las iglesias romanas sonaron a fiesta durante una hora. Sólo por la tarde, la basílica fue abierta a los fieles que no habían podido asistir a la ceremonia, mientras, por la noche, el columnado de Bernini y la fachada de S. Pedro fueron iluminados con linternas y antorchas que hacían un bellissimo efecto. Piénsese que los adornos de la basílica, proyectados por el arquitecto de la Fábrica de S. Pedro, el profesor Andrés Busiri, costaron 240.000 liras, hoy unos 155.000 euros. En el exterior, sobre las tres puertas de la basílica, se habían colocado inscripciones y en la cornisa de la puerta mayor estaba colocado el cuadro de la *Gloria* pintado por Salvador Nobili, director del Estudio del Mosaico Vaticano. En el interior, se veían los grandiosos arcos del ábside de la nave del crucero con 44 metros de alto. De las grandes arcadas colgaban telas de color rojo llenas de estrellas

¹¹¹

“La civiltá cattolica”, 23 de Mayo-5 de Junio 1897, quaderno 1126, pp. 727-731.

con toques de oro y franjas en los laterales. También las ventanas y las galerías habían sido adornadas en rojo y oro, así como los grandes pilares, mientras las cornisas estaban recubiertas de damasco. ¡De hecho, se emplearon casi 8 kilómetros de tela! En el ábside se levantaba el trono papal con su majestuoso dosel de 12 metros de alto, con dos enormes estatuas de los Stos. Pedro y Pablo. En el fondo de la iglesia, con once metros de alto, sobresalía el escudo papal entre dos medallones con los retratos de los dos santos.

¿Qué podemos decir de la iluminación? De las arcadas colgaban 23 lámparas con cerca de 250 velas, y en los brazos del crucero otros dos candelabros de unas dos toneladas con 450 velas cada uno y un diámetro de 10 metros. Finalmente, a lo largo de la cornisa de la nave principal, se habían colocado 2570 luces. Imaginemos las acrobacias que tuvieron que hacer los encargados de encenderlas (eran 350) aquel día. No faltaban las medidas de seguridad y los servicios indispensables por la duración de la ceremonia: aseos para el Papa (detrás del trono pontificio), dos lugares para la atención sanitaria de rápida intervención y otros cuatro distribuidos por la basílica. Unos sesenta bomberos vigilaban para evitar el riesgo de incendio. Para este enorme trabajo la basílica estuvo cerrada durante cinco días, del 22 de mayo hasta la mañana del 27.

Este acontecimiento tuvo gran impacto entre la población debido a la extraordinaria participación de la gente y de los prelados; desde el Concilio Vaticano I, no se veía nada igual en Roma. El rey Umberto I -decía también “La civiltà cattolica”- “ha salvado su dignidad retirándose aquellos días a Milán para asistir a las carreras en S. Siro. En cuanto a la capital del reino, así la describe un liberal en la vigilia de la canonización: “Un forastero que llegue a la ciudad eterna en estos días, debe esforzarse de verdad para darse cuenta de que ésta es la capital de un reino que es una gran nación, que tiene un Gobierno, un Parlamento, una monarquía, ministerios y una parte de la población que vive del hecho de ser Roma la

capital de Italia. La ciudad entera está en ansiosa espera de la extraordinaria y nunca vista ceremonia que se celebrará mañana en S. Pedro en el Vaticano, el mayor templo de la cristiandad. Ni se habla ni se quiere oír hablar de otra cosa. Se calcula que son ya 60.000 los forasteros y otros tienen que llegar todavía. Se oye hablar en todas las lenguas en las aceras de Roma, y todas hablan de la ceremonia”¹¹².

Aquel día del 27 de mayo tuvo repercusiones importantes también en el plano político; empezaba a aparecer en el país un despertar de los católicos, que a través de la Obra de los Congresos, los comités diocesanos, las asociaciones, los círculos y las casas de ayuda mutua contribuiría a la crisis del estado liberal. Juan Spadolini ha escrito que la mejor prueba de fuerza en relación con la masonería italiana “tuvo lugar en las grandes fiestas de la primavera de 1897, en Roma, con motivo de la canonización de Antonio María Zaccaría y de Pedro Fourier (soberbia muestra de fuerza que impresionó al propio Juan Bovio y le inspiró las famosas palabras sobre la omnipotencia del Papa). (...) El hombre, pienso, no reza: respondía con su elocuencia Juan Bovio a la pregunta de Momenti, que había subrayado la función social de la oración; pero los acontecimientos de aquellos meses contradecían cada vez más abiertamente los “dogmas” del filósofo de la democracia, con la multitud de creyentes en las peregrinaciones y en las fiestas religiosas, con el gran éxito de las celebraciones ambrosianas en Milán, con la extraordinaria concurrencia de fieles de todo el mundo a la basílica Vaticana para la canonización de Antonio María Zaccaría y Pedro Fourier. (...) Las Iglesias se volvían a animar, y no sólo de fieles en oración, sino de católicos preparados para la batalla, reunidos allí, en los templos, para sostener sus tesis, para combatir sus batallas, para denunciar a sus enemigos; según una tradición que “La Civiltà cattolica” vinculaba directamente a las costumbres de la Edad Media, en la gloriosa época de los Comunes (...) El propio Juan Bovio había sido

¹¹² Ibid., p. 731.

obligado a reconocer, con ocasión de la fiesta de la canonización de mayo del 1897, que el Papa prácticamente había demostrado su omnipotencia”¹¹³.

Como Roma es siempre la ciudad de Pasquino (dirigida en la época por un “gobierno circunciso” es decir de hebreos), no faltó ese día un amable soneto de un cierto Alfredo Posta, que lo publicó en el periódico “Vera Roma” el 23 de mayo de 1897.

A LOS SANTOS ZACCARIA Y FOURIER

Oh Santos nuevos, Santos benditos
que estáis arriba en el paraíso
y gozáis de la bella sonrisa
de la Virgen en medio de los angelitos;

¡Guardadnos a nosotros pobrecillos,
oh Santos, pero miradnos a la cara
si no parecemos tísicos
por culpa de un gobierno circunciso!

Ahora que el Pontífice León
hace un montón de fiestas en el Vaticano,
pensad un poco en esta nación.

¡Rogad en el Cielo con los Santos Padres
que Dios bendito nos eche una mano,
para tener la fuerza de echar a estos ladrones!

Un desafío para recoger

Hemos querido alargarnos sobre estos particulares porque son actuales, aunque las relaciones entre el Estado y la Iglesia no son las de entonces. Hoy la Iglesia no está expuesta a ataques frontales, como en la época del “risorgimento”

¹¹³

G. SPADOLINI, *L'Opposizione cattolica*, Florencia 1954, pp. 426; 434-435.

(movimiento de lucha por la unidad de Italia), pero se está extendiendo un poco por todas partes, poco a poco, con el proceso de secularización, aquella “tibieza” que es la enemiga mortal de la fe, por supuesto más peligrosa que una abierta persecución. Como afirmaba Antonio María “los hombres modernos parecen hechos aposta para apartar al hombre de Dios”. Hay una gran necesidad, hoy como en los tiempos del santo, de “pirómanos” de Dios que sepan encender con aquel mismo fuego las conciencias de los fieles, suscitando testimonios valientes que irruman como el suyo y el de sus primeros seguidores en la sociedad. Ha recordado justamente el cardenal Martini, hablando a los jóvenes en la catedral de Milán el 25 de enero de 1997, con ocasión del centenario de la canonización de Antonio María: “Decía el santo: “Cuanto más grande y noble es la criatura más obligación tiene de tributar a Dios los mayores frutos de sus propios talentos”. Y se lo decía a los niños y a los jóvenes, también a las personas casadas, al grupo de cónyuges que pertenecían a los laicos fundados por él: “Quisiera y deseo que lleguéis a ser grandes santos, y vosotros si queréis, sois capaces, con tal que desarrolléis y devolváis al Crucifijo aquellas cualidades y talentos que de él habéis recibido”. Los santos, por lo tanto, son en la historia y también hoy, promotores de santidad. Ellos consideran al espíritu el talento más precioso y nos invitan a cultivarlo. (...) La llamada a la santidad de la vida es universal. S. Antonio María Zaccaría quiere, todavía hoy, llevar por medio vuestro la vivacidad espiritual, la reforma en la vida de la Iglesia, del mundo y de las familias. (...) El reto lanzado por S. Antonio María Zaccaría y recogido por sus contemporáneos se nos vuelve a proponer de nuevo a todos nosotros. Se os propone a vosotros, niños y jóvenes en particular, porque en vuestras manos está el futuro. ¿Sabremos recoger este reto? El ejemplo y la enseñanza que nos ha dejado el santo nos empuja a dar nuestro sí... nos invita a dar nuestro sí con el corazón abierto y confiado.”

Antonio nos habla...

De los “Escritos” del Santo hemos elegido algunos pensamientos que, por su originalidad y estilo propio, le caracterizan; además de iluminar interiormente la fisonomía espiritual del personaje, estimulan al lector a una reflexión sobre el sentido de la vida. (Los textos originales han sufrido pequeños cambios para hacerlos más comprensibles).

No os he escrito palabra alguna que en sí no tenga sentido. Si lo encontráis pienso que os será de gran utilidad y provecho y si lo ponéis en práctica, junto con el libro de la dulce memoria de la cruz de Cristo (el Evangelio), os conducirá a una gran perfección, 84 (1.11.09).

Lo que le he escrito, léalo no sólo con los labios sino con los hechos. Así, le prometo que llegará a ser diferente de lo que es, y cómo debe ser, 43 (1.03.12).

Los hombres modernos parecen hechos aposta para alejar al hombre de Dios, 39 (1.03.05).

Dios lo creó todo para el hombre, y al hombre para Dios, 193 (2.06.08).

Dios se vuelve tu amante, hijo, padre y madre a la vez. Él te busca, te llama y no cesa de invitarte. ¡Oh, infelices los que lo abandonan, y bienaventurados los que permanecen en lo profundo de la dulzura eterna!, 125 (2.02.05).

La bondad de Dios no se fija en nuestra malicia, 190 (2.06.03).

El odio a las cosas temporales nace del amor a las celestiales... Es por tanto necesario, que el hombre vaya al

amor de Dios a través de la aversión a todas las criaturas y a todas las cosas, 159 (2.04.14); 195 (2.06.11).

Sintiéndome deudor de todo, me someteré a todos, me humillaré, y buscaré andar de acuerdo con todos, a fin de que Dios por su bondad encienda mi corazón; Dios suele habitar en los sitios humildes y tranquilos, 175 (2.04.37).

Qué contentos están los buenos, al verse despojados de todo afecto, pues así no podrán ser separados del infinito amor de Dios, y, habiéndolo perdido todo, todo lo poseen, 160 (2.04.15).

¿Dios no ha abandonado todo por ti? ¿Qué pudo hacer, que no haya hecho? ¿Y tú quisieras servirle, amarlo, honrarlo limitadamente, nada más?, 203 (2.06.23).

Por medio de la Virgen, madre Inmaculada, nuestra Señora la Virgen María, Dios quiso liberar al mundo, 164 (2.04.21).

El poder de Dios hizo que la Virgen engendrara al Hijo de Dios y que éste muriera, 101 (2.01.01).

¡Oh gran Bondad! ¡Oh Caridad inestimable! ¡Dios se hace hombre! ¿Por qué? Para reconducir al hombre a Dios, para enseñarle el camino, para iluminarlo, 192 (2.06.06).

Habiéndote dado a su Hijo, ¿cómo piensas que no te haya dado y te dará todas las cosas con Él, 105 (2.01.12).

Nuestro Salvador se pronunció constantemente contra la indecisión a través de la obediencia hasta la muerte y corrió, sin negligencia, al oprobio de la cruz, 35 (1.02.14).

¿Eres tú discípulo de Cristo? Lleva la cruz, mortifica tu cuerpo con hambre y fatigas, sé vigilante en la oración, gasta tu tiempo en ayuda del prójimo, clávate en la santa obediencia y jamás te separes de ella, 119 (2.01.35).

Cuando surge una situación imprevista e imprevisible que requiere una decisión inmediata, entonces elevaremos nuestra mente a Dios, rogándole nos inspire lo que debemos hacer, y, siguiendo la inspiración del Espíritu, no nos equivocaremos, 33 (1.02.09).

Siguiendo la inspiración del Espíritu, no nos equivocaremos, porque el Espíritu Santo va al fondo de las cosas y no se queda en la superficie, 32 (1.02.06).

El Espíritu te hace recordar siempre a Dios, aún cuando duermas, porque, durmiendo, tu corazón vela, 126 (2.01.07).

Tu puedes, sin mentir, llamarte un dios en la tierra, 127 (2.02.08).

Es tal la excelencia del libre albedrío, por gracia de Dios, que el hombre puede convertirse en demonio o dios, según le plazca, 183 (2.05.15).

Está en tu poder elegir el mal o el bien; y más aún, está en tu poder hacer que el mal te sea útil y provechoso, 185 (2.05.16).

Vuestro mayor enemigo está dentro de vosotros y sois vosotros mismos; porque mientras temáis otras cosas y no a vosotros mismos, no llegaréis a una gran perfección, 262 (3.12.29).

Debes honrar a todo hombre, pues todo hombre, en cuanto a su origen y generación, y por ser de la misma especie, debe ser amado, 173 (2.04.34).

Lucha por ser aquello que no eres, 288 (3.18.02).

La muerte os espera y está a vuestro lado, y muchos de vosotros no piensan que pronto, recibirán la orden de partir, y ¡solamente Dios sabe cómo os encontrará! Peor será para aquellos a los que más tiempo se les concede, porque lo que se te concede para misericordia y penitencia, tú lo usas para la ira, el pecado y la provocación de la venganza de Dios sobre ti, 121 (2.01.37).

Dios nos ha dado una ley de amor y no de temor; de libertad de espíritu y no de esclavitud; y una ley escrita en nuestros corazones y que todo hombre puede conocer por sí mismo. Y no es necesario que interrogues a tu prójimo, interroga a tu corazón y él te responderá, 104 (2.01.10).

Dios comienza desde lo alto y llega hasta abajo, pero el hombre, queriendo ascender, comienza desde abajo y va hacia lo alto. Es decir, el hombre deja primero lo exterior y entra en su interior, y desde aquí llega al conocimiento de Dios, 130 (2.02.15).

Sería una gran ceguera que no reconocieras haber sido hecho para caminar hacia Dios, 193 (2.06.08).

La vida espiritual es un alimento que, si lo comes, más lo deseas; es una bebida que, si la has gustado, sientes todavía más sed. Quien no lo prueba no lo entiende, 126 (2.02.06).

No avanzar en el camino hacia Dios o detenerse, es volver atrás, 203 (2.06.23).

¿Qué se gana empezando bien y acabando mal? Esto es cansarse en vano, 291 (3.18.10).

No pienses que te basta sólo lo que has comenzado, 295 (3.18.21).

El hombre indeciso está siempre inquieto y nunca se contenta, ni siquiera en las grandes alegrías. Es presa fácil de la tristeza y se enfada buscando fácilmente que le consuelen, 32 (1.02.05).

Concluye, pues, y di: quiero vivir espiritualmente, quiero llegar a ser un solo espíritu con Dios. Quiero que mi ciudadanía esté en el cielo. Quiero tener siempre a Dios en mi corazón, 135 (2.02.26).

El hombre interior tiene la misma necesidad de alimento espiritual que el hombre exterior de pan material, 263 (3.12.31).

Los libros, bien entendidos y usados con las manos, nos pueden llevar a la perfección. Sabed que es mejor leer poco y rumiarlo bien, que no ir a leer muchas cosas y autores, porque esto es más satisfacer la curiosidad que estudiar, 240 (3.08.03-4).

¿De qué te vale persuadir a los demás a vencer sus pasiones, si no vences las tuyas? ¿De qué te vale predicar la perfección con palabras, y después ser hipócrita y destruirla con los hechos?, 153 (2.04.03).

El no negarnos a nosotros mismos, sino seguir nuestras propias inclinaciones, nos llevaría hacia la muerte, porque nuestras tendencias son carnales, 73 (1.09.13).

Me atrevería a decir que la virtud sin contrariedades no tiene ningún valor; cuanto más grandes son las contrariedades más preciosa llega a ser, 290 (3.18.07).

Quisiera que estéis atentos para hacer cada día algo más, eliminando alguna tendencia sexual, aunque fuera lícita, y esto por el deseo de crecer en la virtud, disminuir las imperfecciones y huir del peligro de caer en la tibieza, 82-83 (1.11.05).

No penséis hacer virtuosos a otros, si vosotros no lo sois; ¿cómo queréis que uno trabaje más allá de sus fuerzas?, 254-255 (3.12.06).

Nunca se establecerá en vuestros corazones la humildad, madre y custodia de las virtudes, hasta que, por mucho tiempo, con gran amor y deseo no hayáis aceptado todas las persecuciones, irrisiones y humillaciones, 258 (3.12.18).

Al humilde le acompaña la compasión y la tolerancia con los defectos de los demás, 291 (3.18.13).

No hay mayor soberbia que el juzgar a los demás, y no hay otra cosa por la que Dios abandone al hombre que por el juzgar. En todas partes de la escritura, Dios pregona que no juzguemos a los demás, sino a nosotros mismos, 112 (2.01.23).

No juzguéis a nadie por nada, porque esto sería usurpar el trabajo de Dios. Haciendo de otro modo no llegaréis a la sencillez, ni vaciaréis vuestra mente de fantasías, 261 (3.12.26).

La gula es un vicio necesariamente acompañado de muchas otras cosas, que nos causan horror y molestia, 238 (3.07.06).

El demonio cuelga por la gula a los golosos, 285 (3.17.12).

El principio de tu fracaso y de la distracción de tu mente, es que tu lengua no ha sido corregida ni enmendada, 129 (2.02.13).

La causa de nuestra imperfección y de que no consigamos la estabilidad de la mente, es nuestra lengua, 130-131 (2.02.17).

La mentira destruye los cimientos de la vida espiritual. Así que, querido, huye de ella, huye de ella, te digo, 134 (2.02.25).

Si vuestro ojo está tuerto o dañado os dejo a vosotros pensar que será del resto del cuerpo, 63 (1.07.05).

Una cosa es furor y devoción exterior y otra fervor y verdadera devoción, 264 (3.12.37).

Sabed que la oración mental es el alimento y el sustento de los aprovechados; por eso si no os alimentáis con ella, necesariamente os fallarán las fuerzas, 244 (3.10.01).

No le agradan nada a Dios los corazones volubles porque son engendrados y alimentados por la infidelidad, 291 (3.18.10).

La indecisión es efecto y causa de la tibieza, 32 (1.02.07).

Ninguna de tus acciones y oraciones te valen... si haces tu voluntad, 118 (2.01.33).

Tened un verdadero amor y deseo de la omnímada y total perfección, 266 (3.12.44).

Es imposible poder volar hacia lo alto de la perfección, cargados con mucho peso, 262 (3.12.29).

La verdadera devoción es una rápida voluntad en las cosas de Dios, 265 (3.12.40).

Tu mente es como un molino de agua, cuya rueda siempre se mueve. Si tú le pones trigo, muele trigo, si le pones cizaña y algarroba, muele cizaña y algarroba, 131 (2.02.18).

El demonio suele vencer a los distraídos, 237 (3.07.02).

¿Queréis aprender a rezar? Refrenad vuestra lengua en lo superfluo e incluso en lo necesario, y así comenzaréis a poder hablar con vuestro Dios (diciéndole) lo que le diríais a vuestro amigo. Refrenad también la imaginación y toda curiosidad o distracción de los sentidos, 246 (3.10.08).

Está firme y no te distraigas nunca en la oración, porque aunque tarde, recibirás lo que deseas, 247 (3.10.09).

Rezad por los difuntos y por quienes sufran necesidades espirituales y temporales, 225 (3.01.05).

En la meditación, oración y reflexiones, se esforzará en conocer sus principales defectos y, sobre todo, aquel defecto y vicio que es como el Capitán General, 43 (1.03.05).

Tal vez alguien diga: “No me deleito al comenzar la oración mental”. Tu responde: “Pon en tu mente pensamientos que te provoquen pena, como la pasión de Cristo o los dolores de la Virgen”, 247 (3.10.09).

El demonio suele ensuciar las oraciones soñolientas, como las moscas las comidas frías y, por eso, estas oraciones huelen mal en presencia de Dios, 257 (3.12.15).

Hable familiarmente y dialogue de sus cosas con el Crucifijo y aconséjese con Él sobre las mismas, 39 (1.03.06).

Todo lo que hagáis, hacedlo en la divina presencia, 257 (3.12.16).

No os confeséis diciendo siempre lo mismo ni por costumbre, 258 (3.12.19).

¿Quieres evitar los pecados mortales? Huye los veniales. ¿Quieres evitar los veniales? Deja algo que te es lícito y permitido, 202 (2.06.21).

Ofrece a Dios el sacrificio que es la Santísima Eucaristía, sacrificio de los sacrificios. No es de extrañar que el hombre se vuelva tibio y hasta animal. Es porque no frecuenta este Sacramento, 149 (2.03.25).

La vida religiosa es una cruz continua, poco a poco, 119 (2.01.35).

No tiene sentido decir: “somos religiosos, somos religiosos”. ¿Cómo? ¿Tú religioso? Pero, ¡si ni siquiera eres buen seglar!, 118 (2.01.32).

Te enfrentarás con la gente tibia con la que vives; ésta será para ti la batalla más grave entre todas las demás, 296 (3.18.25).

Por la virtud de la discreción, tú no serás ni impetuoso ni lento, 289 (3.18.05).

Con leyes que sólo castigan, el hombre no adelanta ni cambia las costumbres, porque, por dentro, sigue siendo lo que

era, y siempre estará dispuesto a hacer mal, si no tuviera castigo, 294 (3.18.20).

Es propio de la pobreza tener poco, como es propio de la naturaleza el contentarse con pocas y pequeñas cosas, 230 (3.04.03).

Buscad de tal modo la pobreza, de modo que deseéis que os falten hasta las cosas más necesarias, sabiendo que bajo el pretexto de la necesidad, muchas veces se esconden los tentáculos de la superfluidad, 256 (3.12.11).

Mi deseo ha sido siempre verte progresar día a día, y cuando me ha parecido que no has respondido completamente a mi deseo, para mi ha sido una puñalada en medio del corazón, 75 (1.10.02).

Los halagos no os ablanden y los elogios no emboten vuestro cerebro, 64 (1.07.10).

De tu amor hacia Dios depende todo. Sin el amor de Dios no se hace nada, 161 (2.04.16).

El medio para llegar a Dios es el amor al prójimo, 175 (2.04.37).

¡De cuantos males de los hijos sois culpables los padres!, 168 (2.04.26).

¿Si eres infiel en las cosas pequeñas, serás fiel en las grandes?, 142 (2.03.10).

Bibliografía esencial

- Giovanni Antonio GABUZIO, *Historia Congregationis Clericorum Regularium Sancti Pauli*, Roma 1852.
- Alessandro M. TEPPA, *Vita di S. Antonio Maria Zaccaría*, Milán 1858; 1897 (VI edic.).
- Francesco Tranquillino MOLTEDO, *Vita di S. Antonio Maria Zaccaria*, Roma 1897.
- Orazio PREMOLI, *Storia dei Barnabiti nel Cinquecento*, Roma 1913.
- Guido CHASTEL, *S. Antonio Maria Zaccaría*, Brescia 1933.
- Deti notabili di un Santo del Cinquecento*, Florencia 1936.
- Revisado por G. LEONARDI: Padre ZACCARÍA, *Con le mani e con li piedi*, Milán 2000.
- Giuseppe M. CAGNI, *Concordanze degli scritti di S. Antonio M. Zaccaria*, Perugia 1960.
- Antonio M. GENTILI, *I Barnabiti. Manuale di storia e spiritualità dell'ordine dei Chierici Regolari di san Paolo Decollato*, Roma 1967.
- AA. VV., *Contributi allo studio della spiritualità di S. Antonio M. Zaccaria*, Florencia 1972.
- S. Antonio M. ZACCARIA, *Gli Scritti (Lettere, Sermoni, Costituzioni, Senteze spirituali)*, Roma 1975.
- Massimo PETROCCHI, *Storia della spiritualità italiana*, II, Roma 1978, pp. 61-109 (“Dottrine e orientamenti spirituali della scuola lombarda del Cinquecento”). Nuova ediz. Torino 1996, pp. 107-132.
- ANGELICA ANONIMA (Angela SFONDRATI), *Memorie*, Florencia 1979.
- Antonio M. GENTILI, *S. Antonio M. Zaccaria. Appunti per una lettura spirituale degli scritti*, “Quaderni di vita barnabítica”, 4; 6, Roma 1980; 1983.
- AA. VV., *S. Antonio M. Zaccaria nel 450° della morte*, “Quaderni di vita barnabítica”, 8, Roma 1989.
- Giuseppe BASSOTTI, *S. Antonio M. Zaccaria e Cremona*, Cremona 1989.
- Andrea SPINELLI, *Verso la perfezione insieme. Attualità di un'esperienza: i “Maritati di san Paolo”*, Milán 1989.
- Alfredo CATTABIANI, *Antonio M. Zaccaria*, en *Santi d'Italia*, Milán 1993, pp. 115-118.
- Antonio M. GENTILI-Giovanni SCALESE, *Prontuario per lo spirito. Insegamenti ascetico-mistici di sant'Antonio M. Zaccaria*, Milán 1994.
- AA. VV., *Número especial con ocasión del primer centenario de la canonización de S. Antonio M. Zaccaria (1897-1997)*, en “Barnabiti studi” 14/1997.
- AA. VV., “*Eredi e legítimi figlioli*”. “Quaderni di vita barnabítica”, 10, Roma 1997.
- AA. VV., *Esercizi zaccariani 1997. Incontri spirituali sulla Vita e sui Sermoni di sant'Antonio M. Zaccaria*, “Quaderni di vita barnabítica”, 11, Roma 1998.
- Elena BONORA, *I conflitti della Contrariforma. Santità e obbedienza nell'esperienza religiosa dei primi barnabiti*, Florencia 1998.
- Antonio GENTILI, *Antonio Maria Zaccaria*, en *Il grande libro dei santi*, Cinisello Balsamo 1998, I, pp. 196-198.

Veanse también los perfiles del santo en: *Dizionario biografico degli italiani*, III, 586-590 (PAOLO PRODI); *Bibliotheca sanctorum*, II, 216-220 (Giuseppe M. Cagni); *Dizionario degli istituti di perfezione*, I, 710-713 (Andrea M. ERBA).

Indice

<i>Prólogo de José, cardenal Ratzinger</i>	pág.	4
Introducción	“	6
Capítulo I El contexto histórico	“	9
Capítulo II Hijo único de una jovencísima viuda	“	12
Prematuramente huérfano de padre	“	13
Lecciones de caridad	“	14
De Pavía a Padua	“	15
¿Una licencia inútil?	“	16
Dios le bastaba	“	17
La cara y el alma	“	19
Capítulo III El cambio	“	22
Un catequista laico	“	24
Capítulo IV La primera misa	“	29
Las dos caras de la ciudad	“	30
Todo a todos	“	31
Con el corazón de Pablo	“	33
Capítulo V “Corramos como locos hacia Dios y hacia el prójimo”	“	35
La santidad es para todos	“	36
Un camino comprometido	“	37
Leía en los corazones	“	40
Dos compañeros: fray Bautista	“	40
...y la condesa Torelli	“	41
Capítulo VI El hombre justo al momento justo	“	44
El “guapo Morigia” se convierte	“	47
El abogado de los pobres	“	48
Mientras tanto en Guastalla	“	49
Capítulo VII Revolucionario de Dios	“	54
Nace la orden	“	56
Dice un cronista	“	59
Los coadjutores de la reforma	“	61
Capítulo VIII La prueba de fuego	“	64
Muere fray Bautista	“	64
El identikit del religioso reformador	“	65
La protesta de los bien pensados	“	67
De un tribunal a otro	“	69
Generoso perdón	“	71
Capítulo IX El “genio de la mujer”	“	73
Nueva persecución	“	76
“Apóstoles” de la reforma	“	78
Capítulo X La misión de Vicencia	“	82
La misión, acto segundo	“	83
Capítulo XI Pocos pero buenos	“	88
Una sede más grande	“	90
Pacificador en Guastalla	“	93

Capítulo XII		
Testamento espiritual	“	96
Crecer continuamente	“	98
Santos grandes	“	99
Capítulo XIII		
La última lección	“	103
Qué gran pérdida	“	105
Una extraordinaria herencia	“	107
Capítulo XIV		
Con la “divina madre”	“	109
Un magisterio que continúa	“	111
En la sede de S. Bernabé	“	115
Capítulo XV		
Dos años de temporal	“	116
Desaparecen los Casados de San Pablo	“	118
La normalización	“	119
Capítulo XVI		
La expansión apostólica	“	123
Nuevas constituciones	“	125
Al lado de san Carlos	“	127
Un amigo: san Francisco de Sales	“	129
Al servicio de la Iglesia	“	130
Los tres colegios hoy	“	133
Capítulo XVII		
Ininterrumpida fama de santidad	“	136
Tres milagros	“	139
Capítulo XVIII		
Solemne canonización	“	142
Adornos en 8 Km. y 1570 velas	“	144
Un desafío para recoger	“	146
Antonio nos habla	“	148
Bibliografía esencial	“	157